

EL CARRUSEL DE LAS CONFUSIONES

ANDREA
CAMILLERI



EL CARRUSEL DE LAS CONFUSIONES

ANDREA CAMILLERI



El carrusel de las confusiones

Andrea Camilleri

ISBN edición en papel: 978-84-9838-941-8

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-61-6

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *La giostra degli scambi*

Traducción del italiano: Carlos Mayor

Ilustración de la cubierta: Ava Peterson / Alamy Stock Photo

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

1

A las cinco y media de aquella mañana, minuto arriba, minuto abajo, una mosca que parecía muerta desde hacía tiempo en el cristal de la ventana abrió las alas de repente, se las limpió con esmero, restregándose las bien, echó a volar y al rato cambió de dirección y fue a posarse en la repisa de la mesita de noche.

Allí se quedó quieta unos instantes, evaluando la situación, para luego salir disparada hacia el interior de la fosa nasal izquierda de Montalbano, que dormía a pierna suelta.

En sueños, el comisario advirtió un molesto picor en la nariz y, para librarse de él, se dio un buen manotazo en la cara. Sin embargo, sumido como estaba en brazos de Morfeo, no calculó la fuerza utilizada y el porrazo que se arreó tuvo dos consecuencias inmediatas: por un lado lo despertó, y por otro le hizo sangrar la nariz.

Se levantó de la cama a toda prisa soltando una sarta de maldiciones mientras la sangre le manaba a chorro, y se precipitó hacia la cocina, abrió la nevera, agarró un par de cubitos de hielo que se colocó en el puente de la nariz y se sentó con la cabeza completamente echada hacia atrás.

Al cabo de cinco minutos se le cortó la hemorragia.

Entró en el baño, se lavó la cara, el cuello y el pecho, y volvió a acostarse.

Apenas acababa de cerrar los ojos cuando volvió a sentir el mismísimo picor de antes, aunque esta vez en la fosa nasal derecha. Por lo visto, la mosca había decidido cambiar de campo de exploración.

¿Qué podía hacer para librarse de esa dichosa murga?

A la vista de la experiencia reciente, recurrir a las manos no era lo más indicado.

Sacudió la cabeza con brío. La mosca no sólo no se marchó, sino que se metió aún más adentro.

Quizá si le daba un susto...

—¡Ahhhhh!

El grito que pegó casi lo dejó sordo, pero consiguió el resultado deseado: el picor desapareció.

Estaba adormilándose por fin cuando volvió a notarla, esta vez en la frente. Maldiciendo de nuevo, decidió poner en práctica una estrategia diferente.

Agarró la sábana con ambas manos y se la echó de golpe por encima de la cabeza hasta cubrirla por completo. Así la mosca no podría encontrar un solo centímetro de piel desnuda, aunque, al estar tan tapado, le faltara el aire.

Fue una victoria de brevísima duración.

No había pasado ni un minuto cuando notó claramente cómo aterrizaba en su labio inferior.

Era evidente que la muy cerda asquerosa había salido volando, pero se había quedado por debajo de la sábana.

Lo asaltó un desánimo repentino. Contra aquella maldita mosca no tenía nada que hacer.

«Un hombre fuerte sabe reconocer sus derrotas», se dijo mientras se levantaba resignado para dirigirse al baño.

Al volver al dormitorio para vestirse, cuando estaba a punto de recoger los pantalones de la silla, vio con el rabllo del ojo a la mosca posada encima de la mesita de noche.

La tenía a tiro y aprovechó la oportunidad.

A la velocidad del rayo, levantó la mano derecha y la bajó para aplastar al insecto, que se le quedó pegado a la palma.

Fue al baño y se lavó a conciencia, canturreando satisfecho por haberse desquitado.

No obstante, cuando entró en el dormitorio con los andares jactanciosos del vencedor, se quedó de una pieza.

Había otra mosca que se paseaba por la almohada.

Entonces ¿es que eran dos! ¿Y él a cuál había matado?

¿A la inocente o a la culpable? Si resultaba que se había cargado a la inocente, ¿alguien le reprocharía el error algún día y se lo haría pagar?

«Pero ¡qué gilipollices se te pasan por la cabeza!», se dijo.

Y empezó a vestirse.

Después de beberse una buena taza de café, y ya bien emperifollado, abrió la

cristalera y salió al porche.

El día se presentaba clavado a una postal turística: playa dorada, mar azul oscuro, cielo azul claro sin la más mínima sombra de nubes. Se veía incluso una vela lejana.

El comisario respiró hondo y al llenarse los pulmones de aire salino se sintió renacer.

A la derecha, justo a la orilla del mar, observó a dos hombres que estaban discutiendo. La pelea debía de ser bastante acalorada, según dedujo de los movimientos agitados y nerviosos de los brazos y las manos, si bien no llegaba a distinguir lo que decían debido a la considerable distancia.

Entonces, de repente, uno de los dos hizo un gesto que Montalbano al principio no vio bien; fue como si hubiera adelantado la mano derecha, que resplandeció por el reflejo de la luz del sol.

Se trataba sin duda de la hoja de una navaja, y la reacción del otro fue inmovilizarlo con ambas manos mientras le propinaba un rodillazo en los cojones. A continuación, los dos cuerpos se enredaron, perdieron el equilibrio y se desplomaron, pero sin dejar de atizarse ferozmente, antes de empezar a rodar por la arena aferrados el uno al otro.

Sin pensárselo dos veces, el comisario bajó del porche y echó a correr hacia los dos hombres. A medida que se acercaba empezó a oír sus voces.

—¡Yo te mato, hijo de la gran puta!

—¡Y yo te hago picadillo!

Llegó casi sin aliento.

Uno de los dos se había colocado encima de su adversario, al que tenía inmovilizado con los brazos en cruz, sujetádoselos con las rodillas: prácticamente se le había sentado encima de la barriga y estaba partiéndole la cara a puñetazos.

Aunque Montalbano no sabía de qué iba aquello, lo derribó de un fuerte puntapié en el costado. El hombre, pillado por sorpresa, cayó de lado sobre la arena, gritando:

—¡Cuidado, tiene una navaja!

El comisario se dio la vuelta de golpe.

En efecto, el del suelo, que ya estaba levantándose, empuñaba una navaja con la mano derecha.

Había cometido un grave error, se había confundido: el más peligroso de los dos era el que estaba en la arena. Sin embargo, Montalbano no le dio tiempo a

decir «esta boca es mía» y, de una patada en la cara, lo devolvió a la misma posición de antes, panza arriba. La navaja salió volando.

El otro, que mientras tanto se había levantado, aprovechó de inmediato la situación favorable para abalanzarse sobre su adversario y darle otra vez de puñetazos.

Todo había vuelto al punto de partida.

Entonces Montalbano se inclinó, agarró de los hombros al de los puñetazos y trató de echarlo atrás, pero, como el hombre no opuso resistencia, fue el comisario quien perdió el equilibrio y cayó de espaldas con el desconocido encima.

El de la navaja, por su parte, se lanzó sobre los dos a toda velocidad. El de los puñetazos daba coces tratando de acertar en los cojones de Montalbano, que a su vez le atizaba con el puño izquierdo, al tiempo que con el derecho golpeaba al que estaba encima del todo, el cual, por su parte, con una mano intentaba dejar ciego al comisario sacándole los ojos, y con la otra pretendía hacerle lo mismo a su contrincante.

Enseguida formaron una especie de pelota de seis brazos y seis piernas que rodaba por la arena, una pelota vociferante entre un batiburrillo de juramentos, puñetazos, maldiciones, rodillazos y amenazas. Hasta que...

Hasta que una voz, muy cercana y decidida, los conminó:

—¡Alto o disparo!

Los tres se quedaron inmóviles y miraron a quien había hablado.

Era un cabo de los carabinieri y los apuntaba con una metralleta. A su espalda había otro carabiniere que sostenía la navaja. Estaba claro que debían de estar patrullando por el paseo marítimo y, al ver a tres hombres enzarzados en una pelea, habían decidido intervenir.

—¡Levantaos!

Los tres se pusieron en pie.

—¡Andando! —añadió el cabo, indicándoles con la cabeza que se dirigieran hacia un gran furgón detenido en el paseo, con un tercer carabiniere al volante.

«¿Revelar que soy comisario o no revelarlo?», ésa era la hamletiana duda de Montalbano mientras se dirigía con los demás hacia el furgón.

Llegó a la conclusión de que lo mejor era presentarse cuanto antes y deshacer el equívoco.

—Un momento. Soy... —empezó a decir, pero se detuvo.

El grupo se quedó mirándolo.

Sin embargo, el comisario no pudo proseguir.

En ese preciso instante recordó que se había dejado la cartera con la documentación en el cajón de la mesita de noche.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos dices quién eres? —preguntó el cabo con ironía.

—Se lo diré a su teniente —contestó Montalbano, y echó a andar otra vez.

Por suerte, la parte trasera del furgón llevaba una cortinilla; si no, el pueblo entero habría visto pasar al comisario Montalbano detenido por los carabineros y se habrían echado unas buenas risas a su costa.

En el puesto de los carabineros los metieron, no puede decirse que con delicadeza, en una sala espaciosa, donde el cabo fue a sentarse detrás de uno de varios escritorios.

Se lo tomó con calma. Se recolocó la chaqueta, observó un bolígrafo durante un buen rato, leyó una hoja de un informe, abrió un cajón, miró dentro, lo cerró, se aclaró la voz y por fin se decidió:

—Vamos a empezar contigo —dijo, dirigiéndose a Montalbano—. Dame un documento identificativo.

El comisario se removió incómodo, entendía que se enfrentaba a una situación bastante violenta. Mejor cambiar de tema.

—Yo no tengo nada que ver con la riña —aseguró con voz firme—. He intervenido para separarlos. Y estos dos, a los que ni siquiera conozco, pueden confirmarlo.

Y se volvió para mirar a los dos adversarios, que estaban tres pasos más atrás, vigilados por un carabainero.

Entonces sucedió algo extraño.

—Yo lo único que sé es que me has atizado una patada en el costado que aún me duele —dijo el de los puñetazos.

—Y a mí otra en toda la cara —añadió el de la navaja.

En un santiamén, Montalbano comprendió la situación. Los muy hijos de puta lo habían reconocido perfectamente y se lo estaban pasando de fábula con aquel apuro suyo.

—Ya verás como te quito yo las ganas de hacerte el listo —intervino el cabo, amenazador—. Venga ese documento.

No había tutía, le tocaba decir la verdad.

—No lo llevo encima.

—¿Y eso?

—Me lo he dejado en casa.

El cabo se levantó.

—Resulta que vivo en una casita que...

El cabo se le colocó delante.

—... está justo en la playa. Esta mañana me...

El cabo lo agarró de las solapas de la americana.

—¡Soy comisario de policía! —exclamó Montalbano.

—¡Y yo, cardenal! —contestó el otro mientras empezaba a zarandearlo tan violentamente hacia delante y hacia atrás, y por un momento Montalbano temió que se le fuese a caer la cabeza como una pera madura.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el teniente al mando del puesto de los carabinieri al entrar en la sala.

Antes de contestar, el cabo le dio otra violenta sacudida a Montalbano.

—He sorprendido a estos tres enzarzados en una pelea. Uno llevaba una navaja. Y este de aquí dice que es...

—¿Le ha dado el nombre y los datos?

—No.

—Suéltelo ahora mismo y llévelo a mi despacho.

El cabo miró extrañado a su superior.

—Pero...

—Cabo, le he dado una orden —lo cortó con frialdad el teniente antes de marcharse.

Montalbano le dio las gracias mentalmente. Había actuado del mejor modo para evitar el ridículo generalizado: el teniente y el comisario se conocían muy bien.

Mientras recorrían el pasillo, el cabo, atónito, le preguntó en voz baja:

—Dígame la verdad, ¿en serio es comisario de policía?

—¡Qué va, hombre! —lo tranquilizó Montalbano.

Al cabo de diez minutos, una vez aclarado todo y aceptadas las excusas del teniente, se encontró fuera del puesto de los carabinieri.

Obligatoriamente, tenía que ir a casa a cambiarse; en el transcurso de la riña no sólo le había entrado arena hasta las partes más íntimas, sino que además había acabado con la camisa rasgada y le faltaban dos botones de la americana.

Lo más lógico era ir a pie hasta la comisaría, que quedaba a un cuarto de hora escaso, y que desde allí lo llevaran a Marinella.

Se puso en marcha.

Sin embargo, como le dolían el ojo izquierdo y la oreja derecha, se detuvo delante de un escaparate para mirarse.

Había recibido un buen puñetazo en el ojo y se le empezaba a poner azulada la piel que lo rodeaba; en la oreja, por su parte, se distinguía con claridad la marca de dos dientes.

Nada más verlo, Catarella pegó un alarido que no parecía humano, más bien recordaba el de una bestia herida. Y acto seguido le soltó un alud de preguntas:

—¿Qué le ha pasado, *dottori*? ¿Una digresión a mano armada? ¿Una digresión a mano normal? ¿Un *afrentamiento*? ¿Un atraco? ¿Qué ha sido? ¿Eh? ¿Una colisión *movilística*? ¿Una explosión? ¿Un incendio provocador?

—Tranquilo, Catarè —lo interrumpió el comisario—. Me he caído, nada más. ¿Hay novedades?

—No, *signor*. Ah, a primera hora ha pasado un individuo que quería hablar con usía personalmente en persona.

—¿Ha dicho cómo se llamaba?

—Sí, *signor*. Alfredo Pitruzzo.

No conocía a ningún Pitruzzo.

—¿Está Gallo?

—Sí, *signor*.

—Dile que me lleve a Marinella. Lo espero en el aparcamiento.

Se fijó en que en la explanada de delante de su casa había otro coche además del suyo. Se despidió de Gallo, abrió la puerta y entró. Al oír el ruido, Adelina salió de la cocina, lo miró y se puso también a dar alaridos.

—Virgen santa, ¿qué le ha pasado? ¿Qué le ha sucedido? ¡Santa María santísima, menuda mañanita! ¡Menuda mañanita infausta!

Montalbano empezó a sospechar algo. ¿Por qué decía esas cosas la asistenta? ¿Por qué calificaba de «infausta» la mañana? ¿Qué más podía haber sucedido?

—Explícate, Adelì.

—*Dottori* querido, cuando he llegado, temprano, me he *incontrado* la casa vacía, abandonada, usía no estaba y la cristalera se había quedado abierta. Cualquier delincuente que pasara por aquí podía colarse y robar lo que le viniera en gana. Me he metido en la cocina y he oído que entraba alguien por el porche. He pensado que sería usía y me he *asumado*. No era usía, sino un *signor* que lo miraba todo. Me ha parecido clarísimo que era un ladrón, así que he cogido una sartén bien gorda y he vuelto a *asumarme*. Como en ese momento me daba la

espalda, le he arreado un buen sartenazo en toda la cocorota. Y se ha caído al suelo desmayado. Entonces lo he atado de pies y manos con una cuerda, lo he amordazado y lo he metido en el trastero.

—Pero ¿estás segura de que se trataba de un ladrón?

—¡Y yo qué sé! Cuando alguien se mete así en casa ajena...

—Perdona, pero, después de dejarlo inconsciente, ¿por qué no has llamado a la comisaría?

—Porque antes tenía que echarle un ojo a la pasta *'ncasciata*.

Rumiando esa respuesta, Montalbano fue a abrir la puerta del trastero. El hombre estaba sentado en el suelo y lo miraba asustadísimo.

Nada más verlo, al comisario le quedó claro que no podía ser un ladrón. Era un señor de unos sesenta años, bien vestido y con buen aspecto. Lo ayudó a levantarse, le quitó la mordaza y al instante el hombre gritó:

—¡Socorro!

—¡Soy el comisario Montalbano!

No pareció que el otro lo entendiera.

—¡Socorro! —gritó aún más alto.

Se había puesto a temblar como una hoja.

—¡Socooooorro! ¡Socooooorro!

No sabía lo que se decía y no había forma de conseguir que se callara. Montalbano tomó una decisión rápida y volvió a amordazarlo.

Mientras, Adelina, alarmada por aquellos chillidos, había salido corriendo de la cocina y se había quedado al lado del comisario.

El hombre tenía los ojos tan abiertos a causa del miedo que parecía que se le fueran a salir de las órbitas de un momento a otro. Estaba demasiado aterrorizado para razonar; desatarlo en ese estado habría sido un error.

—Ayúdame —le pidió Montalbano a la asistente—. Yo lo cojo de las axilas, y tú, de los pies.

—¿Adónde lo llevamos?

—Vamos a ponerlo en el sillón de delante de la tele.

Mientras lo transportaban como un saco, el comisario fraguó una versión de los hechos que contentara a tirios y troyanos. En cuanto el hombre estuvo sentado, le dijo:

—Si pido que le traigan un vaso de agua, ¿me promete que no pediré socorro?

El otro bajó la cabeza varias veces en señal de asentimiento. Mientras él le quitaba la mordaza, Adelina regresó con el vaso de agua y se lo dio a beber poco a poco. El comisario no volvió a amordazarlo.

Pasados unos minutos, pareció que el individuo se había calmado; ya no sufría aquellos temblores. Montalbano acercó una silla y se sentó delante de él.

—Si no se ve con fuerzas para hablar, contésteme con gestos. ¿Me reconoce? Soy el comisario Montalbano.

El hombre dijo que sí con la cabeza.

—En ese caso, ¿cómo puede creer que yo, que ni siquiera sé quién es usted, quiera hacerle daño? ¿Con qué fin?

El otro lo miró receloso.

2

Entonces, el comisario se puso a hablar con el tono de voz más convincente del que era capaz:

—Creo que se ha producido una desgraciada coincidencia. Esta mañana, debido a una serie de circunstancias imprevistas, he tenido que dirigirme al puesto de los carabineros y no me ha dado tiempo siquiera de cerrar la puerta del porche. Por lo visto, al percatarse de que no había nadie en casa, alguien ha entrado a robar. Y ha querido la mala suerte que poco después entrase también usted. Entonces, el ladrón, llamémoslo así, aunque no haya tenido oportunidad de llevarse nada, lo ha golpeado, atado, amordazado y encerrado en el trastero. Claro que al cabo de unos minutos ha llegado Adelina, mi asistenta, y el ladrón se ha visto obligado a huir con las manos vacías. Estoy más que convencido de que todo ha sucedido así. ¿Me cree?

—Sí, le creo —respondió el pobre hombre con un hilo de voz.

Montalbano se agachó para deshacer el nudo de la atadura de los tobillos y luego repitió la operación con la de las manos.

Con cierto esfuerzo, el hombre se levantó, si bien le costó recuperar el equilibrio.

—¿Me permite? —dijo—. Me llamo...

Y de pronto volvió a caerse en el sillón, tembloroso y amarillo como un muerto.

—¿Se encuentra mal?

—Me da vueltas la cabeza y tengo un fuerte dolor aquí, donde me han golpeado.

Y se llevó la mano a la zona occipital. La asistenta corrió a la cocina y volvió con unos cuantos cubitos de hielo envueltos en un trapo que aplicó en la zona dolorida. El hombre se quejó en voz baja.

Montalbano se preocupó mucho. Quizá el sartenazo de Adelina, que era una mujer robusta y fuerte, le había provocado algún daño interno.

—Quédese sentado, no se mueva.

Fue hasta el teléfono y llamó a la comisaría.

—Catarè, ¿está Gallo?

—*In situ* se encuentra, *dottori*.

—Dile que vuelva aquí, a Marinella, a toda prisa.

Colgó y regresó junto al hombre.

—Voy a hacer que lo lleven a urgencias.

—Quería decirle...

—No hable, no haga esfuerzos.

—Pero es importante que le...

—Lo que quería decirme podrá contármelo esta tarde en comisaría, ¿le parece?

Al cabo de cinco minutos llamaron a la puerta.

Gallo, al que le gustaba correr como si cualquier camino rural fuese la pista de Indianápolis, había llegado a la velocidad del rayo, animado esa vez por la autorización del comisario.

Mientras disfrutaba de una anhelada ducha, Montalbano llegó a la conclusión de que había sido una mañana de confusiones.

Él había confundido al hombre más peligroso, ya que iba armado con una navaja, con el más débil; los carabineros lo habían confundido a él con un pependicero, y Adelina había confundido a un caballero con un ladrón.

Y, como no había tres sin cuatro, según una regla reinventada sobre la marcha, tuvo la certeza absoluta de que aquella madrugada había matado por error a una mosca inocente, a la que había tomado por otra culpable.

Antes de salir de casa se miró al espejo, como de costumbre. Tenía un ojo a la funerala, digno de un payaso de circo, y una oreja hinchada.

Daba igual, tampoco iba a participar en un concurso de belleza.

—¿Ha vuelto Gallo? —fue lo primero que preguntó a Catarella al entrar en la comisaría.

—Sí, *signor dottori*, ahora mismísimo. ¿Cómo se encuentra?

—De fábula.

—¿Me aclara una curiosidad, *dottori*?

—Habla.

—Dado que usía tiene un ojo morado, ¿de qué color ve las cosas? ¿Todas moradas?

—Has dado en el clavo. Dile a Gallo que venga a mi despacho.

El agente se presentó de inmediato.

—¿Qué tal ha ido en urgencias?

—Bien, *dottore*. Sólo le han encontrado una fuerte contusión, le han dado algo para el dolor y lo he llevado a su casa. Me ha pedido que le dijera que a las cuatro vendrá a comisaría.

Acababa de irse Gallo cuando apareció Mimì Augello.

Observó al comisario y sonrió, pero luego puso cara seria, se santiguó, juntó las manos en gesto de plegaria, dobló la rodilla izquierda haciendo ademán de arrodillarse y alzó la mirada hacia el cielo.

—¿A qué viene ese teatro?

—Estaba dedicándole una plegaria de agradecimiento al que te ha puesto el ojo morado.

—No seas mamón y siéntate.

En ese momento entró Fazio sin llamar. Tenía cara de pocos amigos y estaba bastante alterado.

—*Dottore*, perdone si me permito la pregunta, pero ¿los que le han hecho eso han sido los carabinieri?

Montalbano se quedó anonadado.

¿Cómo podía haber corrido la voz por el pueblo? Iba a desencadenarse un diluvio de chismorreos y carcajadas. Si la cosa llegaba a oídos del jefe superior...

—¡No me lo puedo creer! ¿Te han detenido y te han pegado los carabinieri? —preguntó Augello, belicoso, poniéndose en pie y hablando para tan magna ocasión en un italiano perfecto, en vez de en el siciliano habitual.

—Tranquilidad y buenos alimentos, muchachos —replicó el comisario—. No metáis la directa, que no se trata de declararles la guerra a los carabinieri. Ahora os lo explico todo.

Y les contó con gran lujo de detalles lo que había sucedido.

—Oye, ¿y tú cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho, en absoluta confianza, el comandante Verruso, al que

conozco.

Montalbano soltó un gran suspiro de alivio. La historia no se divulgaría.

—¿Alguna novedad?

—Por mi parte, sólo el robo de un coche del que el propietario no se ha enterado hasta ahora, a su regreso de un viaje —dijo Augello.

—Yo, en cambio, tengo una historia curiosa que contar —intervino Fazio.

—Adelante.

—Ayer, a última hora de la tarde, cuando ustedes ya se habían marchado, se presentó aquí un señor, un tal Agostino Smerca, para denunciar algo que le había sucedido a su hija Manuela.

—¿El qué? —preguntó Augello, impaciente.

—De la tal Manuela, que tiene unos treinta años y es bastante atractiva, Smerca me enseñó una fotografía. Vive con su padre, que es viudo, en una casa que queda a desmano. Trabaja de cajera en el Banco Siculo y sale a las seis y media. No le gusta conducir y prefiere ir en el autobús de la circunvalación y luego andar diez minutos hasta su casa. Hace una semana o, para ser exactos, cinco días, al bajar del autobús e ir hacia su casa por la calle habitual, que suele estar muy solitaria, vio un coche parado con el capó abierto y a un hombre mirando el motor. Acababa de pasar por delante cuando notó, con un susto tremendo, el cañón de una pistola clavado con fuerza en la espalda y oyó una voz de hombre que decía: «No grites o te mato.» Luego le apretó contra la nariz y la boca un trapo empapado en cloroformo y la pobre chica perdió el conocimiento.

—¿Y por qué ese tal Smerca no se decidió a denunciar los hechos hasta ayer por la tarde? —preguntó Augello.

—Porque su hija no quería. No le apetecía acabar en boca de todo el pueblo.

—¿La violó?

—No.

—¿Le robó?

—No.

—¿Le pegó?

—No.

—¿Y qué le hizo?

—Ése es el quid de la cuestión. No le hizo nada de nada. Absolutamente nada. La chica se despertó al cabo de hora y media en mitad del campo. Tenía el bolso al lado. Lo abrió y no faltaba nada. Entonces se orientó, vio dónde estaba y

llamó un taxi con el móvil. Y punto pelota.

—Quizá se confundió de persona —dijo Augello.

Al oír hablar de confusiones, Montalbano, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se sobresaltó. Ah, no, aquel día ya se había cubierto el cupo de confusiones. Iba a decir algo, pero cambió de idea y no abrió la boca.

—También pueden plantearse otras hipótesis —continuó el subcomisario—. ¿Smerca a qué se dedica?

—Es comerciante. De tejidos al por mayor.

—Bueno, pues podría ser que se hubiera negado a pagar el *pizzo* a la mafia. Y que hubieran querido darle un aviso.

—Mimì, si hubiera sido cosa de la mafia, está claro que Smerca no habría venido a denunciarlo. Se las habría apañado él solito —intervino por fin Montalbano.

—Pues es verdad —reconoció Augello—. ¿Y si la chica se ha inventado la historia?

—¿Para qué?

—Quizá para justificar el retraso delante de su padre...

—Sí, como que hoy en día una chica de treinta años...

—Entonces, ¿a ti qué te parece?

—De momento no me parece nada. Aunque me huele a chamusquina: hay algo que no encaja. Me gustaría hablar con esa chica, pero a solas, sin el padre de por medio.

—Si quiere, la llamo para que venga después de comer. ¿A qué hora le iría bien? —dijo Fazio.

—A las cuatro tengo una visita. Pero será visto y no visto. A las cinco me va bien.

Nada más entrar en la *trattoria*, se percató de que Enzo, el propietario, no tenía el gesto risueño de siempre. Estaba bastante enfurruñado. Como lo consideraba un amigo, le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Sí, señor.

—¿Quieres hablar?

—Si usía, después de comer, tiene el detalle de dedicarme un cuarto de hora, se lo cuento todo.

—Vamos a hablarlo ahora.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque para el comer, como para el follar, no hay que pensar.

Ante la sabiduría tradicional, no le quedaba otra que rendirse.

Se dio un buen homenaje que dedicó a la cara del cabo de los carabineros que lo había detenido.

Cuando acabó, Enzo se lo llevó a un cuartito sin ventanas contiguo a la cocina y cerró la puerta. Se sentaron en dos sillas de paja medio desfondadas.

—La historia que voy a contarle sucedió hace seis días, por la noche, pero mi hermano Giovanni no me puso al tanto hasta ayer después de comer. Giovanni tiene una hija de treinta años, Michela, una chica como Dios manda, que trabaja en la Banca di Credito.

Montalbano tuvo una intuición repentina.

—¿Por casualidad no la habrán raptado y luego soltado sin haberle hecho nada?

Enzo lo miró atónito.

—Sí, señor. Pero ¿cómo se le ha...?

—Al día siguiente sucedió un episodio parecido. Me gustaría hablar con tu sobrina.

—Está aquí. La he llamado después de que usía me dijera que podía dedicarme un ratito.

—Ve a buscarla.

Enzo salió y volvió con una muchacha bien parecida, morena y de aire serio. Hizo las presentaciones.

—Si no te molesta, me gustaría hablar con ella a solas.

—No me molesta —contestó Enzo, y se marchó cerrando la puerta.

Era evidente que la chica estaba cohibida, intimidada.

Montalbano le dedicó una gran sonrisa para tranquilizarla. Michela le devolvió una sonrisa forzada.

—Ha sido una aventura muy fea, ¿verdad?

—¡Pues claro! —exclamó la joven.

Y al recordarla tuvo un escalofrío.

—¿Se ve con ánimo de contarme lo que sucedió?

—Mire, mi novio y yo vivimos en un edificio nuevo en la via Ravanusella.

¿Se sitúa?

—Sí, está en las afueras, yendo hacia Montelusa.

—Exacto. Volvía a casa en coche, sola. Había ido al cine con una amiga, mi novio no había querido acompañarnos. Eran poco más de las doce. Por el último tramo de la calle no pasa casi nadie. A la luz de los faros vi un coche parado con el capó abierto. Un hombre, que estaba trasteando con el motor, me hizo un gesto para que me parase. Y me paré, instintivamente. Se me acercó y me apuntó con una pistola por la ventanilla. Me ordenó que bajara. En cuanto salí del coche me mandó darme la vuelta y, de repente, con fuerza, me puso en la cara un trapo con cloroformo. Me desperté dos horas después a la salida de Montelusa. Llamé a mi novio, que fue corriendo a buscarme, hacía un buen rato que me buscaba desesperado. Había encontrado el coche abierto y vacío. No sufrí ninguna violencia, nada, no tengo ni siquiera un moratón ni un arañazo, no me robó nada.

—Según me ha parecido entender por lo que me ha dicho, pudo ver a ese hombre cara a cara.

—Sí, pero no podría describirlo.

—¿Por qué?

—Porque llevaba una gorra calada hasta los ojos, gafas de sol y un pañuelo que le tapaba la boca y la barbilla.

—Piénselo bien antes de contestar: ¿usted cree que era joven o mayor?

—Pero si acabo de decirle que...

—Perdone, pero esas cosas una mujer las capta de forma instintiva. Si vuelve mentalmente a ese momento...

La muchacha arrugó la frente, absorta en el recuerdo.

—Era un hombre mayor —dijo por fin, con seguridad—. Su paso, al acercarse hacia mí, no era el de un joven.

—Estupendo. Cuando la sujetó para aplicarle el cloroformo, ¿notó si olía a algo en particular? A una colonia, un *after shave*...

En esa ocasión, la respuesta de la joven fue rápida:

—Noté una vaharada a sudor ácido. Debía de estar sudando como un cerdo. Y la verdad es que hacía frío, aunque estemos en septiembre.

—Vamos con otra cosa. Ha sido usted víctima de un secuestro exprés insólito. Y sin duda le habrá dado muchas vueltas. ¿Ha llegado a alguna conclusión sobre la identidad o la motivación del agresor?

—¿Usted qué cree? ¡Claro que le he dado vueltas! Pero no he conseguido encontrarle ninguna explicación.

—¿Una venganza de algún ex novio?

—¿Y qué venganza sería ésa? No me hizo nada. Para vengarse, me habría violado o me habría hecho daño.

No le faltaba razón.

—¿Cuáles son sus ocupaciones en la Banca di Credito?

—Apenas hace tres meses que me contrataron. De momento soy la secretaria del director.

—¿Antes dónde trabajaba?

—En una notaría.

—No tengo más preguntas —dijo Montalbano, levantándose.

Se dieron la mano. La joven salió y al momento entró Enzo.

—¿Qué le parece, *dottore*?

—No creo que se trate de nada personal contra tu sobrina ni su padre. Hay un desequilibrado que va por ahí secuestrando a jovencitas sin tocarles un pelo. Lo cogeremos —le aseguró.

Pero en realidad no estaba tan seguro.

Como se había entretenido con Enzo, decidió no dar el habitual paseíto por el muelle y volver ya a la comisaría.

—Ah, *dottori*, ahora mismísimo acaba de *tilifoniar* el *signor* Pitruzzo, el mismo Pitruzzo que lo buscaba esta mañana personalmente en persona, el *sudodicho* Pitruzzo que le da las gracias por haberlo mandado al hospital, que dice así: que por no *encuntrarse* bien de la cabeza no puede venir, pero que pasará mañana a las diez. Pitruzzo, se *intiende*.

Así pues, el tal Pitruzzo era la víctima del sartenazo de Adelina.

—Muy bien. Mándame al *dottor* Augello y a Fazio.

Se dirigió a su despacho y, cuando entraron los dos, soltó la noticia del secuestro fugaz y sin consecuencias de otra joven.

—Los dos episodios tienen un único punto en común —concluyó.

—Las dos chicas trabajan en un banco —respondieron casi al unísono Augello y Fazio.

—Exacto. Pero no creo que se trate de alguien a quien un banco haya negado un crédito.

—¿Por qué estás tan seguro? —dijo Augello.

—¿Qué coño les importan a los bancos una cajera y una secretaria? Cuando

alguien quiere vengarse, pone un par de bombas y santas Pascuas.

Se hizo el silencio.

—¿A qué hora viene Manuela Smerca? —preguntó entonces Montalbano.

—A las cinco —contestó Fazio.

—Pues nos vemos aquí dentro de una hora. Quiero que estéis presentes.

Manuela no estaba en absoluto impresionada por encontrarse en un despacho de una comisaría delante de Montalbano y sus dos colaboradores.

Era guapa y lo sabía, y además tenía claro que siempre podría defenderse con su belleza.

De hecho, al sentarse hizo alarde de unas piernas largas y perfectas, de modo que los tres hombres presentes no pudieron evitar mirárselas embelesados.

Con un quejido y un suspiro silenciosos, el comisario fue el encargado de romper el hechizo.

—Su padre ya nos ha contado resumidamente su breve rapto, pero ahora lamento decirle que tengo que obligarla a recordar esos desagradables momentos: quiero plantearle algunas preguntas más detalladas. ¿Le parece bien?

—Pregunte, pregunte.

—¿A qué hora se produjo la agresión?

—El autobús tarda veinte minutos en llegar a mi barrio. Digamos que todavía no eran las siete.

—Así pues, aún era de día. El agresor se arriesgó mucho.

—Se arriesgó, sí, pero no mucho. Es una calle recta, se ve desde lejos si se acerca un coche o un peatón. Y no es muy habitual que pasen, ni los coches ni los peatones.

—¿Vio el número de la matrícula?

—Ni siquiera la miré.

—¿Qué clase de coche era?

—No sabría decirle.

—¿El color?

—Era un color oscuro.

En efecto, ¿por qué tendría que haber prestado una atención especial a un coche detenido en una calle?

—Según lo que nos ha contado su padre, no tuvo forma de verle la cara al agresor, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Para ponerle el trapo con cloroformo en la cara, debió de agarrarla con fuerza...

—Sí, me apretó mucho, pegando su cuerpo al mío.

—¿Se fijó en si despedía algún olor particular? Me explico mejor...

—No hace falta. Lo he entendido muy bien. Olía mal, creo que estaba sudando mucho.

—Mientras la aferraba, ¿notó si estaba excitado sexualmente?

La pregunta hizo aparecer una sonrisa de oreja a oreja en la cara de Manuela.

—No, en absoluto. Más bien lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que tenía miedo.

—¿De qué?

—De lo que estaba haciendo.

—O sea, que le daba miedo que lo descubrieran.

—Eso también. Pero tuve la sensación, no sabría decirle por qué, de que estaba asustado de su propio acto.

¿Un secuestrador al que le daba miedo secuestrar? ¡Eso sí que era una novedad!

3

—¿Me está diciendo que actuaba a regañadientes? —preguntó Montalbano, sorprendido.

—Puede que me equivoque, pero ésa fue la sensación que tuve. No fue brutal, ni siquiera especialmente agresivo, aplicaba sólo la violencia que era necesaria.

Inteligente, la muchacha.

—¿Le pareció que era joven o mayor?

—Era un hombre maduro, estoy segura.

—¿Se explica el motivo de lo sucedido?

—Me he pasado noches enteras sin dormir, créame. Y no he encontrado ninguna explicación posible.

—¿Está casada? ¿Tiene novio?

—No, ni siquiera tengo amante fijo.

—Con lo guapa que es, tendrá muchos pretendientes.

—Gracias. No me quejo.

—¿Algún pretendiente despechado?

—Teniéndome inconsciente y a su completa disposición, habría abusado de mí, ¿no le parece?

—¿Puede contarme algo más?

—Nada, no me desabrochó ni un botón, no rebuscó en el bolso.

—¿Cómo lo sabe?

—Pongo las cosas en un orden particular, y cuando lo abrí para sacar el móvil, aunque estaba un poco atontada, vi que seguía todo en su sitio.

—¿Sabe que el día antes de su secuestro exprés hubo otro absolutamente idéntico?

Manuela se sorprendió.

—¿No me diga?! —Y luego, después de pensarlo un momento, hizo la pregunta más lógica que se podía formular—: ¿Se parece a mí?

—En absoluto. La otra mujer es morena, con el pelo rizado, no muy alta... Pero también trabaja en un banco.

La joven se quedó pensativa. Luego dijo:

—Yo que ustedes no daría mucha importancia al hecho de que trabajemos en un banco. Para mí que se trata de una coincidencia.

—¿Por qué?

—Si hubieran querido atacar a los bancos, me parece que habrían actuado de otra forma. Tal como lo han hecho, no tiene sentido. —Y entonces hizo otra pregunta inteligente—: ¿Han podido averiguar si se trataba del mismo agresor?

—Sí, el mismo.

La chica se encogió de hombros.

—No sé qué decir.

Cuando se fue Manuela, Montalbano, Augello y Fazio se quedaron mirándose en silencio.

Todo aquel asunto, como bien había dicho ella misma, no tenía sentido.

—A lo mejor es un maníaco al que le gusta abrazar a jovencitas inconscientes —aventuró el subcomisario. Sin embargo, lo dijo sin creérselo demasiado él mismo. Y acto seguido formuló otra hipótesis—: O puede que les haga fotos en poses raras.

—De una cosa estoy seguro —intervino Fazio—, y es que va a haber más agresiones.

—Coincido contigo —dijo Montalbano—. Pero me ha intrigado mucho algo que ha dicho Manuela y en lo que ha insistido: que el agresor tiene miedo de lo que está haciendo.

—Explícate —pidió Augello.

—El hecho de que tenga miedo significa como mínimo dos cosas. La primera es que el agresor es nuevo en esto, es un debutante, por lo que hay que descartar a un profesional con toda una organización detrás. Hay muchas probabilidades de que actúe solo. La segunda es que se encuentra en una situación en la que se ve obligado a perpetrar secuestros exprés.

—¿Quieres decir que actúa por cuenta ajena? ¿Que lo obligan otras personas a llevar a cabo esos secuestros? —preguntó Augello.

—Podría ser. Aunque también podría ser que haya hecho algo que lo empuje, vete tú a saber por qué, a secuestrar jovencitas. En resumen, los raptos serían

simplemente para despistar.

—¿Cómo procedemos? —dijo Fazio.

—No tengo ni la más mínima idea —contestó Montalbano.

Se quedaron un rato en silencio, meditando sobre su impotencia, sobre su incapacidad de encontrar sentido a aquellos hechos sin sentido aparente.

El comisario fue el encargado de romper el silencio, que con el paso de los minutos se volvía cada vez más pesado.

—Sin embargo, a pesar de la niebla que nos rodea, tenemos un punto a nuestro favor —dijo.

Augello y Fazio volvieron a la superficie desde el fondo de sus pensamientos y prestaron mucha atención.

—De esos dos secuestros la prensa no sabe nada, y en el pueblo no se habla del asunto.

—¿Por qué lo consideras un punto a favor? —quiso saber Augello.

—Quizá el agresor esperaba un buen barullo, un buen alboroto provocado por los dos raptos. El silencio será como un jarro de agua fría y lo llevará a hacer algo que sí provoque ese barullo.

—¿Un tercer secuestro que, a diferencia de los dos precedentes, dure varios días y obligue a la familia a pedir nuestra ayuda públicamente? —sugirió Fazio.

—Algo por el estilo. Y espero que, de ser así, dé un paso en falso.

Se zampó la pasta *'ncasciata* de Adelina sentado en el porche.

De vez en cuando, mientras comía, le volvía a la cabeza la cuestión de los secuestros, pero se las ingeniaba para apartarla enseguida.

No tenían nada, y especular sobre nada resultaba inútil.

Al acabar la cena llamó a Livia a Boccadasse.

En un momento dado, ella le preguntó en qué estaba trabajando y el comisario le contó la historia de las dos chicas.

Livia se quedó callada. Luego dijo:

—En Génova pasó algo parecido hace muchísimos años. Yo iba al liceo.

—Cuéntame.

—No recuerdo gran cosa. Era un impotente que sólo conseguía gozar cuando, tras provocar de alguna forma que una mujer perdiera el sentido, le olía las bragas.

—¿Se las quitaba?

—No, se las dejaba puestas.

—No creo que sea nuestro caso.

—¿Por qué?

—No lo sé, es una intuición.

—Salvo, no te molestes, pero tu instinto no es el mismo de cuando tenías treinta años.

La alusión a su edad lo incomodó, pero se dio cuenta de que, en el fondo, Livia tenía razón.

¿Por qué no seguir también esa pista? Descartar a priori la idea de un maníaco podía ser un error.

Había dormido bien, de modo que llegó a la comisaría fresco como una lechuga, descansado y con buen aspecto. El ojo estaba más azul claro que morado y la oreja se le había deshinchado bastante.

—Llama a Fazio y dile que... —le empezó a pedir a Catarella al entrar.

—No se encuentra *in situ*, *dottori*.

—¿Dónde está?

—Esta noche ha habido un incendio provocador en un comercio y se ha dirigido *in situ*, que es donde se encuentra.

—Mándame, pues, al *dottor* Augello.

—Tampoco se encuentra *in situ*, *dottori*.

—¿Adónde ha ido?

—Ha *tilifoneado* para decir que él, que sería el *dottori* Augello, ha tenido que llevar al hospital al hijo suyo de él en tanto en cuanto se había hecho daño en una pierna.

Montalbano estaba horrorizado.

Eso quería decir que iba a tener que pasarse unas cuantas horas firmando papeles, esos odiados papeles que formaban una montaña de equilibrio inestable encima de su mesa.

Si de él dependiera, todos los expedientes se quedarían en la categoría de «pendientes» para toda la eternidad.

Fue a su despacho, se sentó en la butaca, soltó maldiciones durante cinco minutos de reloj, luego agarró el primer documento y, sin leerlo siquiera, lo firmó y pasó al siguiente.

Cuando llevaba un rato en ésas, sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que se habría personado aquí el *signor* Pitruzzo personalmente en persona.

Miró la hora. Las nueve menos diez. Pero ¿no tenía que acudir a las diez?

—Acompáñalo a mi despacho.

Habría recibido hasta al mismo demonio personalmente en persona con tal de no seguir firmando papeles.

Entró Pitruzzo, se dieron la mano, se sonrieron y el comisario lo invitó a sentarse.

—¿Cómo va la cabeza?

—Mucho mejor, gracias. Perdone que no viniera ayer como habíamos quedado, pero no me vi con fuerzas para salir. Preferí quedarme en casa e hice bien.

—Cuénteme, señor Pitruzzo.

El otro sonrió.

—Virduzzo, me llamo Alfredo Virduzzo.

Montalbano soltó una maldición mental. ¿Por qué había vuelto a fiarse una vez más de Catarella, que era incapaz de repetir un apellido sin meter la pata? ¿Cómo podía picar siempre?

—Perdone. Lo escucho.

—Tiene que saber que soy...

Sonó la línea externa.

—Perdone —repitió Montalbano mientras descolgaba el teléfono.

Era Fazio.

—Disculpe, *dottore*, pero quizá sería mejor que viniera.

—¿Ha habido complicaciones? —preguntó el comisario sin entrar en detalles, dada la presencia de una persona ajena.

—Sí, jefe.

—¿Va para largo?

—Sí, jefe.

—Dame la dirección y voy para allá.

No había oído hablar nunca de la calle que le dijo el inspector jefe: via dei Fiori, número 38.

Se puso en pie y Virduzzo lo imitó.

—Perdone, pero...

¡Cuántas excusas ceremoniosas habían intercambiado ya aquella mañana!

Cualquiera diría que estaban en China.

—No se preocupe —contestó el hombre, resignado.

Montalbano le ofreció un premio de consolación:

—Si quiere pasarse esta tarde a última hora...

—¿A las seis le va bien? —preguntó Virduzzo, esperanzado.

—Me va bien.

Como no se fiaba de Catarella, llamó a Fazio y le pidió que le explicara bien dónde estaba la calle. No quedaba lejos, llegaría en cuestión de veinte minutos dando un paseo.

Naturalmente, en la via dei Fiori no se veía una flor ni en pintura.

La calle formaba parte de un barrio de casas viejas y en mal estado que el Ayuntamiento había tratado de recuperar con la intención de convertirlo en una zona artística, por llamarlo de alguna forma.

Había un estudio de pintura, tres de fotografía, dos galerías que exponían cuadros y esculturas que nadie compraba, unos cuantos edificios con las fachadas decoradas y un Caffè degli Artisti.

El número 38 correspondía a una casa de dos plantas. La puerta de la calle estaba abierta y delante había un guardia municipal que reconoció al instante al comisario y se apartó con un saludo.

Montalbano se lo devolvió y entró.

Dentro del portal, a la izquierda, se veían los restos de una puerta devorada por el fuego, mientras que a la derecha había una escalera con un elegante pasamanos que llevaba al primer piso y no parecía demasiado dañada.

Montalbano cruzó el umbral de la puerta quemada y se encontró dentro de un gran comercio de televisores, teléfonos móviles y aparatos electrónicos varios.

Había entrado por la parte de atrás de la tienda, ya que la entrada para los clientes, con su correspondiente escaparate al lado, estaba al fondo y daba a la calle principal del barrio.

Las persianas metálicas, tanto de la puerta como del escaparate, estaban bajadas a medias y dejaban pasar algo de luz al interior; si no, la oscuridad habría sido total, agravada tal vez por el humo negro que lo cubría todo.

—¡Fazio! —llamó.

No le contestó nadie.

Decidió que allí dentro no tenía nada que hacer. Tal vez porque había un aire

denso y acre que provocaba tos y lagrimeo. Dio media vuelta y salió de la tienda.

En ese preciso instante vio a Fazio, que entraba jadeante por la puerta de la calle.

—El guardia ha venido a decirme que usía estaba aquí.

—¿Dónde te habías metido?

—En un bar, aquí al lado. Tenía la garganta tan seca por el humo que se me cortaba la respiración.

—¿Por qué me has hecho venir?

—*Dottore*, no se me habría ocurrido molestarlo si la cosa no fuese complicada. Vamos arriba, hablaremos con más tranquilidad.

Fazio lo guió. La puerta estaba abierta, entraron.

El piso debía de estar amueblado con buen gusto, a juzgar por el recibidor.

—Aquí vive el propietario del comercio, Marcello Di Carlo.

—¿Dónde está?

Fazio no pareció oír la pregunta.

—¿Le enseño el piso? —dijo.

Si se comportaba así, sus motivos tendría. Montalbano asintió.

Del recibidor salía un pasillo con puertas a derecha e izquierda.

Comedor, sala de estar, cocina ultramoderna, baño con hidromasaje a la derecha, dormitorio de matrimonio, baño, otro dormitorio de matrimonio y despacho a la izquierda.

Todo estaba limpio y en perfecto orden, pero daba la impresión de que el piso llevaba varios días vacío.

Volvieron al recibidor, se sentaron. Durante el recorrido por la vivienda, el comisario se había hecho una idea clara de la situación.

—Entendido —dijo—. No hay ni rastro del tal Di Carlo.

—Exacto.

—¿Sabes qué edad tiene?

—Unos cuarenta años.

—¿Casado?

—No, jefe.

—¿Tiene parientes?

—Sí, jefe, una hermana, Daniela, que está casada y vive en Montelusa. Me lo han dicho en el bar, es cliente habitual.

—Habría que enterarse del apellido de casada y llamarla.

—Ya está hecho —contestó Fazio.

Cuando el inspector jefe decía eso, a Montalbano solía entrarle un impetuoso ataque de nervios.

En esa ocasión consiguió controlarse.

—El marido se apellida Ingrassia. La he llamado.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha parecido más preocupada por el incendio que por su hermano.

—Explícate.

—Me ha dicho que Marcello es un hombre atractivo al que le gusta disfrutar de la vida. Se ha pasado todo el mes de agosto de vacaciones en Lanzarote, desde donde la llamó y le dijo que estaba de luna de miel. Por lo visto, había conocido a una chica. Volvió a dar señales de vida el día 31, ya desde Vigàta. A partir de ese día, Daniela no ha vuelto a tener noticias de él. Según ella, puede que se haya traído a la chica de Lanzarote y ahora se dedique a enseñarle una por una las bellezas de nuestra isla.

—Perdona, pero, cuando él se va de picos pardos con la mujer de turno, ¿quién se ocupa de la tienda?

—Hay un dependiente, un tal Filippo Caruana. Tiene llaves. Está ahí, en el bar, por si usía quiere hablar con él.

—¿Y del incendio qué ha dicho Daniela?

—No ha vacilado lo más mínimo. Cosa de la mafia. En julio, su hermano le contó en confianza que le habían aumentado el *pizzo* y que no tenía intención de pagarlo.

Montalbano se quedó pensativo.

—Ve a buscar al dependiente —pidió luego.

Fazio salió y regresó al cabo de cinco minutos con un veinteañero de aire inteligente.

—Me gustaría que me dijera si ha notado algo anormal en el comportamiento de Di Carlo a su vuelta de las vacaciones.

El muchacho contestó al instante:

—En cuanto al carácter, estaba más contento de lo habitual.

—¿Sabe por qué?

—El motivo me lo dijo él mismo el día que reabrimos la tienda.

—¿Y cuál era?

—Se había enamorado.

—¿Durante las vacaciones en las islas Canarias?

—No, por lo visto se conocieron aquí en Vigàta a principios de junio y congeniaron enseguida. Luego, por casualidad, ella había previsto irse en julio y agosto a Tenerife, mientras que él sólo en agosto a Lanzarote. Total, que el 1 de agosto fue a buscarla a Tenerife y se la llevó a Lanzarote.

—Entendido. ¿Volvieron juntos?

—No sabría decírselo con seguridad, pero creo que sí. Di Carlo sólo me avisó de que llegaba el 31.

—Entonces, ¿por qué lo cree?

—Ha cambiado de costumbres.

—¿En qué sentido?

—Por la tarde cerramos a las ocho. Desde que ha vuelto, se va a las seis y media. Yo me encargo del cierre.

—¿Y se encarga también de abrir por la mañana?

—No, abre él. Aunque estos tres últimos días me he encontrado las persianas bajadas y he tenido que abrir yo.

—¿Y él a qué hora se ha presentado?

—No se ha presentado. Hace tres días que no lo veo. Ni siquiera ha llamado.

—¿Por casualidad no le habrá dicho algo de la chica con la que pasó las vacaciones?

—¿Qué tendría que haberme dicho?

—El nombre, dónde vive...

—No me ha dicho ni una palabra más de lo que les he contado.

—¿Le enseñó una foto?

—No.

—¿Ya se había ausentado varios días en alguna otra ocasión?

—Sí. Pero se había comportado de otra forma.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que me contaba adónde iba y cuánto tiempo iba a estar fuera.

—¿Di Carlo tiene móvil?

—Sí, claro.

—¿Ha probado a llamarlo?

—Naturalmente. Lo tiene siempre apagado. También le he mandado mensajes, pero no me ha contestado.

—¿Cómo iba la tienda?

—Bastante bien, teniendo en cuenta la crisis.

—¿Sabe quién le limpia el piso?

—Viene una señora un día sí y otro no. Pero más detalles no...

—En el bar me han dado el nombre y el teléfono. La conocen porque durante un tiempo también limpiaba allí —informó Fazio.

—¿Qué coche tiene Di Carlo?

El joven abrió la boca, pero no le dio tiempo a decir una sola palabra, porque Fazio habló antes:

—Un Porsche Cayenne.

—¿Y dónde aparca esa joya?

—En un garaje, a dos calles de aquí.

4

Era crucial saber si el coche estaba o no para tener un mínimo de información sobre los movimientos de Di Carlo.

—Habría que ir a ver si...

—Ya está hecho —dijo Fazio.

—¡Uhhhhhhh! —estalló Montalbano, esta vez incapaz de controlarse.

Se le había escapado una especie de alarido fortísimo que asustó a sus dos interlocutores.

—¿Se encuentra mal, *dottore*? —le preguntó el inspector jefe, preocupado.

—Nada, nada. Un dolor reumático que de vez en cuando me da la lata...
¿Qué me decías?

—Que el coche no está. Di Carlo se lo llevó hace unos días, por la tarde, no saben cuándo exactamente, y desde entonces no han vuelto a verlo. Tengo la matrícula.

No había más preguntas que hacerle al dependiente. Le dijo que podía irse.

—Ah, por favor, si tiene noticias directas o indirectas de Di Carlo, póngase en contacto con nosotros de inmediato.

El joven se despidió y se marchó.

—¿Qué le parece? —preguntó Fazio.

—Puede que esté por ahí con la chica y puede que no. Si no está por ahí con la chica, ella acudirá a nosotros de una forma u otra para saber algo de su novio.
¿Qué han dicho los bomberos del incendio?

—Que no cabe duda de que es intencionado.

—¿Cómo lo han hecho?

—Han entrado en el portal con una llave falsa y con otra han abierto la puerta de atrás. Luego, una vez dentro, han vaciado dos latas de gasolina, le han prendido fuego y se han largado.

—Han actuado, me da la impresión, tratando de hacer el mínimo ruido posible.

—Eso parece.

—Quizá creían que Di Carlo estaba durmiendo en su casa.

—Es posible.

—Dime una cosa: la puerta de este piso ¿quién la ha abierto?

—Yo me la he encontrado así.

—Entonces, ¿han sido los bomberos?

—No lo sé.

—¿Quién era el jefe de los bomberos?

—Guggino.

—Llámallo y que te aclare eso de la puerta.

Mientras Fazio telefoneaba, Montalbano se levantó y se puso a caminar, fumándose un pitillo. Cuando vio que el inspector jefe había terminado, volvió a sentarse.

—Guggino dice que, cuando han llegado, la puerta estaba abierta y dentro no había nadie.

—En ese caso, el panorama cambia —contestó el comisario.

—¿En qué sentido?

—El que ha dejado la puerta abierta no ha sido Di Carlo, el dueño del piso, eso está claro.

—Podría ser cosa de la asistenta.

—Llámalala y entérate de sus horarios.

La conversación fue rápida.

—La asistenta dice que trabaja sólo por las mañanas, pero que hace una semana que no viene por culpa de una fuerte gripe.

—O sea, que no tiene nada que ver. Así pues, hay dos posibilidades: o el incendio no está relacionado con la desaparición o sí existe relación y es muy estrecha.

—¿Me está diciendo que, en el segundo caso, los que han pegado fuego a la tienda también han secuestrado a Di Carlo?

—Exactamente.

Fazio hizo un gesto de incredulidad.

—Perdone, pero ¡ésa no es en absoluto la forma de proceder habitual de la mafia!

—Tienes toda la razón del mundo. No es la forma habitual. Y eso me preocupa mucho.

—¿Qué hacemos?

—Quiero ver el despacho.

Dentro de esa habitación, que no era muy grande, había una mesa blanca semicircular, modernísima, a medio camino entre un torpedo y un coche de fórmula 1; detrás se veía una butaca giratoria y aerodinámica, orientable, reclinable y regulable, repleta de botones y palancas hasta el punto de que, antes de sentarse en ella, uno tenía que sacarse el carnet de conducir; frente a la misma, en cambio, había dos sillas normales. La pared de delante de la mesa estaba cubierta de lado a lado por una librería con pocos ejemplares, pero, para compensar, atestada de cosas como conchas, animales de terracota, de cristal o de plástico, casitas en miniatura y unos cuantos instrumentos musicales exóticos.

Quizá se trataba de recuerdos de viaje.

Además, llamaban la atención cuatro cámaras fotográficas. En la pared de la derecha había un archivador. El comisario lo abrió. No podía decirse que Di Carlo fuera un hombre desordenado. Correspondencia con los proveedores, facturas, recibos, cada cosa organizada en su propia carpeta.

Montalbano se sentó con prudencia en la butaca y abrió el cajón de la izquierda de la mesa. Más papeles de trabajo. Abrió entonces el de la derecha. Estaba lleno de álbumes de fotos. Era evidente que Di Carlo aspiraba a ser un gran fotógrafo de paisajes, ya que ése era el tema dominante.

—Faltan dos cosas —observó el comisario.

—Una es el ordenador —apuntó Fazio—. ¿Y la otra?

—Las fotos de las chicas con las que ha salido. Un tío tan metido en la fotografía, imagínate las que les habrá hecho.

—Es verdad.

—El ordenador seguro que se lo ha llevado él o lo han requisado los secuestradores, pero ¿dónde han ido a parar las fotos? —Se levantó—. ¿Sabes qué te digo? Que volvemos a comisaría. Aquí no hay nada más que ver.

—Si usía me lo permite, voy un momento al baño —dijo Fazio.

Salió y al cabo de un minuto Montalbano oyó que lo llamaba.

Fazio había descorrido la cortina de la ducha.

En el suelo había dos grandes sobres de color ocre, uno vacío y el otro lleno a reventar, además de una caja de cerillas de cocina y muchísima ceniza negra alrededor del agujero del desagüe.

El comisario se agachó, recogió el sobre lleno y lo abrió. Fotos de chicas guapas, vestidas, disfrazadas, desnudas.

—Nuestro amigo Di Carlo estaba deshaciéndose del recuerdo de amores pasados —dijo.

De cada una de las chicas había al menos una decena de fotografías que Di Carlo, con su precisión característica, no sólo había reunido en un fajo con una goma elástica, sino que también había etiquetado: detrás de la última de cada grupo había escrito el nombre de la mujer en cuestión y lo que había durado la relación.

En total había dieciséis fajos, el primero correspondiente a Adele (13 de enero-22 de abril del 2010) y el último a Giovanna (3 de marzo-30 de marzo del 2012). En conclusión, no había ni rastro de las fotos de la chica con la que había estado en Lanzarote y con la que se veía en aquel momento.

—Los líos amorosos de este Di Carlo no duran demasiado —comentó Fazio.

—Sí, es cierto, pero con la de ahora las cosas son distintas —dijo Montalbano.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque está quemando las fotos de las demás. Es evidente que antes no lo había hecho nunca. Y esto, en definitiva, quiere decir también otra cosa.

—¿El qué?

—Que Di Carlo aún no la ha invitado a su casa, puesto que no ha concluido la eliminación de las historias anteriores; por consiguiente, de momento está yendo a dormir a casa de ella. De eso se deduce, lógicamente, que la chica vive en un piso propio, no creo que vayan a un hotel.

—¿Qué hacemos con estas fotos?

—Déjalas donde estaban.

Cuando salieron del baño y empezaban a recorrer el pasillo oyeron una voz de mujer procedente de la escalera.

—¡Señor Fazio!

—¿Quién es? —preguntó Montalbano.

—¡Yo qué sé! Voy a ver.

El comisario se esperó en el pasillo. Fazio reapareció.

—Es Daniela Ingrassia, la hermana de Di Carlo. Ha venido ex profeso desde Montelusa. Quiere hablar con usía. ¿La recibe aquí o la mando a comisaría?

—La veo aquí.

Hechas las presentaciones, se sentaron en el recibidor.

La señora Daniela era una mujer morena, atractiva y elegante, a medio camino entre los treinta y los cuarenta.

No hacía ningún esfuerzo por disimular su nerviosismo y retorció un pañuelo que llevaba en la mano. Como nadie abría la boca, fue ella quien habló primero:

—Perdonen esta irrupción; he pasado por la comisaría y me han dicho que estaban aquí, así que...

—Ha hecho bien —dijo Montalbano.

—Durante este rato, ¿no habrán tenido alguna noticia de Marcello? —preguntó, inquieta.

—Todavía no.

La expresión de Daniela se tornó aún más angustiada.

—Quería explicarles... No sé por dónde empezar... Cuando me ha llamado el señor Fazio no he comprendido de inmediato la gravedad de la situación, pero luego, al pensarlo...

—¿Qué la ha empujado a cambiar de idea?

—Mire, a principios de junio Marcello vino a cenar a casa. No estaba de buen humor, como de costumbre, y le pregunté por qué. Primero no me lo quiso decir, pero al acabar de comer se decidió. Estaba preocupado porque la tienda había sufrido un fuerte bajón de ventas y, para colmo, le habían pedido que doblara el *pizzo*. Nos dijo que no pensaba pagarlo. Vino a cenar otra vez antes de irse de vacaciones. Aquella noche, además de contarnos que había conocido a una chica maravillosa, nos comunicó que no había pagado el *pizzo* y que, por consiguiente, había recibido en varias ocasiones serias amenazas telefónicas.

—¿Con qué lo amenazaban?

—Con quemarle el coche, la tienda...

—¿También con secuestrarlo?

—Eso no me lo dijo.

—¿A la vuelta de vacaciones sólo hablaron por teléfono?

—Sí, no nos hemos visto.

—¿Qué le pareció?

—Estaba... eufórico, eso es. Había pasado un mes fantástico, según me dijo. Y añadió que con esa chica iba en serio, muy en serio. Me dio a entender que quizá se casarían. Yo, sinceramente, me alegré de que hubiera sentado la cabeza. Le dije que quería conocerla y me contestó que por supuesto, que un día de éstos vendría a cenar con ella.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No.

—¿Y dónde vivía?

—Sí, aquí en Vigàta, pero no le pregunté más.

—¿Le dijo si tenía trabajo?

—No.

—¿Volvió a mencionarle el *pizzo* y los problemas de la tienda?

—Para nada... Era como si siguiera en Lanzarote con esa chica. Como si aún estuviera de vacaciones. No había tenido tiempo de volver a la realidad.

—¿Sabe quiénes son los amigos de su hermano?

—Tiene varios, el primero que se me ocurre es Giorgio Bonfiglio. Es su mejor amigo.

—¿Sabe dónde vive?

—No, pero lo encontrará en la guía telefónica: antes de venir he hablado con él.

—¿Con Bonfiglio?

—Sí. Lo he informado de todo. Hace días que él tampoco tiene noticias de Marcello. Y eso me preocupa mucho; me angustia, incluso. Me da miedo que le hayan hecho daño. Comisario, se lo ruego, se lo suplico: haga lo posible para que...

—Señora, hay un pequeño problema. Su hermano es mayor de edad, puede que haya desaparecido por voluntad propia...

—No creo.

—Yo tampoco, pero por el momento estoy atado de pies y manos. Sólo puedo actuar si un familiar pone una denuncia.

—Entendido —contestó Daniela, pero se veía claramente que no sabía si presentarla o no.

El comisario le echó una mano:

—Consúltelo con su marido. Si se decide, llame a comisaría y pregunte por Fazio.

La señora Daniela se levantó, les dio las gracias, se despidió y se marchó.

—Me asalta una duda —dijo Fazio.

—Dime.

—¿Y si ha sido el propio Marcello el que ha pegado fuego a la tienda para echar la culpa a la mafia? Por su hermana sabemos que el negocio le iba mal y

que le habían doblado el *pizzo*. Con eso se embolsaría el dinero del seguro y adiós muy buenas. Además, para complicar las cosas, monta el numerito de la puerta de casa abierta y la desaparición misteriosa.

—Puede ser una buena hipótesis —dijo el comisario—. De momento vamos a descubrir todo lo que podamos de Marcello. En cuanto llegemos a comisaría llamas a Bonfiglio y me lo convocas a las cuatro.

—¿Alguna novedad, Catarè?

—Ninguna, *dottori*.

—¿Ha vuelto el *dottor* Augello?

—Ha llegado ahora mismísimo, *dottori*.

—Mándalo a mi despacho.

Acababa de sentarse cuando entró Mimì.

—¿Qué se ha hecho tu hijo en la pierna?

—Nada, una tontería.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto?

—Pero si he vuelto hace como mínimo dos horas. Lo que pasa es que he tenido que salir otra vez enseguida.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche pegaron fuego a un coche. Y como teníamos una denuncia por el robo de un automóvil, he preferido ir a ver. Creo que te había comentado lo del robo.

—Sí, me suena.

—Presentó la denuncia el propietario, el ingeniero Cosimato. Era un Mitsubishi especial, con un maletero grande.

Montalbano se revolvió en la butaca y resopló.

—Mira, Mimì, me estás cansando. A mí esas historias de coches robados me la traen floja.

—Pues en este caso concreto te interesará y mucho.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó el otro, mirándolo desafiante.

—Está bien, sigue.

—El coche era en efecto el del ingeniero Cosimato. He acertado. Pero el que le ha pegado fuego lo ha hecho mal, porque la parte de atrás ha quedado casi intacta. He abierto el maletero y enseguida he visto algo raro.

—¿El qué?

—Una diadema metálica forrada de tela, de esas que llevan las mujeres para sujetarse el pelo. Y entonces se me ha ocurrido una idea: ¿y si el secuestrador de jovencitas hubiera utilizado ese coche robado?

—¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer. He avisado a los de la científica, he esperado a que llegaran y me he venido.

—¿Cómo habéis quedado?

—Me llamarán por la tarde.

—Mimì, no puedes ni imaginarte el esfuerzo que me cuesta decir las palabras que estoy a punto de pronunciar: lo has hecho muy bien y...

—Déjalo ahí, no vaya a ser que con ese esfuerzo ímprobo que estás haciendo te salga una hernia.

En cuanto el comisario se sentó, Enzo se acercó para tomarle nota.

Era pronto y, aparte de Montalbano, no había más clientes, podían hablar con libertad.

—¿Le traigo unos *antipasti* como de costumbre?

—Sí, pero mientras me los como has de hacerme un favor.

—A mandar.

—Llama a tu sobrina y pregúntale si durante el secuestro perdió algo.

—Explíquese mejor.

—El secuestrador la metió en el maletero, ¿no? Aunque intentara no hacerle daño, no deja de ser un acto violento, así que puede que tu sobrina perdiera algo: un pendiente, una pulsera, alguna otra cosa.

Enzo volvió a aparecer cuando él ya estaba terminándose los *antipasti*.

—Mi sobrina ha perdido un anillo sin ningún valor que le gustaba mucho. Le iba grande. Pero la verdad es que no sabe exactamente cuándo fue. ¿Hay novedades?

—De momento, no.

Al salir de la *trattoria* dio su paseíto habitual por el muelle hasta llegar a la roca plana que estaba justo al pie del faro.

Se sentó, encendió un pitillo y se puso a pensar.

Aunque Mimì Augello tuviera razón, no quería decir a ciencia cierta que se hubieran terminado los secuestros exprés.

Podía ser que el secuestrador hubiera robado otro coche por miedo a que llegaran a identificar el que había utilizado hasta entonces.

Claro que también podía ser que no tuviera más intención o necesidad de seguir secuestrando.

En cualquiera de los dos casos, quedaba por responder la pregunta principal: ¿cuál había sido, o cuál era, el objetivo de los secuestros?

No parecía que tuvieran sentido.

Y, sin embargo, alguno debía de haber.

—¿Sabes encontrarlo tú? —preguntó a un cangrejo que lo miraba desde la parte inferior del escollo.

El cangrejo no contestó.

—Gracias de todos modos —le dijo Montalbano.

Luego suspiró, se levantó y echó a andar despacio, paso a paso, hacia el coche.

Pocos minutos antes de las cuatro, Fazio llamó a la puerta del despacho del comisario y entró.

—¿Quiere que esté presente cuando venga Bonfiglio?

—Sí, siéntate. Mientras, te cuento lo que ha descubierto Augello.

Le refirió la historia del coche quemado y la diadema. Antes de que Fazio pudiera hacer un comentario, sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría el señor Bonogiglio personalmente en persona, que dice que usía lo ha *cunvocado*.

—Sí, hazlo pasar.

En cuanto entró Giorgio Bonfiglio, Montalbano y Fazio intercambiaron una mirada interrogativa.

Al habérselo descrito Daniela como el mejor amigo de Marcello, esperaban a un hombre de cuarenta años, pero el que tenían delante había cumplido los sesenta. Iba muy arreglado y bien vestido.

Montalbano lo invitó a ponerse cómodo. Bonfiglio se sentó en el borde de la silla; era evidente que no estaba a gusto.

El comisario atacó de inmediato con una pregunta que extrañó tanto a Fazio como a Bonfiglio:

—¿Está usted casado?

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó el otro, estupefacto.

—Contésteme, por favor.

—No, nunca he pensado en el matrimonio, soy lo que suele llamarse un solterón empedernido.

—¿Cómo surgió su amistad con Di Carlo?

—Nos conocimos hace unos diez años, durante una cena en casa de unos conocidos comunes. Nos caímos bien al instante y, a pesar de la diferencia de edad, nos hicimos amigos.

—¿Di Carlo le tiene confianza?

Bonfiglio se sonrió e hizo un gesto de suficiencia.

5

El comisario se irritó.

—Haga el favor de expresarse verbalmente.

—Claro que me tenía confianza. De hecho, al ser mayor que él me convertí en su confesor y su consejero.

—¿Cree que se lo cuenta todo?

—Huy... Digamos que casi todo.

—¿Le dijo que la mafia le había doblado el *pizzo*?

—Por supuesto.

—¿Puedo saber qué consejo le dio?

Bonfiglio no vaciló:

—Pagar. Y sin rechistar. Pero Marcello, por lo visto, se mantuvo en sus trece y se negó.

—¿Por qué le dijo que pagara?

—Perdone si hablo sin reticencias, no quiero ofender a nadie. En primer lugar porque ustedes, y me refiero tanto a la policía como a los carabineros, son ineficaces frente al fenómeno del *pizzo*.

Se detuvo, a la espera de una reacción que no llegó. En lugar de eso, el comisario preguntó:

—¿En segundo lugar?

—En segundo lugar le señalé que no se lo habían doblado, sino que se lo habían aumentado un poco. Me lo rebatió diciendo que, teniendo en cuenta la bajada de los ingresos, porcentualmente ese incremento equivalía a pagar el doble. Según su punto de vista no le faltaba razón.

—En consecuencia, me parece entender que, en su opinión, tanto el incendio de la tienda como la desaparición de su amigo son obra de la mafia por su negativa a pagar el *pizzo*.

Bonfiglio se encogió de hombros.

—Me parece una opinión de lo más lógica. Me contó que a todos los comerciantes de la zona les habían pedido el aumento del *pizzo* y que muchos habían expresado su intención de no pagar. Estoy convencido de que, después del incendio y de la desaparición de Marcello, todos irán sobre seguro y se doblegarán a la demanda.

—¿Usted cree que tarde o temprano soltarán a Di Carlo?

El gesto de Bonfiglio se ensombreció.

—Sinceramente, no sé qué contestarle.

—Inténtelo.

—El corazón me dice que sí; el cerebro, que no.

—Vamos con otra cosa. ¿Recuerda cuándo fue la última vez que vio a Di Carlo?

—Puedo contestar con exactitud. Dos días antes de que se fuera de vacaciones, es decir, el 29 de julio, y me dijo que volvería el 31 de agosto por la tarde.

—Cuando volvió, ¿no se vieron?

—No.

—¿Y eso?

—Yo no estaba en Vigàta, regresé anteayer de Palermo.

—¿Por trabajo?

—Fui a cuidar a mi hermana, que está muy enferma. Mi cuñado estaba en una misión militar en el exterior y ella se había quedado sola.

—¿Hablaron por teléfono?

—Eso sí. Hablamos tres veces.

—¿Le dijo que se había enamorado?

Bonfiglio sonrió.

—Me lo comunicó en una llamada desde Lanzarote. Y me lo repitió también en el curso de la última conversación, esa vez añadiendo que se trataba de algo serio.

La sonrisa de Bonfiglio se ensanchó.

—¿Le resulta divertido?

—Francamente, sí.

—¿Por qué?

—Es la cuarta vez en diez años que lo oigo decir que se trata de algo serio. Y

lo mejor es que se lo cree de verdad. Empieza a imaginar su vida futura con la chica, la boda, los hijos... Es como una enfermedad que le hace pasar unos meses en estado febril y luego, de un día para otro, se cura.

—¿Le dijo cómo se llamaba la chica?

—No. Las otras veces no sólo me había dicho el nombre, sino también el apellido, la edad, la dirección, las virtudes, los defectos, los gustos, todo. Esta vez, en cambio, nada.

—¿No le pareció raro?

—Por supuesto. Hasta el punto de que le pregunté varias veces por el motivo de su reticencia.

—¿Y...?

—Me contestó que me lo diría a mi regreso y que me sorprendería mucho.

—¿Cómo interpretó esa frase?

—Sólo cabe una interpretación: que se trate de alguien a quien conozco.

—¿Ha formulado alguna hipótesis?

—No.

—¿Ah, no?

—He conocido a muchas mujeres en estos diez años. Ya se lo he dicho, soy un solterón empedernido.

—Perdone, ¿a qué se dedica?

—Soy representante exclusivo de algunas joyerías famosas en todo el mundo.

—¿Se gana bien la vida?

—No puedo quejarme.

—A propósito, me ha dado la impresión de que Di Carlo vive por encima de sus posibilidades. ¿Me equivoco?

—No se equivoca.

—Que usted sepa, ¿tiene deudas?

Bonfiglio titubeó un momento antes de responder.

—Algunas.

—¿Con bancos?

—Sí.

—¿Sólo con bancos?

—No sólo.

—¿Quiere decir que ha recurrido a algún usurero?

—Sí, por desgracia.

—¿A usted le ha pedido préstamos?

—Sí.

—¿Se los ha dado?

—Sí.

—¿Cifras considerables?

Bonfiglio pareció incómodo. Luego se decidió:

—Preferiría no contestar.

—¿Se los ha devuelto?

—En parte.

Estaba claro que había dicho un embuste.

—No tengo más preguntas —anunció el comisario, levantándose—. Naturalmente, si resulta que su amigo Marcello da señales de vida, comuníquenoslo de inmediato.

Se dieron la mano y Bonfiglio se marchó.

—Y eso confirma mi mal presentimiento —dijo Fazio.

—Explícate.

—Bonfiglio nos ha contado que Di Carlo está hasta el cuello de deudas. La tienda la ha quemado él para cobrar el seguro. Y para mí que no lo ha secuestrado nadie. Se ha escondido y aparecerá dentro de unos días, fresco como una rosa y sonriente, asegurando que lo han raptado por enfrentarse a la mafia.

Montalbano se quedó en silencio.

—¿Usía qué opina? —preguntó Fazio.

—Tu hipótesis puede encajar con una sola condición: que Di Carlo tenga un cómplice.

—¿Un cómplice? ¿Quién?

—La chica de la que está enamorado.

—Puede que no se lo haya dicho...

—En ese caso, ya habría venido a denunciar su desaparición, ¿no te parece?

—Me parece, me parece —respondió Fazio, desilusionado—. En fin, no sé por qué, pero me da que esta historia es más complicada de lo que aparenta.

—Estoy de acuerdo —dijo Montalbano.

En ese momento entró Augello con aire triunfal. Llevaba en la mano dos bolsas de plástico transparente.

—Además de la diadema, la científica ha encontrado también un anillo en el

maletero del coche quemado. Aquí lo tengo.

Y dejó las dos bolsitas encima de la mesa del comisario.

Montalbano las miró.

—La diadema debe de ser de Manuela; el anillo, de la sobrina de Enzo — dijo por fin.

Mimì lo miró atónito.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No es que tenga poderes mágicos, Mimì. Es muy sencillo: me lo ha dicho Enzo hoy al mediodía. Ahora voy a encargarte una tarea que sin duda te hará ilusión. Vete a ver a las dos chicas con esas bolsitas. Si reconocen los objetos, tendremos la confirmación definitiva de que ese coche se utilizó en los secuestros.

—Voy ahora mismo —contestó el subcomisario, recogiendo las bolsitas y haciendo ademán de salir del despacho.

—Un momento —lo detuvo Montalbano—. En tu pasado reciente de putero...

—Yo no iba con putas —replicó Augello, molesto.

—En tu pasado de mujeriego, ¿has conocido a un tal Giorgio Bonfiglio?

—¡¿Cómo no?!

—¿Y es de fiar?

—Si me explicas el motivo de ese interés, podré contestarte mejor.

Montalbano lo puso al día.

Mimì se quedó algo pensativo y luego habló:

—En el trabajo, es decir, como representante de joyas, por lo visto es intachable. Como hombre, está acostumbrado a decirles gilipolleces a las mujeres y alguna vez ha soltado alguna trola importante. Y ten en cuenta que es un jugador de póquer chulo y contumaz, capaz de marcarse faroles de campeonato.

—Muy bien, gracias.

Augello se marchó. Fazio miró a Montalbano.

—Siempre que me lo quiera decir, ¿por qué le ha pedido información sobre Bonfiglio?

—¿Te acuerdas de que el dependiente de la tienda nos ha dicho que Marcello conoció a la chica aquí en Vigàta a principios de junio?

—Sí, jefe.

—¿Y te acuerdas de que la señora Daniela nos ha dicho que Marcello le habló de una chica maravillosa ese mismo mes?

—Sí, jefe.

—Perfecto. Bonfiglio, en cambio, nos ha dicho que se enteró de la existencia de la chica gracias a una llamada que le hizo Marcello desde Lanzarote en agosto. A ver, piénsalo bien, ¿te parece lógico que se lo contara a su hermana y a su dependiente, pero no a su amigo del alma, con el que tiene más confianza...?

—La verdad...

—Sólo hay dos explicaciones posibles. La primera es que sí se lo dijera, pero a Bonfiglio, por motivos que de momento no alcanzamos a comprender, le interese asegurar que no la conoce. La segunda explicación posible es que no se lo dijera. ¿Y eso por qué podría ser? Ahí podemos aventurar una explicación bastante lógica, y es que la revelación del nombre de la chica iba a provocar una fuerte reacción de su amigo y Marcello, temiéndoselo, lo pospuso todo lo que pudo.

—¿Piensa en una reacción violenta?

—No necesariamente, pero recuerda que Bonfiglio prestó dinero a Marcello, sin duda una cifra importante, dinero que ha recuperado, tal vez, sólo en parte.

—De estas dos hipótesis, ¿usía cuál cree que es la más probable?

—Así, a ojo, yo diría que Marcello se lo contó en junio.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, perdone si molesto su despacho, pero vendría a estar en la línea una llamada para Fazio, que no se encuentra en su despacho, sino en su despacho.

—Es para ti —anunció el comisario.

Le pasó el teléfono al inspector jefe, que dijo algo y colgó.

—Era la señora Daniela, que ha hablado con su marido.

—¿Qué han decidido?

—Prefieren esperar aún dos o tres días antes de denunciar la desaparición.

—Quieren ser prudentes, conociendo a Marcello. De todos modos, con o sin denuncia, nosotros seguimos igual.

El teléfono sonó de nuevo.

—*Dottori*, parece que estaría en la línea el *siñor* Pitruzzo, el cual *quirría*...

—Pásamelo.

Miró instintivamente el reloj. Eran las seis y veinte. Virduzzo habló con voz

afligida:

—*Dottor* Montalbano, le pido perdón, pero parece que todo se confabula para que no nos veamos.

—¿No tenía que venir a las seis?

—Sí, pero descarto la posibilidad de acudir.

—¿Por qué?

—Por desgracia, he tenido que dirigirme a Montelusa, a urgencias. Hay mucha cola.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada nuevo, pero tengo fuertes mareos, apenas puedo tenerme en pie.

Al parecer, los sartenazos de Adelina eran casi letales.

—¿Lo dejamos para mañana por la mañana a las nueve? —propuso Montalbano.

—De acuerdo. No veo la hora de hablar con usted. Gracias.

Colgó. No debía de tratarse de nada importante, porque en ese caso Virduzzo, con mareos o sin mareos, se habría presentado.

Fazio volvió al asunto que le interesaba.

—¿Cómo podemos actuar con lo de Di Carlo?

—Vamos a empezar con el sistema habitual. A ver qué cuentan por el pueblo. Infórmate con más gente de lo que...

El teléfono sonó por tercera vez.

—¡Uf, menuda murga! —exclamó el comisario, descolgando el auricular.

La voz de Catarella sonaba angustiada y temblorosa:

—¡Ah, *dottori*! Llama uno que da impresión, pide socorro y yo no *intiendo*...

—Pásamelo —contestó Montalbano mientras ponía el altavoz.

—Socorro... Socorro... Auxilio, por favor...

Era la voz de un hombre anciano o enfermo, una voz débil y desesperada. Fazio se puso en pie de un brinco.

—Trate de tranquilizarse y dígame cómo se llama y dónde vive —pidió el comisario.

—Espere un momento... No, no, no puedo, no me acuerdo de cómo me llamo...

—Haga un esfuerzo, se lo ruego. ¿Cómo se llama?

—Estoy confundido... Espera... Ya me viene... Ah, eso... Me llamo

Jacono... Socorro...

—Trate de conservar la calma en la medida de lo posible y dígame dónde vive...

—En el campo...

—Sí, pero ¿dónde, exactamente?

—Me parece que es el término de Zicari... No... No... Espera... Ficarra...
En el término de Ficarra... Venid pronto... Socorro...

Fazio repitió, como para metérselo en la cabeza: «Jacono, término de Ficarra», y salió a la carrera.

—Señor Jacono, ¿me oye?

—No entiendo... No entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende?

—Mi hija... Mi hija no ha venido...

—¿Había quedado con su hija?

—No... Quedar no...

Entró Fazio.

—Gallo está preparado. Ya sé dónde vive el señor.

—¿Cuánto tardaremos?

—Con Gallo, más o menos un cuarto de hora.

—Señor Jacono, conserve la calma, no se altere, quédese donde está, enseguida llegamos.

—Venid pronto... Pronto...

Salieron corriendo de la comisaría, subieron al coche y Gallo arrancó como un cohete con la sirena puesta.

En la provincial de Montereale tomaron el primer camino rural a mano derecha y luego, en una bifurcación, doblaron a la izquierda.

Y por poco, por un pelo, no chocaron con un coche vacío y mal aparcado.

Fazio soltó unas cuantas imprecaciones contra quien lo hubiera abandonado así.

—Ya estamos en el término de Ficarra —dijo Gallo.

—Para delante de la segunda casa —ordenó Fazio.

La segunda casa estaba pegada al camino; tenía el jardín detrás.

Era de dos plantas y estaba en buen estado. El postigo estaba cerrado. En el primer piso vieron una ventana abierta.

Bajaron del coche.

—Quedaos callados y escuchad —dijo Montalbano, y acto seguido gritó con todas sus fuerzas—: ¡Señor Jacono, estamos aquí!

En el profundo silencio que siguió, los tres oyeron con claridad una voz lejanísima.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Procedía de la ventana abierta.

—Vamos a echar abajo esa puerta —dijo Fazio.

—Un momento —intervino Gallo, mirando con mucha atención la fachada de la casa—. Yo puedo llegar hasta la ventana.

Y, antes de que el comisario pudiera detenerlo, ya se había encaramado al enrejado de la ventana que había al lado de la puerta, lo utilizó a modo de escalera y luego, aferrado a un bajante, puso un pie encima del arco del postigo y, desde allí, apoyando todo el peso en él, dio un salto y se agarró con ambas manos al alféizar de la ventana.

—El gallo ha sabido transformarse en mono —dijo Montalbano con admiración.

Con un último esfuerzo, Gallo subió al alféizar y se sentó en él. Miró dentro de la habitación y luego dijo:

—Hay un hombre gimiendo en el suelo. No veo sangre. También hay una silla de ruedas. Debe de ser parálítico y se habrá caído. Voy a atenderlo y luego les abro.

Jacono tardó más de media hora en volver a estar relativamente tranquilo y poder contar lo sucedido.

Fazio había encontrado una caja de manzanilla en la cocina y le había preparado una taza bien cargada.

Jacono, que de nombre se llamaba Carlo, tenía setenta y siete años, había sido directivo en una industria y disfrutaba de una buena pensión.

Habitaba en aquella casa de campo con su hija Luigia, de treinta y ocho años, que estaba empleada en la Banca Cooperativa de Vigàta y salía de trabajar a las cuatro y media. Tenía otra hija, Gisella, que vivía con su marido en Montereale. Durante el día lo atendía una asistenta que se llamaba Grazia.

Sin embargo, aquella tarde había sucedido algo completamente inusitado. Luigia lo había llamado al móvil a las cuatro y treinta y cinco para decirle que mandara a Grazia a casa porque ella estaba en camino. Él, que se había acostado vestido porque no se encontraba bien, había despedido a la asistenta, confiando

en la puntualidad de su hija, que nunca se retrasaba ni un minuto, y se había quedado solo.

No obstante, a las cinco y media, viendo que Luigia no aparecía, el anciano la había llamado.

Tenía el móvil apagado. Había vuelto a intentarlo dos o tres veces, con el mismo resultado.

Entonces había llamado a Gisella, pero comunicaba.

Ansioso y asustado, había intentado levantarse para sentarse en la silla de ruedas, pero se había caído al suelo.

Por suerte, no había soltado el móvil, por lo que había podido llamar a la comisaría.

—¿Su hija se desplaza en coche?

—Claro.

—¿Y qué modelo es?

—Un Polo. La matrícula es BU 329 KJ.

Gallo miró al comisario. Se entendieron al instante. El coche mal aparcado que habían estado a punto de embestir en la bifurcación era un Polo.

6

—¡Papá! ¡Papá! —llamó una voz femenina desde el exterior.

Había llegado Gisella, a la que Fazio había avisado.

Montalbano se puso en pie, salió del dormitorio casi a la carrera y la interceptó antes de que empezara a subir la escalera.

—Soy el comisario Montalbano.

—¿Qué hace usted aquí?

—Nos ha llamado su padre. Se había caído y no sabía...

—Dios mío, ¿qué ha pasado? Por el camino he visto el coche de Luigia en la bifurcación. ¿Dónde está? ¿Y papá cómo está?

—Escúcheme bien. Su padre se encuentra muy alterado, pero está bien. No le mencione lo del coche de su hermana.

—¿Por qué?

—Se alteraría más. Ya está bastante confundido. ¿Tiene una foto reciente de Luigia?

—¿Una foto?! Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Dónde está Luigia?

—Por ahora no estoy en condiciones de decirle nada. La foto, por favor.

—En su cuarto hay varias.

—Vaya a buscar una antes de entrar en el de su padre y dímela cuando nos acompañe a la puerta.

Subieron. Montalbano entró en el dormitorio de Jacono, Gisella siguió por el pasillo.

—Ha llegado su hija Gisella. Ha ido un momento al baño. Señor Jacono, nosotros nos vamos y lo dejamos en buenas manos.

—¿Y Luigia...? ¿Dónde está Luigia? ¿Por qué tarda tanto? —preguntó Jacono, quejumbroso.

—Usted no se preocupe, señor Jacono, le daremos noticias de su hija lo antes

posible.

En ese momento entró Gisella, que corrió de inmediato a abrazar a su padre y a consolarlo.

—Hasta pronto, señora —se despidió el comisario.

—Los acompaño —contestó ella.

Montalbano no tuvo apenas tiempo de aposentar las nalgas en el asiento y ponerse el cinturón de seguridad cuando Gallo ya estaba aparcando el coche morro contra morro pegado al Polo.

Empezaba a oscurecer.

El comisario bajó de un salto y agarró la manilla de la puerta del conductor del coche abandonado. Se abrió al instante. La llave estaba en el contacto y de ella colgaba un llavero con otras más. En el asiento de al lado había un bolso bastante elegante.

Lo cogió, lo abrió y miró en el interior. Ahí estaban el móvil apagado, la cartera con doscientos euros, un lápiz de labios, un pañuelo y otro llavero.

—Muchachos —dijo—, está claro que nos encontramos ante un tercer secuestro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Fazio, muy angustiado.

Montalbano le dio el bolso. Luego sacó la llave del contacto, la utilizó para cerrar las puertas del coche y entregó también el llavero al inspector jefe.

—Vamos a regresar corriendo a Vigàta. Tú, Fazio, en cuanto crucemos el pueblo, bajas, vas a comisaría y avisas a la jefatura. Yo sigo con Gallo hasta Montelusa.

—¿Qué va a hacer allí?

—Estos raptos no pueden seguir ocultándose. Quiero contar todo en la tele.

El periodista de Retelibera Nicolò Zito, que era amigo suyo, se puso a su total disposición.

Tardaron un cuarto de hora en grabar la entrevista. Luego la vieron juntos.

Primero aparecía Zito diciendo:

—A continuación, vamos a transmitir un importante llamamiento del *dottor* Salvo Montalbano, de la comisaría de Vigàta.

Entonces salía Montalbano.

—Tenemos razones para creer que una mujer, de la que van a ver una

fotografía reciente...

Desaparecía la cara del comisario y aparecía la foto de Luigia que le había entregado Gisella, mientras él seguía hablando en *off*:

—... ha sido víctima de un secuestro perpetrado esta tarde entre las cuatro y media y las cinco en el camino rural que desde la provincial Vigàta-Montereale se adentra en el término de Ficarra.

Volvía a vérsela la cara.

—Rogamos que cualquier persona que haya observado algo raro a la hora y en el lugar indicados se ponga en contacto con la comisaría de Vigàta. La señora en cuestión viajaba en un Polo que se ha hallado en el lugar de los hechos. Gracias.

Entonces, la cámara abría el campo para mostrar a Zito junto al comisario.

—*Dottor* Montalbano, ¿en su opinión se trata de un secuestro con el que se busca obtener un rescate?

—Lamentablemente, no, lo cual lo complica todo. Nos enfrentamos a un maníaco que rapta a sus víctimas...

—¿Me está diciendo que ha habido otros casos?

—Sí. Dos.

—¿Ha empleado la violencia?

—Hasta ahora, no. Se ha limitado a dormirlas con cloroformo, sin robarles nada y sin quitarles la ropa. Pero no se descarta que pueda cambiar de método.

—Gracias, *dottor* Montalbano.

—Gracias a ustedes.

—La sacaré en las noticias de las diez y la repetiré en las de las doce —le prometió Zito.

—¿Está Fazio?

—No, señor *dottori*, se halla *in situ* del *secuestro* en tanto en cuanto los de la policía judicial lo han querido *in situ* y lo han *convocado* en tanto en cuanto sabía más cosas que ellos, que serían los de la policía judicial. Pero *in situ* de aquí está el *dottori* Augello.

Montalbano fue a llamar a la puerta de su despacho, entró y se sentó.

—Las dos chicas han reconocido sus cosas. Se confirma que el vehículo se utilizó en los secuestros —informó Mimì.

—Por lo visto, ha cambiado de coche —respondió con amargura el

comisario.

—Sí, me he enterado de las novedades. Y me he puesto manos a la obra.

—¿En qué sentido?

—Estoy en condiciones de decirte que no se ha denunciado el robo de ningún coche.

—Eso no quiere decir que el secuestrador esté utilizando el suyo. Puede que se haya agenciado otro y el propietario aún no se haya percatado del robo.

—¿Tú te esperabas este tercer secuestro?

—Sí, Mimì, y por eso no tengo la conciencia tranquila.

—Pero ¿qué culpa vas a tener tú?

—Toda la culpa, una culpa como una casa.

—¿Y eso por qué?

—Mira, Mimì, los dos secuestros tenían exactamente las mismas características. Un coche parado con el capó abierto y un hombre inclinado que trata de reparar una avería. En ese momento tendría que haber advertido a las mujeres que condujeran solas de que no se pararan si se encontraban con algo así. Si hubiera dado ese simple aviso, seguro que este tercer secuestro no se habría producido.

—Pues en mi opinión ha sido una suerte que no lo hicieras.

—¿Por qué?

—Porque habrías sembrado el pánico e incluso podrían haber linchado a un pobre desgraciado con el motor averiado.

El comisario lo puso al tanto del llamamiento que había hecho en televisión. Augello miró el reloj. Eran más de las nueve.

—Te hago una propuesta —dijo—. Como es probable que lleguen llamadas y nos den las tantas, yo ahora me voy a casa y tú te quedas aquí. A las tres vengo a relevarte.

—Propuesta aceptada —contestó Montalbano, que se levantó y salió.

Desde su despacho, llamó a Catarella.

—Ven a verme un momento.

Catarella se presentó al instante.

—A la orden, *dottori*.

—Catarè, voy a quedarme aquí hasta las tres de la madrugada. Espero llamadas importantes. ¿Tú a qué hora sales?

—A las diez, *dottori*.

—¿Y quién te sustituye?

—Intelisano, *dottori*.

—Cuando llegue, dile que antes de empezar el servicio venga a hablar conmigo.

—*Dottori*, pido *comprinsión* y *pirdón*, pero yo a Intelisano no le digo nada.

Montalbano se sorprendió. ¿Había llegado el fin del mundo? ¿Catarella se negaba a cumplir una orden?!

—¿A qué viene eso, Catarè?

—Viene a que, si usía se queda aquí hasta las tres, yo me quedo aquí hasta las tres; y, si usía se queda aquí hasta las cuatro, yo me quedo aquí hasta las cuatro; y, si usía...

—Muy bien, muy bien —lo interrumpió el comisario—. Pero mucho cuidadito con el teléfono. No preguntes nada a quien llame y pásamelo de inmediato. Ah, oye, ya puestos, manda a alguien a comprar cuatro bocadillos y dos cervezas. ¿Tú de qué los quieres?

—De salami, *dottori*.

—Yo también. Espera que te doy dinero.

—¡Virgen santa, qué maravilla! —exclamó Catarella, casi con lágrimas en los ojos.

—¿El qué?

—¡Compartir pan y salami con usía, *dottori*!

Fazio entró cuando salía Catarella.

—¿Novedades? —preguntó Montalbano.

El inspector jefe hizo un gesto de desánimo.

—Los de la científica se han llevado el coche a Montelusa para ver si descubren huellas y la judicial está haciendo una batida en las cercanías, pero no creo que encuentren nada.

Eran las diez.

—Ven conmigo —pidió el comisario.

Se dirigieron al despacho de Augello, donde había un televisor, y lo encendieron. Zito había puesto el llamamiento del comisario en la apertura misma del informativo, justo después de la careta.

Lo escucharon y luego apagaron el televisor.

—Estoy disponible para montar turnos de atención telefónica —se ofreció Fazio.

—Ya está hecho —dijo Montalbano. Y se quedó más ancho que largo por haber utilizado la misma frasecita que empleaba Fazio con demasiada frecuencia y que lo ponía de un humor de perros. A continuación, añadió—: Tú vete y vuelve a las ocho, así Mimì Augello podrá irse a dormir.

La primera llamada, a las diez y cuarenta, no fue la que Montalbano estaba esperando y se le atragantó el bocadillo.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori!*

Ese lamento era típico de Catarella cuando llamaba el «*signor jefe superior*».

—¿Es el jefe superior?

—¡Sí, *signor dottori*, el mismo personalmente en persona! ¡Y por la voz parece un *león* rugiente!

—¡Pues vamos a hacerlo rugir! Pásamelo.

—¡Montalbano!

—Dígame.

—¡Montalbano!

¿Qué pasaba? ¿El señor jefe superior se había quedado sordo?

—¡Aquí estoy! —respondió levantando la voz.

—Me he enterado de pura casualidad, fíjese bien, gracias a una televisión local, de que hasta que ha habido tres secuestros no se ha dignado a avisar a quien compete y de que se había callado los dos anteriores. ¿Es eso cierto?

No podía contestar otra cosa que sí. No había avisado a quien competía porque se le había olvidado por completo.

—Sí, señor jefe superior, pero...

—¡Nada de peros!

—¿Puedo utilizar un *aunque* en lugar del *pero*?

—¡No se me ponga ocurrente, que no está el horno para bollos!

—Jamás me permitiría...

—¡Lo espero mañana a las nueve en punto!

Y colgó el teléfono.

Montalbano bebió un sorbo de la lata de cerveza y luego llamó a Livia para informarla de la situación.

Concluida la llamada, le pareció que entre un bocadillo y otro se imponía un pitillo. ¿Salir a fumárselo o cometer una transgresión y fumar en el despacho?

Se decantó por el camino de en medio. Se levantó, fue a la ventana, la abrió

y se fumó el pitillo con los codos apoyados en el antepecho.

Sonó el teléfono. Se abalanzó sobre él para descolgar.

—¿Hablo con el comisario Montalbano?

Era la voz acatarrada de un hombre de mediana edad.

—Sí, soy yo.

—Quería decirte que esa mujer, que es una gran pecadora, una ramera de lo más vulgar, sufrirá el castigo que se merece entre las llamas del infierno. Su destino ya está sellado irrevocablemente. No volverán a verla.

—¿Puedo saber quién habla?

—Y tú, miserable pecador, también tendrás el mismo fin.

—Pero ¿quién habla?

—El rey de la luz.

—Pues pásame al rey del gas, por favor, que he pagado una factura demasiado alta.

Y colgó el auricular de un golpetazo.

Le convenía tomárselo con calma, porque aún iba a recibir más llamadas raras. Un comunicado como el que había hecho en la televisión era como la miel para las moscas: una invitación irresistible para los chalados, los mitómanos, los que tenían tiempo que perder.

Pasada una media hora, que el comisario dedicó a hacer crucigramas, sonó de nuevo el teléfono.

—Me llamo Armando Riccobono y necesitaría hablar con el comisario...

—Montalbano al aparato.

—Es por lo del secuestro del que ha hablado en Retelibera.

—¿Ha visto algo?

—Creo que sí.

—Cuénteme.

—Tengo una casa en el término de Ficarra. Esta tarde he ido en coche a Vigàta. Serían las cinco menos cuarto o un poco más. Iba a coger la provincial y, al llegar a la bifurcación, he visto que al otro lado del camino, un poco más allá del cruce, había un coche parado con el capó abierto. He girado a la izquierda y he visto a la señora Luigia, que subía con su coche. Y eso es todo.

Los tiempos encajaban.

—¿Ha tenido oportunidad de ver si había también un hombre al lado del coche parado?

—No he visto a nadie. Si estaba inclinado delante del motor, con el capó levantado, habría quedado tapado.

—Se lo agradezco, señor Riccobono. ¿Me deja su teléfono, por favor?

Montalbano anotó el número en un papel, le dio las gracias de nuevo y colgó.

El testimonio de Riccobono dejaba claro que el tercer secuestro se había perpetrado con la misma técnica que los otros dos. ¿Y el hecho de que la tercera chica también trabajara en un banco podía considerarse una coincidencia?

Sonó el teléfono. Era Fazio.

—*Dottore*, ¿ha visto *Televigàta*?

Era la otra televisión local.

—No, ¿por qué?

—Porque han hecho una edición especial de las noticias y han dicho el nombre y el apellido de las tres mujeres secuestradas e incluso que las tres trabajan en un banco.

Montalbano se dejó llevar por una letanía de imprecaciones.

—¿Y cómo se han enterado?

—Dicen que han recibido una llamada anónima.

—Por lógica, sólo puede haberla hecho el propio secuestrador.

—Es lo que he pensado yo. Pero ¿con qué fin?

—Ponernos sobre una pista falsa.

—¿Cuál?

—Quiere hacernos creer a nosotros y al pueblo entero que se trata de un acto contra los bancos.

—¿Y por qué considera usted que es falsa?

—Para empezar, porque nos la sugiere el propio secuestrador. Y, en segundo lugar, por el motivo que ya hemos dicho: ¿qué daño comportan a los bancos esos secuestros exprés? Ninguno. Además, las dos primeras secuestradas no han perdido ni una hora de trabajo.

Acabó de hablar con Fazio y siguió con el crucigrama, pero no le dio tiempo a leer ni una definición antes de que el teléfono volviera a recordarle su deber.

—¡Al habla la OCAB! —anunció una voz imperiosa.

¿Y qué coño era la OCAB?

—Perdone, ¿cómo dice?

—¡OCAB!

—¿Y eso qué significa?

—Significa Organización Clandestina Antitrabajo Bancario. ¿Quiere saber lo que pretendemos?

—¿Por qué no? —dijo el comisario, benévolo.

—Pretendemos aterrorizar a todos los que trabajen en un banco, para que dimitan y los bancos se vean obligados a cerrar por falta de personal. Le advierto que la OCAB es una gran organización internacional que...

El comisario cortó la comunicación y volvió al crucigrama.

No pasó nada más, silencio total.

Mimì Augello se presentó a las tres y cinco. Aún estaba adormilado, bostezaba con frecuencia.

—¿Ha habido llamadas interesantes? —preguntó.

—No, con la excepción de la de un tal Riccobono.

Apenas acababa de contarle el contenido de la conversación cuando sonó el teléfono.

—¿Contesto yo o contestas tú? —preguntó Mimì.

—Tú. Pero, si no te importa, pon el altavoz.

—Me llamo Roscitano... Quiero hablar ahora mismo con el responsable de la comisaría... ¿Cómo se llama? Ah, sí, Montalbano.

Era una voz bastante alterada.

—Puede hablar conmigo, soy el subcomisario Augello.

—Mire, he bajado al garaje a por el coche y tirada en el suelo, delante de la persiana metálica, me he encontrado a una mujer gimiendo, completamente desnuda y cubierta de sangre.

—¿Le ha dicho cómo se llama?

—Pero ¡si no habla! Sólo gime. Creo que está en estado de shock. Mi mujer la ha metido en casa.

—Díganos dónde vive.

—Un kilómetro después de la Scala dei Turchi, en la provincial de Montereale.

—¿Podría ser más exacto?

—No tiene pérdida, es una casa roja con una torreta, muy cerca del mar.

—Vamos para allá.

—Oiga, yo, mientras tanto, ¿puedo irme?

—¿Adónde?

—A Palermo, a recoger a mi hijo, que llega con el paquebote de Nápoles.

—Avíselo de que no puede ir.

—¿Lo dice en serio? Mi hijo...

—Si cuando llegue no me lo encuentro allí, ordeno que lo detengan en cuanto ponga un pie en Palermo.

El hombre soltó una maldición y Mimì colgó.

—Venga —dijo Montalbano—. En marcha.

—Vamos en mi coche —replicó Augello.

—Adelante, adelante —dijo Agata Roscitano, una señora gorda de unos cincuenta años, al hacerlos pasar hacia el dormitorio—. La he lavado y le he desinfectado las heridas, que son unas treinta...

Montalbano se detuvo.

—¿Cómo que unas treinta?

—Sí, señor, o quizá más. Se las han hecho todas con la punta de un cuchillo, pero ninguna es profunda. Yo es que soy enfermera diplomada y sé lo que me digo. Sólo le han dejado intacta la cara. Ahora la chica descansa, así que no hagan ruido.

Entraron de puntillas. Se acercaron a la cama.

El comisario la reconoció al instante.

Era Luigia Jacono.

7

La joven seguía gimiendo con un hilo de voz e incluso se agitaba en sueños.

—Vamos a dejar que descanse —dijo Montalbano, volviéndose hacia la puerta.

En cuanto estuvieron en el comedor, le dijo a Augello que avisara a la policía judicial de que habían encontrado a la chica y les pidiera que mandaran a un médico para reconocerla.

Luego se dirigió a Roscitano:

—¿Durante la noche ha oído algún ruido de coches en las inmediaciones?

—No he oído nada.

—Yo entiendo perfectamente lo que quiere saber el *dottori* —intervino la señora Agata.

—¿Qué ha entendido?

—Usted quiere saber si a la chica la han traído hasta aquí en coche o si ha llegado por su propio pie.

—Eso mismo. ¿Ha oído algún ruido?

—Nada. Pero puedo decirle que ha venido sola y que ha tenido que andar mucho.

—¿Cómo lo sabe?

—Por cómo tiene los pies, completamente destrozados. Ha tenido que andar descalza por el campo y a la pobre se le han quedado las plantas en carne viva.

Augello acabó de hablar por teléfono.

—Los de la judicial llegan enseguida. Y un médico.

—Mimì, tendrías que hacerme otra llamada. A casa de Jacono. El número lo tienes en este papel. Puede que te conteste Gisella, la hermana de Luigia.

—¿Y qué le digo?

—Dile que Luigia se encuentra bien y que de momento no puede volver a

casa porque tenemos que interrogarla.

Augello se alejó de nuevo para hablar.

—¿Les hago un café? —preguntó la señora Agata.

Montalbano acogió la propuesta con entusiasmo.

Mientras la mujer estaba en la cocina, él se dirigió a Roscitano:

—Cuando ha visto a la chica desplomada delante de la persiana metálica, ¿qué ha hecho? ¿Se ha acercado?

—Sí, claro.

—¿La ha tocado?

—¿Por qué tendría que haberla tocado?

—Para ver si estaba viva.

—Para eso no hacía ninguna falta tocarla. ¡Estaba gimiendo! En voz baja, pero gemía.

—¿Sólo eso?

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha dicho algo?

—Ha dicho algo cuando mi mujer y yo la hemos levantado para meterla en casa; ha dicho «noche».

—No ha dicho «noche», sino «coche» —intervino la señora Agata, que volvía con el café.

—¡Ha dicho «noche»! —rebató Roscitano, molesto.

—No, señor. Ha dicho «coche» clarísimo.

—He hablado con la hermana y la he tranquilizado —dijo entonces Mimì, cogiendo una taza de café.

Naturalmente, en aquel preciso momento a Montalbano le entraron ganas de fumar. Salió de la casa y Augello lo siguió.

La noche era templada, clara y sin viento. A poca distancia, el mar dormía, como se deducía del rumor ligero y rítmico de la resaca.

—Te veo preocupado —observó el subcomisario.

—Estoy preocupado porque el secuestrador ha subido el listón, como por otro lado ya me imaginaba. Treinta cuchilladas, por muy superficiales que sean, no son ninguna broma. ¿Qué le hará a la próxima?

—¿Crees que también la habrá violado?

—Todo es posible con un loco de este calibre, pero no creo.

—Dime por qué.

—Porque estoy más que convencido de que estos secuestros no tienen un móvil sexual.

A lo lejos, en la noche silenciosa, empezaron a oírse las sirenas de los coches de policía.

—¡Cómo le gusta, a según quién, tocarle los cojones a la gente que está dormida! —fue el comentario del comisario mientras volvía a entrar en la casa.

El circo ambulante, encabezado por el jefe de la policía judicial, el fiscal Tommaseo y la *dottoressa* Sinatra y formado por cuatro coches y una ambulancia, se detuvo con gran estrépito delante de la puerta.

La *dottoressa* entró de inmediato.

Luego bajó Galeassi, el jefe de la policía judicial, que le dijo a Montalbano:

—A ver cómo está y si conviene interrogarla. Sea como sea, la investigación la dirijo yo. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Así pues, el comisario y Augello se quedaron fuera de la casa con un chasco de tres pares de narices.

Al cabo de hora y media salió Galeassi de mal humor y le dijo a Montalbano, como si fuera culpa suya:

—¡No se acuerda de nada!

A continuación apareció el fiscal Tommaseo.

—Por lo visto, no la han violado.

Su frustración era evidente, porque los delitos pasionales, los abusos y la violencia sexual contra las mujeres lo apasionaban sobremanera.

Luego salió la *dottoressa* y detrás de ella dos camilleros que transportaban a Luigia. La metieron en la ambulancia y se marcharon.

Montalbano y Augello se despidieron de Roscitano, le dieron las gracias, se disculparon por las molestias, subieron al coche y se dirigieron a Vigàta.

Nada más arrancar, Mimì hizo una pregunta concreta:

—Por lo que se ve, en lo de la violencia tenías razón. ¿Me dices con sinceridad qué te pasa por la cabeza?

—Mimì, entre las muchas cosas que nos dijo ayer Manuela Smerca, hay una que me parece acertadísima.

—¿Cuál?

—Que ese hombre se asusta de sus actos. Lo que le ha hecho a Luigia lo

confirma.

—Explícamelo.

—Es probable que esta vez haya querido matar a la chica pero le haya faltado el valor, con lo que se ha limitado a atormentarla con treinta cortes poco profundos.

—También podría ser cosa de un sádico.

—Podría, pero no lo es. Me apuesto algo a que los cortes se los ha hecho mientras la tenía bajo los efectos del cloroformo. Un sádico tiene necesidad de súplicas, de los lamentos de la víctima, para disfrutar.

—¿Y todo esto adónde te lleva?

—A la categoría más peligrosa, Mimì.

—¿Cuál es?

—La de quienes por naturaleza no tienen tendencia a hacer daño a los demás, pero una vez que se lo han hecho son capaces de cualquier cosa para ocultar la mala acción cometida.

—¿Porque perderían la buena opinión que la gente tiene de ellos?

—Eso probablemente, pero sobre todo puesto que no soportarían la vergüenza que pasarían si se descubriera el pastel.

—O sea, entiendo que según tus suposiciones se trata de un hombre absolutamente intachable.

—Sí, Mimì, eso mismo. —El comisario soltó un suspiro profundo—. Éste es el típico caso con el que puedes romperte los cuernos. Y a mí me gustaría tener...

Se interrumpió.

—¿Qué te gustaría tener?

—Veinte años menos, Mimì.

¿Qué puede hacer un hombre que vuelve a su casa a las siete de la mañana, después de una noche en vela, y tiene una reunión con su superior a las nueve en Montelusa?

Sólo puede hacer lo que hizo el comisario. Desnudarse, meterse en la ducha, afeitarse, ponerse ropa interior limpia, poner la cafetera en el fuego, vestirse con un traje recién sacado del armario, beberse una señora taza de café, subir al coche y salir hacia Montelusa.

Como conocía la razón de la convocatoria, preparó una respuesta que era un

embuste no como una casa, sino como un rascacielos.

Al entrar en la antesala del jefe superior, miró el reloj. Las nueve menos cinco.

—He quedado con el señor jefe superior —le dijo a un agente sentado detrás de una mesita.

El otro miró un papel que tenía delante.

—Sí, lo sé, *dottor* Montalbano, pero el señor jefe superior está ocupado. Si quiere sentarse...

El comisario se instaló en un sillón clavado al de su dentista.

Esa idea, de golpe y porrazo y sin motivo aparente, provocó que empezara a notar cierto dolor en la última muela superior del lado izquierdo.

Se la tocó cautelosamente con la punta de la lengua. Le dolía, no cabía duda. Le entró un súbito ataque de nervios y empezó a retorcerse.

Nada en el mundo lo asustaba tanto como tener que sentarse en el sillón del dentista. Tal vez sólo los condenados a muerte, cuando los colocaban en la silla eléctrica, experimentan un pavor comparable.

Pero ¿cuándo iba a acabar el jefe superior? Vaya, empezaba a notarse sudoroso.

Le entraron unas ganas irrefrenables de marcharse. Se levantó y en ese preciso momento sonó el teléfono que estaba encima de la mesa del agente. Montalbano se detuvo. El agente escuchó y luego dijo:

—Puede pasar.

El comisario llamó con delicadeza, abrió y entró.

—Buenos días —saludó.

El jefe superior no le contestó, dejó el papel que estaba leyendo, miró al recién llegado, que se había quedado plantado delante de él, repiqueteó con los dedos de la mano derecha en la mesa y por fin habló:

—Montalbano, voy a ir al grano porque su presencia no me resulta agradable.

—Vaya, vaya, señor jefe superior.

—¿Se puede saber por qué misterioso motivo le ha parecido conveniente no informar a ninguno de sus superiores sobre los secuestros que estaban produciéndose y, lamentablemente, siguen produciéndose en Vigàta?

—Si me...

—Antes de que abra la boca, quiero ponerlo sobre aviso: de su respuesta

depende que tome medidas contra usted o no. ¿Lo ha entendido bien?

—¡¿Cómo no?!

—Bueno, pues hable.

Montalbano cerró los ojos una fracción de segundo y luego se lanzó a la piscina:

—Había recibido órdenes, señor jefe superior.

Bonetti-Alderighi se quedó mirándolo atónito.

—¡¿Órdenes?!

—Exactamente, señor jefe superior. Ni le cuento las noches de insomnio que he pasado al ver que, al obedecer esas órdenes de arriba, incumplía mis deberes más elementales.

—¿De arriba? Pero ¿de quién?

—Fue su excelencia el subsecretario Macannuco, que, al parecer, es tío por parte de madre de la primera secuestrada, quien me telefoneó para ordenarme que no abriera la boca. No quería que su sobrina... ¿Conoce usted a Macannuco?

—En persona, no.

—Si lo conociera, lo entendería. Es un hombre vengativo. Si me hubiera negado, me lo habría hecho pagar.

La actitud del jefe superior cambió de repente. No tenía ninguna intención de hacer peligrar su carrera.

—Siéntese.

El comisario obedeció.

—¿Hace mucho que conoce a Macannuco?

—Desde la primaria.

—Pero ¿por qué no me contó al menos lo del segundo secuestro?

—Porque entonces, al enterarse de que previamente había habido otro, se habría enfadado conmigo...

El jefe superior lo interrumpió:

—Muy bien. No se hable más.

Charlaron distendidamente otros cinco minutos y luego el jefe superior lo despidió absolviéndolo de todos sus pecados, excepto del original, que no era competencia suya.

Cuando salió de la jefatura, Montalbano se había olvidado del dolor de muelas.

Gracias al jefe superior se había enterado de que Luigia estaba ingresada en el hospital de San Giacomo, de modo que, ya que se encontraba en Montelusa, decidió que valía la pena ir a ver cómo se encontraba e incluso hablar con ella del secuestro.

La monja, o lo que fuera, que estaba sentada detrás del mostrador de la entrada, abarrotado de teléfonos, ordenadores y aparatos con lucecitas verdes y rojas que se apagaban y se encendían como los adornos del árbol de Navidad, leyó con atención la documentación del comisario, lo miró fijamente para cerciorarse de que se parecía a la fotografía y luego dijo, mientras se la devolvía:

—Habitación veintinueve, segunda planta.

Y ahí empezaron los problemas.

Porque el comisario jamás en la vida había entrado en un hospital sin acabar perdiéndose.

Después de encontrar el ascensor, no sin cierta dificultad, oculto oportunamente por una fucsia gigante por un lado y por una estatua de Santiago por el otro, el comisario pulsó el botón de llamada.

Se hizo de rogar, pero por fin llegó. Estaba vacío. Entró y pulsó el número dos. El ascensor se puso en marcha y al cabo de unos treinta segundos escasos se detuvo.

Montalbano salió y dio varios pasos, pero se percató de que estaba en un pasillo oscuro, polvoriento, con cajas de cartón a medio abrir, sillas desfondadas y camillas destartadas. En lugar de subir, había bajado a un sótano.

Retrocedió para coger el ascensor otra vez, pero fue incapaz de encontrarlo. Había desaparecido. ¿Cómo era posible?

Dio tres pasos hacia delante y tres hacia atrás, sin dejar de palpar la pared, se volvió hacia el otro lado, palpó la otra pared. Nada. Era una superficie compacta, no había ni rastro de ningún ascensor.

Empezó a asustarse.

Aquel lugar estaba completamente desierto, si no encontraba el modo de subir podía quedarse atrapado allí abajo días y días. Se moriría de hambre y de sed, sin duda; un final horrendo que le puso los pelos como escarpas.

Notó que el pánico se apoderaba de él, le daba vueltas la cabeza, apoyó los hombros contra la pared. Y la pared se abrió de golpe y porrazo detrás de él. Perdió el equilibrio, dio dos pasos hacia atrás moviendo los brazos como si fueran las aspas de un molino y se encontró dentro del ascensor.

Y esa vez lo llevó a la segunda planta.

Sin embargo, nada más salir al pasillo se detuvo en seco.

¿Cuál era el número de la habitación? Se le había olvidado, seguro que a causa del susto que llevaba en el cuerpo.

¿Qué podía hacer?

Volver a subirse a aquel dichoso ascensor para bajar a la recepción ni se le pasaba por la cabeza.

Por suerte, vio acercarse a una enfermera. Le dio el nombre de la chica y la buena mujer le indicó la habitación correspondiente. El comisario llamó con suavidad, pero no obtuvo respuesta. Entonces giró el pomo y entró.

Luigia estaba acostada con los ojos cerrados y respiraba calmada y con regularidad.

Se sentó en la silla que había al pie de la cama. La muchacha debió de advertir su presencia, porque al poco abrió los ojos, parpadeó, lo enfocó y lo miró interrogativa.

—Soy el comisario Montalbano. Me encargo de su caso. ¿Cómo se encuentra?

—Voy recuperándome.

—¿La incomodaría que habláramos de lo sucedido?

—Me incomoda y me angustia, pero creo que es inevitable.

—¿Se ha puesto en contacto con su familia?

—Esta mañana ha venido a verme mi hermana.

—¿Me cuenta lo que pasó?

La joven se lo contó. La primera parte del secuestro había sido una fotocopia de los casos anteriores.

Un coche en el arcén con el capó levantado, un señor que pide ayuda, ella se para, él la apunta con una pistola, la hace bajar, la duerme con cloroformo.

Luego empezaba la segunda parte, en la que había novedades.

Se despierta al cabo de unas horas, desnuda, con dolor en todo el cuerpo, ensangrentada y aterrorizada, sin entender lo que le había pasado, y se pone a buscar una ayuda que no encuentra.

Anda sin saber cuánto tiempo, perdiendo sangre, hasta que se derrumba, exhausta e incapaz de razonar, delante de una persiana metálica, sin fuerzas para seguir moviéndose.

—¿Vio la cara del secuestrador?

—Puede decirse que no, no sabría describírselo, porque llevaba una gorra

bajada hasta los ojos, gafas de sol y un gran pañuelo que le tapaba la parte inferior de la cara.

—¿Qué voz tenía? Ronca, impostada...

—No abrió la boca.

—¿Cómo le ordenó que bajara del coche?

—Con un gesto de la mano con la que sostenía el revólver.

—¿Cuál era?

—La derecha. No era zurdo.

—¿Las heridas se las infligió mientras estaba inconsciente?

—Sí, pero en realidad no son heridas propiamente dichas, sino rasguños más o menos profundos.

—¿Usted cree que el secuestrador era un hombre joven o maduro?

Luigia contestó sin vacilar:

—Maduro.

—¿Su hermana le ha dicho que la socorrió un matrimonio que vive cerca de la Scala dei Turchi?

—Sí, me lo ha dicho.

—Ahora escúcheme atentamente. Por lo visto, cuando esa pareja la recogió para meterla en su casa, usted dijo una palabra que no entendieron bien.

—¿Tenía fuerzas para hablar? —preguntó la muchacha, realmente sorprendida.

—Para hablar, no, para decir una única palabra.

—¿Cuál?

—Precisamente ése es el problema. El hombre asegura que dijo «noche», mientras que su mujer está segura de que fue «coche».

Luigia, que miraba al comisario, al oír la palabra «coche» clavó la mirada en el techo.

—¿Y qué cambia eso? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Mucho. Si dijo «coche» mientras se encontraba semiinconsciente, quizá quisiera decir que reconoció el coche que vio parado, el del secuestrador. Que sin duda alguna era robado.

—Aquel coche me resultó completamente desconocido —contestó Luigia, decidida.

—¿Entiende de automóviles?

—En absoluto.

—¿Sabría al menos describírmelo, decirme el color...?

—Créame, no le presté ninguna atención.

Fue en ese momento cuando Montalbano, sin saber por qué, le preguntó otra cosa:

—¿Alguien le ha dicho que el suyo es el tercero?

—¿El tercer qué?

—El tercer caso de secuestro exprés.

—¿Antes del mío ha habido dos secuestros más?

El tono era de incredulidad ante lo que acababa de oír.

—Sí, sólo que a las otras dos chicas las soltaron vestidas y sin haberles infligido violencia de ningún género. Ah, quizá no sea una coincidencia: las otras dos mujeres también trabajaban en un banco.

Luigia cerró los ojos.

—Perdone, pero ahora estoy cansada.

—No la molesto más —contestó Montalbano, levantándose—. Y si por casualidad recuerda algún detalle del coche robado por el secuestrador...

—¿Por qué está tan seguro de que era robado?

—Porque en los dos primeros casos utilizó un vehículo robado al que luego prendió fuego. Se lo repito: si recuerda cualquier cosa, llámeme a comisaría.

Y se marchó, pensando que la señora Roscitano tenía razón y Luigia había dicho «coche» y no «noche».

8

—¡Ah, *dottori*! Esta mañana a las nueve ha venido el señor Pitruzzo, que según él tenía hora *cuncertada* con usía...

Montalbano se pegó un manotazo en la frente. ¡Virduzzo! ¡Qué asco de memoria de tres al cuarto! Se le había ido por completo de la cabeza que había quedado con él.

—¿Ha dejado dicho algo?

—Nada, *dottori*. Después de pasarse una hora en la salita, ha venido a *dicirme* que no podía seguir esperando.

—Paciencia. Volverá. Mándame a Fazio y al *dottor* Augello.

El primero en llegar fue Fazio, al que Mimì ya había informado de la aparición de Luigia.

—¿Hay noticias de Di Carlo? —le preguntó Montalbano.

—Ninguna. Estoy recabando información sobre él de varias fuentes. En cuanto tenga una idea clara se la cuento.

—Aquí estoy. Buenos días a todos, aunque no haya pegado ojo —saludó Augello al entrar.

—Sentaos y vamos a hablar un poco —pidió el comisario—. Fazio acaba de decirme ahora mismo que no hay noticias de Di Carlo. Y, dado que su novia no se ha presentado para denunciar su desaparición, tenemos que concluir que, o bien sabe dónde está, o bien no está en condiciones de moverse libremente. ¿Estáis de acuerdo?

—De acuerdo —contestaron Fazio y Augello.

—Así pues, hay que descubrir sí o sí quién es esa chica, hay que ponerle nombre y apellido.

—No es fácil —dijo Fazio.

—Bueno, pero tenemos un punto de partida —replicó el comisario—.

Sabemos con seguridad dónde pasó las vacaciones. En julio estuvo en Tenerife, y en agosto, en Lanzarote. ¿Cuántas agencias de viajes hay en Vigàta?

—Cuatro —informó Fazio.

—Pues yo lo probaría.

—Me paso después de comer —dijo el inspector jefe.

—Tengo el presentimiento de que con esas agencias no vamos a sacar nada en limpio —intervino Augello.

—¿Y eso?

—Es que estás un poco vie... Un poco anticuado, querido Salvo. Hoy en día se hace todo por internet.

Evidentemente, había estado a punto de llamarlo «viejo», aunque se había corregido a tiempo.

Montalbano acusó el golpe, pero disimuló.

—Que Fazio lo pruebe de todos modos. Ahora vamos con los secuestros exprés. Esta mañana me he pasado por el hospital para hablar con Luigia Jacono. Mimì, te acuerdas de que Roscitano nos dijo que, mientras metían a la chica en casa medio desmayada, había dicho «noche», mientras que su mujer sostenía que la palabra había sido «coche», ¿verdad?

—Sí, claro. Perfectamente.

—Cuando se lo he contado a ella, me ha asegurado que no recordaba nada del coche. Pero creo que no era sincera.

—¿Qué motivo puede tener? —preguntó Augello.

—No lo sé. Y la cosa no acaba ahí. Cuando se ha enterado por mí de que el suyo era el tercer secuestro, ha tenido una reacción rara, se ha sorprendido como si estuviera convencida de haber sido la única.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Mimì.

—Me explico mejor: para mí que Luigia estaba segura de que tanto el secuestro como las treinta cuchilladas superficiales tenían que ver única y exclusivamente con ella.

—¿Estás insinuando que casi casi esperaba lo que le ha pasado? —insistió el subcomisario.

—Exacto. Y eso significa que esa chica no tiene la conciencia tranquila.

—A ver, un momento, Salvo. Según tú, hablando en plata, ¿esa Luigia le ha hecho algo a alguien y esperaba una venganza?

—Puede que me equivoque, pero para mí que, si no es eso, no variará

mucho. La chica no va a soltar prenda, de eso estoy seguro. Así que te toca a ti, Mimì, seguirle la pista.

—Con sumo placer.

—Pero espabila —añadió el comisario—. Cuanto antes le paremos los pies a ese secuestrador, mejor. Después de lo que le ha hecho a la Jacono, empiezo a estar asustado de verdad. Ahora que ha probado el sabor de la sangre, nadie nos asegura que a la próxima víctima no nos la encontremos muerta.

Se hizo un silencio pesado que interrumpió el timbre del teléfono.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría en la línea el *siñor* Lo Curto, que *disearía* urgentísimamente hablar con usted en persona...

—Muy bien.

—¿*Dottor* Montalbano?

—Dígame, señor Lo Curto.

—Lo Curzio, me llamo Lo Curzio. Alessandro Lo Curzio.

El comisario soltó una maldición y mentalmente mandó contra Catarella una fuerte imprecación.

—Perdone. Dígame.

—Soy el director de la sucursal de la Banca di Trinacria en Vigàta y necesito verlo lo antes posible.

—¿Es urgente?

—Urgentísimo.

El comisario miró el reloj. Tenía una hora.

—Si quiere, puede venir en este momento.

—Gracias. Dentro de quince minutos estoy allí.

Montalbano disolvió la reunión.

—Muchachos, poneos manos a la obra. Nos vemos en cuanto tengamos algo que decirnos.

Alessandro Lo Curzio tenía poco más de cuarenta años. Alto, elegante, musculado, perfumado, bronceado, con una sonrisa que daban ganas de ponerse gafas de sol.

Era evidente que estaba destinado a la brillante carrera de tantos dirigentes modernos: rápido ascenso quizá vendiendo a su madre al mejor postor y, una vez en la cima, vertiginosa caída en bolsa de su empresa, su banco o lo que fuera, desaparición del máximo responsable, reaparición al cabo de un año en un

puesto aún más importante.

—Vengo también en representación del *dottor* Federico Molisano, director de la sucursal del Credito Marittimo.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que tanto Molisano como yo nos enfrentamos a un problema. Un problema grande que corre el peligro de ser un engorro.

—Cuénteme.

—En mi sucursal tengo a tres mujeres; Molisano, a una. Es muy probable que ellas hayan hablado y se hayan puesto de acuerdo, pero, en resumidas cuentas: no quieren volver a trabajar en el banco.

Montalbano lo comprendió.

—¿Les da miedo que las secuestren?

—Pues sí. Se han dicho: «Han secuestrado a una del Banco Siculo, una de la Banca di Credito y una de la Banca Cooperativa, ahora seguro que nos toca a una de nosotras.»

¡Cuántos bancos había en Vigàta! Lo más curioso era que, a medida que el pueblo se volvía más pobre y más miserable, cerraban las fábricas, fracasaban los comercios y el paro se ponía por las nubes, el número de bancos aumentaba. ¿Cómo se explicaba ese misterio?

—¿En qué debería consistir mi intervención?

—En ofrecerles a esas cuatro mujeres una escolta armada.

—Lo siento, pero se ha equivocado de interlocutor.

—¿Por qué?

—Soy un simple comisario. Eso no puedo decidirlo yo. No entra en mis competencias.

—¿A quién tendría que dirigirme?

—Al *dottor* Tommaseo, el fiscal que se encarga de los secuestros. Lo encontrará en el Palacio de Justicia de Montelusa.

Lo Curzio se levantó y Montalbano lo imitó.

—Tengo una curiosidad —dijo éste—. ¿Qué edad tienen sus empleadas?

—Una, veinticuatro años. Las otras dos, entre cuarenta y cincuenta. Eugenia Speciale, la señora que trabaja con Molisano, está cerca de la jubilación. ¿Por qué me lo pregunta?

—Las víctimas del secuestrador tienen entre treinta y cuarenta años, de forma que, de esas cuatro mujeres, una es demasiado joven, y las otras,

demasiado mayores. En consecuencia, no deberían correr peligro. Claro que ¿quién va a decirle a una mujer que no tiene nada que temer debido a su edad, que ya no es, ni de lejos, lozana?

Lo Curzio se marchó y sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*, parece que estaría en la línea el *signor* Orinale, que quiere urgentísimamente...

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Orinale, *dottori*.

Ni harto de vino iba a volver a caer en la trampa habitual de Catarella y sus confusiones de nombres.

—Pásamelo.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Giulio Oriale, director de la sucursal del Banco Siculo en Vigàta. Tengo necesidad urgente de conferenciar con usted.

El verbo «conferenciar» le gustó. Su respuesta estuvo a la altura:

—Si estuviere usted disponible, ¿le parecería pertinente venir a conferenciar a las tres y media?

—Le agradezco su cortés diligencia.

¿Qué podía querer?

El Banco Siculo ya había sufrido un secuestro, por lo que podía estar bastante tranquilo, dado que el secuestrador iba cambiando de entidad.

Claro que, se dijo, para inventarse formas de tocar los cojones, la fantasía humana parecía no conocer límites.

Una vez sentado el comisario, Enzo se acercó a su mesa y se agachó para hablarle con discreción.

—Cuando pille a ese hijo de la gran puta que se divierte secuestrando mujeres, ¿me promete una cosa?

—Dime.

—¿Lo dejará en mis manos cinco minutos?

—Nos digas gilipollecce —lo regañó Montalbano.

—¿Sabe que mi sobrina no consigue pegar ojo?

—Daremos con él y pagará, que no te quepa duda.

Comió ligero, saltándose los *antipasti* y concentrándose sólo en un primero y un segundo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Enzo, preocupado.

—Sí, pero como tengo que estar pronto en comisaría...

Tuvo tiempo de dar el paseíto por el muelle, pero, una vez al pie del faro, en lugar de sentarse en la roca plana, giró sobre sus talones y, a regañadientes, volvió por donde había llegado.

El director Oriale se presentó muy puntual.

Era todo lo contrario de su homólogo Lo Curzio: un señor de unos sesenta años, vestido con corrección, que se comportaba y hablaba con cortesía y daba la impresión de ser un hombre en quien se podía confiar.

—Debo señalarle, *dottore*, que estoy aquí también en nombre de Guido Sammartino, de la Banca di Credito, y Mario Zecchi, de la Banca Cooperativa. Me han encargado el cometido de plantearle nuestro problema común.

—Lo escucho.

—Desde el momento en que una televisión local ha anunciado que tres de nuestras empleadas habían sido secuestradas y ha difundido el nombre de nuestras entidades, ha empezado a producirse un fenómeno que nos inquieta sobremanera.

—¿Cuál es?

—Numerosos clientes han cerrado las cuentas que tenían con nosotros. Y hemos podido saber que, lamentablemente, otros clientes se disponen a seguir su ejemplo.

—¿Por qué motivo?

—Porque ha corrido el rumor descontrolado de que, después de los secuestros, van a producirse actos mucho más violentos, destinados a provocar graves penalidades a nuestros bancos.

—Entendido.

—Así están las cosas por el momento; sin embargo, tememos que se agraven, pese a nuestras garantías.

—¿Qué desean de mí?

—Antes de contestarle, tengo que plantearle una pregunta preliminar, si me lo permite.

—Adelante.

—¿En qué dirección se orientan sus investigaciones?

«¡Ojalá lo supiera!», pensó Montalbano, pero lo que contestó fue:

—En todas direcciones.

Oriale pareció decepcionado.

—Entonces, ¿no descarta que pueda tratarse, en efecto, de una actuación contra los bancos?

—Dado el estado actual de las investigaciones, no puedo descartarlo, por mucho que, en una teórica clasificación de las hipótesis, la pista bancaria no se encuentre entre los primerísimos puestos.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Antes dígame cinco localidades de la provincia en las que haya sucursales del Banco Siculo.

—Montelusa, Fiacca, Sicudiana, Montereale, Rivera.

—¿Han sufrido secuestros de empleadas?

—En absoluto.

—Y ahora dígame: en caso de tratarse de un ataque a los bancos, ¿no le parece que todas las sucursales deberían haberse visto implicadas?

—Sí, sin duda.

—En ese caso, escúcheme bien: repita a sus clientes lo que le he dicho. Y aconséjeles que, si de verdad quieren marcharse, transfieran sus cuentas a su sucursal de Montelusa, que apenas dista seis kilómetros de aquí.

Con lágrimas en los ojos, el director estuvo en un tris de arrodillarse y besarle la mano.

Fazio regresó a las seis. Tenía un aire entre fastidiado y desconsolado.

—¿Nada?

—Nada. Una pérdida de tiempo. Ninguna agencia ha organizado viajes a las Canarias. Uno me ha dicho que hoy en día las Canarias están pasadas de moda, que ya no es lo que se lleva.

—¿Y cuál es la moda?

—La moda actual, sobre todo para los que no son ricos, es irse a Grecia, a una de las muchas islas, porque se está bien y es barato.

—Entonces tengo que darle la razón a Augello: se ve que utilizaron el ordenador.

Sin embargo, Fazio tenía algo más que decir:

—*Dottore*, ¿se acuerda de que me ha encargado descubrir todo lo posible sobre Di Carlo?

—Claro.

—En el pueblo todo el mundo dice lo mismo.

—¿El qué?

—Por un lado, que es muy mujeriego, deja a una y ya se ha ido con otra. Y, por el otro, que está hasta arriba de deudas. Pide dinero a todo el mundo, sale adelante contrayendo nuevas deudas para pagar las anteriores. Por lo visto, hasta le prestan dinero las chicas con las que tiene historias. Esos rumores no hay que creérselos a pies juntillas, la gente exagera, pero que Di Carlo tiene deudas, y de las grandes, no se discute.

—Y, por descontado, esa información refuerza tu idea de que fue él mismo el que pegó fuego a la tienda.

—*Dottore*, dos y dos son cuatro.

—No siempre. Por poner un ejemplo: la tienda podría habérsela quemado cualquier usurero.

—También es verdad —reconoció Fazio.

Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría un *signor* que dice llamarse Carovania y el cual quiere hablar con usía...

—Pero ¿está en línea o aquí en persona?

—Aquí personalmente en persona, *dottori*.

—¿A ti te suena un tal Carovania? —preguntó a Fazio.

—No, jefe.

Total, como tenía tiempo de sobra...

—Hazlo pasar.

En cuanto entró, el comisario y Fazio lo reconocieron de inmediato. Era Filippo Caruana, el dependiente de la tienda de Di Carlo. Parecía bastante agitado.

—Les pido perdón si... Pero...

—¿Qué sucede?

—No hace más de veinte minutos que he visto el coche del señor Di Carlo, el Porsche.

—¿Seguro que era el suyo?

—Segurísimo.

—¿Dónde lo ha visto?

—Regresaba de Montelusa y en Villaseta me he desviado hacia el interior para pasar a saludar a una amiga. Por ese camino, en un tramo solitario y sin casas, estaba el Porsche. He parado y he bajado. Estaba cerrado con llave, dentro

no había nadie. Tenía el móvil sin batería, así que he pensado que lo mejor era venir a avisarlos.

—No perdamos tiempo —dijo Montalbano.

Caruana corría tanto que a Fazio, que lo seguía con su coche, le costaba no perderlo de vista.

Llegaron a Villaseta y tomaron un camino rural. En un momento dado, el vehículo de Caruana se detuvo y el joven bajó. Montalbano y Fazio lo imitaron.

—Estaba aquí —dijo el muchacho, sorprendido.

No se veía ni la sombra del Porsche.

—Hemos llegado tarde —dijo Fazio.

—Cuando se ha acercado al coche, ¿le ha parecido que llevaba aquí mucho o poco tiempo? —preguntó Montalbano.

Caruana tenía la respuesta preparada:

—El motor estaba frío. He puesto la mano en el capó.

La casa más cercana estaba a unos trescientos metros. Para no descartar ninguna posibilidad, se acercaron.

Sin embargo, el campesino que vivía allí, un tipo arisco que apestaba a establo, juró y perjuró que no había visto pasar ningún coche como el que le había descrito Caruana.

—Siento mucho haberles hecho perder todo este tiempo para nada —se disculpó el joven al despedirse.

—Ha actuado muy bien —contestó el comisario—. Y, si vuelve a ver el coche, avísenos cuanto antes, no tenga reparo.

—Es probable que Di Carlo se esconda por esta zona —dijo Fazio en el camino de vuelta.

—Y no podemos hacer nada —replicó Montalbano—. Sobre él no pesa ninguna acusación y, además, su hermana aún no ha querido denunciar su desaparición. Así que hay que resignarse.

Cuando llegaron a la comisaría, Catarella abordó a Montalbano:

—¡Ah, *dottori*, *tilifonió* el *signor* Pitruzzo, el cual quería saber si usía se encontraba *in situ* y yo le he dicho que no! Luego ha querido saber si yo sabía cuándo volvía usía *in situ* y yo le he dicho que no lo sabía en tanto en cuanto que no lo sabía.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha *cuntestado* que, teniendo en *cunsideración* que no *cunseguía* hablar personalmente en persona con usía, iba a escribirle una carta.

Teniendo en *cunsideración* que no le quedaba nada por hacer y que era tarde, Montalbano se marchó a Marinella.

Lo primero que hizo fue comprobar qué le había preparado Adelina. Por lo visto, había tenido un arrebato de creatividad.

Una bandeja de *antipasti di mari* suficiente para tres personas y un señor plato de langostinos gigantes hervidos, puro mar condensado que bastaba aliñar con sal, aceite y limón.

La noche era plácida. Puso la mesa en el porche y disfrutó ampliamente de la cena. El teléfono se portó bien con él y esperó a que hubiera engullido el último trozo de langostino para empezar a sonar.

Seguro que, a aquellas horas, era Livia.

—Hola, cariño —dijo nada más llevarse el aparato a la oreja.

—Soy Bonetti-Alderighi.

¡Coño, era el jefe superior y él lo había llamado «cariño» con voz tierna! Se quedó sin palabras.

—Perdone si lo molesto en su casa...

¡Qué cortés y qué amable estaba el señor jefe superior! Era evidente que el efecto Macannuco aún no se había disipado.

—No me molesta en absoluto. Dígame.

—Montalbano, tiene usted que consolarme.

¡¿Consolarlo?! Al comisario se le cayó el alma a los pies. ¿Qué le pasaba? ¿Pretendía que le hiciera arrumacos?

9

Se imaginó la horrible escena: a media luz, él sentado en el sofá del despacho de Bonetti-Alderighi acariciándole la cabeza, que tendría apoyada en su regazo...

—Que me consuele con sus palabras —precisó el jefe superior.

Montalbano dejó escapar un gran suspiro de alivio. Si era con palabras, la cosa cambiaba completamente.

—Estoy a su disposición.

—Se trata de los bancos. Estará al tanto de que se ha extendido un miedo ridículo entre la población y...

—Sí, sí, lo sé.

—Bueno, pues esta noche Telegigàta ha emitido un programa en el que el diputado Cucciato ha arremetido enérgicamente contra usted y contra mí, acusándonos de no mover un dedo para tranquilizar a los clientes de la banca y de no investigar el sabotaje que se está produciendo. Me parece que, tal como están las cosas, voy a verme obligado a hacer una declaración oficial.

—Sí, adelante.

—Pero haga un esfuerzo por entenderme, antes me gustaría oírlo decir que está seguro, convencidísimo, de que los secuestros no tienen relación alguna con los bancos.

El comisario no vaciló ni un instante:

—Se lo confirmo, señor jefe superior.

—¿Y también está dispuesto a asumir la total responsabilidad de su afirmación?

El jefe superior iba con pies de plomo, se curaba en salud. Si las cosas salían mal, se defendería tranquilamente echándole toda la culpa del error a él.

—Por supuesto.

—Su convicción me da aliento y se lo agradezco. Y es que, ¿sabe usted?, con

lo de la aparición de esos panfletos...

¿De qué panfletos estaba hablando? ¡Eso era nuevo! Mejor que el jefe superior no se percatara de que no estaba al tanto. No le pidió ninguna explicación.

—... en algunos buzones, firmados por una extraña organización contra los bancos; la verdad es que me había preocupado mucho, muchísimo. Vuelvo a darle las gracias. Buenas noches.

—Lo mismo digo.

Colgó y empezó a despotricar.

¿Por qué se había mostrado tan seguro y decidido? Y el muy cabrón de Bonetti-Alderighi había sacado a colación la historia de los panfletos después de arrancarle un compromiso.

Cierto, por lógica pura y dura, los bancos no tenían nada que ver. Sin embargo, ¿y si el secuestrador era un chalado que de lógica pura y dura no tenía ni repajolera idea? ¿Acaso no había recibido una llamada de un desequilibrado que hablaba en nombre de una organización? ¿Cómo era? Ah, sí, OCAB, la Organización Clandestina Antitrabajo Bancario.

Y, por otro lado, se enfadó consigo mismo por otro motivo.

No dejaba de repetirse: «Estas dudas, estos miedos, te entran porque vas haciéndote mayor y la vejez se lleva por delante las seguridades y las certezas de la juventud.»

Entonces, de golpe y porrazo, se le ocurrió una forma de tranquilizar a los clientes de los bancos y de conseguir que el señor jefe superior quedara de maravilla.

Pasó una hora entera en el porche, dando una y mil vueltas a la idea que había fraguado.

Y llegó a la conclusión de que había que ponerla en práctica. Total, si se equivocaba, no haría daño a nadie.

Luego, por fin, pudo hablar con Livia y acostarse.

Durmió bien, de un tirón, y a las nueve llegó a la comisaría fresco y descansado.

—Catarè, ven a mi despacho, que tenemos que hacer un trabajito tú y yo juntos.

Al oír esas palabras, Catarella se puso colorado de alegría, salió como una exhalación de su cubículo y se pegó a las faldas del comisario como un perrito.

Hasta iba contoneándose.

Una vez en su despacho, se plantó en posición de firmes delante de la mesa, tan inmóvil que parecía una estatua.

—Catarella, de todas las llamadas que recibimos la otra noche cuando nos quedamos aquí en comisaría con los bocadillos de salami, ¿tenemos registrado el número de origen?

—Por supuesto, *dottori*.

—Entonces ve a mirar y dime el número de la que respondí yo después de hablar con Fazio.

—Vuelvo ahora mismísimo, *dottori*.

Montalbano no alcanzó a entender cómo lo consiguió Catarella, pero en un abrir y cerrar de ojos lo tuvo otra vez delante, rojo como un tomate por el honor que le había concedido. Le tendía un papel.

—Le he *iscritto* el número.

El comisario lo marcó.

—Despacho del jefe superior —contestó una voz.

Montalbano colgó al instante, como si el aparato le abrasara la mano.

—Catarè, me has dado el teléfono del jefe superior.

—¡Ay, Virgen santa! ¡Me he equivocado! Voy y vuelvo.

A Montalbano no le dio tiempo ni de suspirar antes de que volviera a materializarse ante él con otro papelito en la mano.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

—El comisario Montalbano al aparato. ¿Con quién hablo?

—Esto es el bar de la estación.

Montalbano se llevó un chasco.

—¿Hasta qué hora abren?

—Hasta la una de la madrugada.

Así pues, la llamada del desequilibrado de la OCAB procedía de aquel bar. Desequilibrado sí, pero no idiota.

¿Y ahora? Se le ocurrió otra idea.

—Catarè, escúchame bien.

—Bien lo escucho, *dottori*.

—Llámame uno por uno a los cinco bancos de Vigàta, di que quiero hablar con el director y pásamelos rapidito, diciéndome con qué banco en concreto estoy hablando. ¿Te parece difícil?

—No, *signor dottori*, si me esfuerzo lo *cunseguiré*.

Al cabo de dos minutos, sonó el teléfono. Catarella ya estaba superando la velocidad de la luz.

—*Dottori*, la Banca di Tredito al aparato.

—¿Oiga? ¿Es el director de la Banca di Credito?

—Sí, *dottor* Montalbano, dígame.

—Necesito una información que no se divulgará.

—Dígame.

—Necesito saber si en su sucursal ha habido algún despido recientemente.

—No, que yo recuerde.

Mantuvo más o menos el mismo diálogo con el director del Banco Siculo y con el de la Banca Cooperativa.

En cambio, el del Credito Marittimo respondió de otro modo a la pregunta.

—Sí, muy a mi pesar, hace cuatro meses tuve que proponer a la Dirección General, repito que muy a mi pesar, no que despidieran, sino que apartaran a un empleado.

—¿Qué diferencia hay?

—No fue un despido propiamente dicho. ¿Cómo le diría? Lo convencimos para que presentara su dimisión.

—¿Qué había hecho?

—La verdad es que hasta el momento en que empezaron a manifestarse sus rarezas había sido un empleado modelo.

—¿Qué tipo de rarezas?

—Bueno, una vez se presentó en el banco en pijama; otra, descalzo; una tercera, con un paraguas verde enorme que pretendía tener abierto encima de su mesa, cosas así. Yo, por descontado, traté en la medida de lo posible de quitarle hierro al asunto delante de los clientes... hasta que recibió a la señora Bianchini como Dios lo trajo al mundo. La buena mujer soltó un grito y se desvaneció. Se armó un jaleo de padre y muy señor mío, ¿sabe usted?

—Me lo imagino. Dígame cómo se llama y qué edad tiene.

—Se llama Arturo Sigonella y pasa de los cincuenta.

—¿Casado?

—No, vive solo.

—¿Parientes?

—Ninguno, por lo que tengo entendido.

—¿Sabe dónde vive?

—No, pero, si tiene un minuto de paciencia, puedo preguntárselo a un compañero suyo que va a verlo de vez en cuando.

—Que se ponga, por favor.

Al cabo de unos instantes, oyó una voz:

—¿Diga? ¿Comisario? Al habla Michele Ferla.

—¿Hace mucho que no va a ver al señor Sigonella?

—Comisario, hace un tiempo que está como loco y me llama «ruin empleado bancario». Precisamente ayer por la tarde fui a su casa, después de no verlo durante una semana, pero no quiso abrirme por mucho que insistí, e incluso me dijo y me repitió con la voz alterada que no quería volver a tener nada que ver conmigo.

—¿Le explicó el motivo?

—No, me dijo con desprecio: «¡No pienso volver a hablar contigo, empleado bancario!» Y pensar que hasta hace nada...

—Deme la dirección —lo interrumpió Montalbano.

Una vez la tuvo, le dio las gracias y avisó a Catarella de que no hiciera la última llamada. Luego se dirigió al despacho de Fazio.

—Ven conmigo. Vamos en tu coche.

Por el camino, le contó lo que se le había ocurrido. Y también le explicó cómo iban a actuar.

El largo dei Mille era bastante céntrico. Fazio se detuvo delante del número cuatro, un edificio moderno. Sigonella vivía en el cuarto, su puerta quedaba justo delante del ascensor.

Fazio llamó al timbre. No hubo ninguna respuesta. Llamó otra vez, apretando el botón un buen rato, y por fin se oyó una voz que decía:

—Llamar es inútil, ¿está claro?

—¿Por qué? —preguntó el comisario.

—Porque no hay nadie en casa.

Montalbano no se amilanó.

—¿Sabe cuándo vuelve el señor Sigonella?

—Si no hay nadie, no puede contestarles nadie.

Desde luego, la lógica era aplastante.

—Muy bien. Vamos a hacer lo siguiente. Si por casualidad hubiera alguien

que lo viera, ese alguien podría decirle que han venido dos señores que suscriben punto por punto su acción revolucionaria y desearían formar parte de la OCAB. Adiós, muy buenas.

—¡Esperen, esperen! —pidió la voz, alterada.

—¡Ha dado en la diana, jefe! —susurró Fazio con admiración.

Se oyó un gran trasiego de llaves y cerrojos y se abrió la puerta.

El hombre que apareció era bajo, tendría unos cincuenta años e iba desaliñado, despeinado y sin afeitarse.

Montalbano le dedicó una reverencia respetuosa.

—¿Usted es el jefe de la OCAB?

Sigonella sacó pecho.

—El mismo —respondió.

—Soy el contable Galasso y él es el aparejador Pozzi.

—Adelante.

El piso estaba como su dueño: sucio y desarreglado. Yapestaba a cerrado y a rancio.

Sigonella los hizo pasar después de encender la luz de una sala de estar polvorienta. La ventana estaba cerrada herméticamente, probablemente igual que todas las demás.

—¿Cómo han dado conmigo? —preguntó Sigonella.

Fazio miró preocupado al comisario. ¿Tendría preparado un embuste convincente? O, más bien, convincente para un loco.

Pero en realidad Montalbano dijo una media verdad:

—Me he imaginado que sería usted, porque ha sido objeto de una grave injusticia en el banco en el que ha trabajado con entrega absoluta durante muchos años. Una injusticia que clama venganza. Y hemos venido a ponernos a su absoluta disposición.

—No podían llegar en mejor momento —aseguró Sigonella.

Miró a su alrededor para ver si había espías escondidos en la habitación y luego anunció en voz baja:

—Me las he apañado para imprimir en casa dos mil panfletos, pero a mí solo me resulta difícil distribuirlos. ¿Me entienden? Tengo que llevarme unos pocos cada vez, metérmelos en los bolsillos, entrar en un portal donde no haya vigilancia, dejar uno en cada buzón...

—Nosotros le echaremos una mano, si le parece bien.

—Sí, ¡¿cómo no?!

—¿Dónde quiere distribuirlos?

—En Vigàta.

Montalbano dijo que no con la cabeza.

—Error.

—¿Por qué?

—Hay que ampliar el campo de acción. Extender la protesta fuera de Vigàta, meterse poco a poco en las grandes ciudades, llegar a las capitales, Roma, Berlín, Londres...

Sigonella aplaudió entusiasmado.

—Propongo distribuirlos en Montelusa.

—Pero ¿cómo? ¡Si yo no tengo coche! —protestó Sigonella.

—Nosotros sí. No perdamos tiempo. ¡Vamos a coger los panfletos y a ir a Montelusa!

Cargaron los panfletos y arrancaron, pero al cabo de diez minutos tuvieron que detenerse porque había un control de los carabinieri. A Montalbano le entró un sudor frío. ¿Y si era el mismo cabo que lo había detenido hacía un par de días?

Miró a Fazio, que iba a su lado y lo pilló al vuelo, abrió la puerta, bajó y se acercó a un comandante.

Mientras, el comisario distraía a Sigonella.

—Corremos un grave peligro. Si los carabinieri descubren los panfletos, estamos perdidos. ¡No pierda la calma, por favor se lo pido!

Lo que consiguió fue que Sigonella se pusiera a temblar del susto. Por suerte, volvió Fazio.

—Todo controlado —dijo.

Unos veinte minutos después, el coche de Fazio entraba en el patio de la jefatura.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sigonella.

A Montalbano aquel pobre hombre le dio mucha lástima, pero se veía obligado a seguir con el teatro. Adoptó un aire de misterio.

—No haga preguntas. Bájese y vaya con el aparejador Pozzi, que le presentará a otros amigos.

Sigonella, asombrado, obedeció.

—Pero ¿es el secuestrador? —preguntó el señor jefe superior.

—¡No, qué va! ¡Sigonella no sería capaz de secuestrar ni a una hormiga! Es un pobre loco que, al ver por televisión que las tres chicas secuestradas trabajaban en tres bancos distintos, se exaltó, se inventó la OCAB y trató de repartir unos panfletos impresos en su casa. Hay que tratarlo como a un pobre enfermo, que es lo que es. Sin embargo, usted podrá utilizar su detención para anunciar que la historia de los bancos no tenía base alguna.

—Perdone, Montalbano, pero, si luego se produce un cuarto secuestro de una empleada de banca, ¿qué pasa?

—¿Usted es creyente?

—Sí.

—Bueno, pues récele una novena a la Virgen para que no suceda.

—Ah, *dottori*, ¿ha vuelto?

—He vuelto. ¿Pasa algo?

—Pasa que el *dottori* Augello me ha dicho que lo avisara a él, con mucha urgencia urgentísima en cuanto usía volviera nada más volver, y dado que usía me ha dicho que ya ha vuelto...

—Avísalo. —Y entonces, dirigiéndose a Fazio—: Ven tú también.

Mimì se presentó de inmediato.

—¿Traes algo? —le preguntó Montalbano.

—Sí —contestó el subcomisario, y bostezó.

—¿No dormiste anoche?

—Poco.

Otro bostezo.

—Mimì, ¿no sería mejor que te fueras a echar una cabezadita?

—No, no, es que, como me llevé a una chica a cenar, nos dieron las mil.

—No estoy para ponerme a escuchar el relato de tus hazañas amorosas, Mimì.

—Pero si es un informe oficial...

—Pues entonces habla y trata de no bostezar —pidió Montalbano, bostezando a su vez—. ¿Lo ves? Se contagia.

—La chica en cuestión se llama Anna Bonifacio. Tuve una historia con ella hace cuatro años.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó el comisario.

Augello no hizo ni caso.

—Ayer la llamé y la invité; se hizo de rogar, pero al final aceptó.

—¿A qué se dedica esa Bonifacio?

—He ahí mi golpe maestro. Trabaja en el mismo banco que Luigia Jacono.

Montalbano y Fazio aguzaron el oído.

—¿Qué te dijo?

—Te lo resumo. Me dijo dos cosas que me parecieron importantes. La primera es ésta. El 1 de mayo de este año, que era festivo, Anna se fue con un amigo suyo a Taormina. Y allí vio por casualidad a una pareja que se besaba apasionadamente dentro de un coche de lujo. Entonces bajaron y Anna, con gran asombro, reconoció a Luigia. Y también al hombre, porque era cliente del banco. ¿A que no sabéis quién era?

—Marcello Di Carlo —contestó Montalbano.

A Mimì le sentó mal la respuesta, porque le había chafado el efecto sorpresa.

—Oye, si ya lo sabes todo, yo me callo y tan amigos —replicó con cara de malas pulgas.

El comisario Montalbano trató de arreglarlo, no lo había hecho adrede, había dicho aquel nombre como movido por un resorte.

—Venga, Mimì, no seas crío. Que no sé nada, te juro que ha sido por pura chiripa.

—Entonces, ¿la última historia que tuvo, antes de la de la chica de Lanzarote, fue Luigia? —terció Fazio.

—Eso parece —dijo Augello—. Y la cosa no acaba ahí. Pero, antes de seguir, quiero estar más que seguro de que el comisario Montalbano aquí presente, el comisario supremo de todos los comisarios, no esté al tanto, porque en ese caso me quedo calladito y que hable él.

—Mimì, no seas quisquilloso. ¿Quieres que te ponga por escrito que todo esto me pilló de nuevas?

—Está bien. Hacia mediados de junio, el juez bloqueó la cuenta corriente de Di Carlo, a instancias de un acreedor. El banco lo llamó para avisarlo, pero él ni se inmutó. Al cabo de una semana, la cuenta quedó desbloqueada.

—Será que consiguió el dinero necesario para saldar la deuda —dijo Fazio.

—Déjame continuar —se impacientó Augello—. Naturalmente, el nombre del acreedor no se hizo público, pero Anna se enteró por casualidad. La que le había bloqueado la cuenta había sido Luigia Jacono.

Esta vez Mimì logró el efecto sorpresa que tanto deseaba. El comisario y

Fazio se quedaron boquiabiertos por un momento.

—Y eso explica la actitud de la chica cuando hablé con ella. Me dio la sensación de que estaba convencida de que el secuestro y las lesiones sólo podían haberle pasado a ella, por un motivo que conocía. Y ahora lo conocemos también nosotros. Luigia creía que se trataba de una venganza de Di Carlo con efectos retardados. Llevada a cabo no por él en persona, sino por un intermediario —concluyó el comisario—. Y de eso se desprende algo más que, sin embargo, complica bastante las cosas.

—Que sería... —dijo Augello.

—Que sería que Luigia reconoció el coche parado: era el Porsche Cayenne de Di Carlo.

—¿Y por qué no aceleró y se largó de allí?

—Pues quizá porque el secuestrador se le plantó delante y ella no tuvo valor para atropellarlo.

—Un momento —intervino Fazio—. Si todo eso es así, ¿quiere decir que los dos secuestros anteriores también los encargó Di Carlo, aunque con un coche robado? ¿Con qué fin?

El argumento planteado por Fazio no era baladí. Y, de hecho, Montalbano prefirió no contestar.

10

—También puede plantearse una hipótesis completamente distinta —apuntó Augello—: que los secuestradores sean dos. El primero opera con un vehículo robado. Esos dos primeros raptos le dan una idea a Di Carlo: vengarse de Luigia secuestrándola. Así todos acabamos pensando que se trata de un tercer caso de una cadena, cuando en realidad es algo completamente distinto. Y, como no puede actuar en persona, se lo encarga a un cómplice al que le presta el coche.

—¿Puedo apuntar otra hipótesis? —preguntó Montalbano.

—¿Cuál sería? —preguntó Mimì.

—Que el secuestrador es siempre el mismo, lo que ha cambiado es que ahora lleva el coche de Di Carlo, que está en su poder, ya sea porque lo ha robado o porque Di Carlo no puede utilizarlo. De hecho, el susodicho Di Carlo se encuentra en paradero desconocido, bien porque quiere estafar al seguro, bien porque no tiene libertad de movimientos.

Fazio, confuso, apoyó la cabeza entre las manos.

—Estamos metidos en un laberinto —concluyó.

—Pues nos toca salir de él sin desanimarnos, da igual que hagamos muchos intentos que resulten infructuosos —dijo Montalbano, y dirigiéndose sólo a Fazio añadió—: Infórmate de si Luigia sigue en el hospital.

Fazio telefoneó.

—Sí, jefe. Le dan el alta mañana por la mañana.

—Después de comer voy a interrogarla. Fazio, estate aquí a las tres y media, que iremos con mi coche. Buen provecho.

También en esa ocasión quiso comer ligero en la *trattoria*, pero Enzo se preocupó al instante.

—*Dottore*, ¿se encuentra bien?

—Estupendamente, no sufras. Es algo pasajero. Me recuperaré enseguida.

Como disponía de poco tiempo, el paseíto por el muelle lo dio a paso de marcha.

A las tres y media salió hacia Montelusa con Fazio, que había cogido un maletín.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó el comisario.

—Lo que hace falta para instruir el atestado.

—No tienes que instruir nada.

—¿Tengo que hacer teatro con usía?

—No tienes que hacer teatro.

—¿Tengo que hacer de testigo?

—No.

—Entonces, ¿para qué me necesita?

—Te necesito para no perderme por el hospital.

Fazio lo miró atónito.

Al entrar en la habitación con Fazio, Montalbano tuvo la impresión de que Luigia no se sorprendía en absoluto. Estaba claro que esperaba su visita.

Se había recuperado, tenía buen color y, sobre todo, no parecía nada alterada.

El comisario se sentó en la silla que había al pie de la cama; Fazio se quedó de pie.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Mucho mejor, gracias. Me han dicho que mañana por la mañana por fin podré irme a casa.

—¿Su padre está bien?

—Sí, especialmente desde que he hablado con él por teléfono. No le he contado nada del secuestro, se habría angustiado; me he inventado un accidente de tráfico leve.

En ese momento, Montalbano tenía ante sí dos tácticas posibles: o andarse con rodeos e ir acercándose despacio a lo que le interesaba o, en cambio, ir directamente al grano con preguntas que pusieran en apuros a la interrogada.

En aquel caso, decidió poner en práctica la segunda. En su anterior encuentro, la joven había resultado un hueso bastante duro de roer.

—¿Hasta qué punto ha influido en su mejoría la noticia de que su secuestro no había sido el único, sino el tercero de una serie?

—¿Por qué tendría que haber influido?

Luigia había parado el golpe con celeridad. A Montalbano la muchacha le caía bien.

Aquello era como un combate de esgrima: sabía estar a su altura, pero sin exagerar.

—Luigia, usted es muy inteligente y lo capta todo al vuelo.

—Gracias.

—Pero con frecuencia finge que no entiende. Voy a hablarle con suma franqueza, para que no puedan surgir ni equívocos ni confusiones. Le planteo una premisa: éste es un coloquio reservado y personal, destinado a quedar así, porque no se va a instruir un atestado. ¿Está claro?

—Está claro.

—No tiene que hacer nada más que contestar con sinceridad a mis preguntas. ¿Le parece bien?

—Me parece bien.

Dijo esas palabras con firmeza, el discurso del comisario la había convencido.

—Usted, en el período que va de, más o menos, abril a primeros de junio de este año, ¿tuvo una historia con Marcello Di Carlo?

La muchacha, que no esperaba una pregunta tan directa y precisa, primero palideció y al instante enrojció como devorada por una llama ardiente. No contestó.

—Luigia, no tiene ningún motivo para avergonzarse. Por desgracia, muy a mi pesar y por deber profesional, voy a tener que hacerle otras preguntas de ese tipo. Le ruego que me conteste.

La respuesta fue apenas un suspiro:

—Sí.

—¿Di Carlo le pidió un préstamo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil euros.

—¿Y usted accedió?

—Sí. —Estuvo a punto de añadir algo, pero se detuvo, indecisa. Luego se armó de valor y se decidió—: Me lo suplicó con lágrimas en los ojos.

—¿Recuerda por casualidad cuándo le comunicó su intención de romper con

usted?

—El 5 de junio. No es fácil que se me olvide esa fecha.

—¿Qué le dijo?

—Que se había enamorado de otra.

—¿Mencionó su nombre?

—No.

—¿Y usted no tuvo forma de enterarse?

—No.

—Aún hoy, ¿no sabe quién era esa otra mujer?

—Ni lo sé, ni me importa.

—Cuando Di Carlo le dijo que la relación había terminado, ¿usted cómo reaccionó? ¿Lo aceptó con tranquilidad o...?

Luigia estuvo a punto de taparse la cara con la sábana en un arrebato imprevisto de vergüenza.

—Reaccioné mal. Fui miserable y mezquina.

—Cuénteme qué hizo.

—Me da mucha vergüenza.

Montalbano le echó un cable:

—¿Le reclamó el dinero que le había prestado?

—Sí.

—¿Y él qué le contestó?

—Que no podía devolvérmelo.

—¿Y usted hizo que le bloquearan la cuenta corriente?

—Sí. Tenía el comprobante de la transferencia que demostraba el préstamo. Me dirigí a un juez amigo. Pero en la cuenta sólo había treinta mil euros. Sin embargo, al cabo de pocos días, me llegó una transferencia del Credito Marittimo por cincuenta mil y le desbloquearon la cuenta.

—Pasemos al secuestro. ¿El coche detenido y con el capó levantado era el Porsche Cayenne de Marcello Di Carlo?

—Sí.

—Dado que era lógico temer una mala reacción por su parte, ¿por qué paró?

—Es que yo en aquel momento no esperaba una reacción violenta de Marcel... ¡De Di Carlo!

—¿Por qué no?

—Porque había pasado bastante tiempo y, la verdad, no lo creía, y no lo creo,

capaz de una cosa así.

—¿El hombre que la secuestró cuánto medía?

—Yo diría que casi un metro ochenta.

—¿Y Di Carlo cuánto mide?

Luigia lo miró extrañada.

—¿Por qué me pregunta eso? ¿No lo conoce todavía?

—Está desaparecido. Responda a mi pregunta.

—Poco más de un metro setenta.

—Me dijo que se trataba de un hombre maduro.

—Sí.

—Entonces, ¿se dio cuenta enseguida de que aquel hombre no era Di Carlo?

—Desde luego.

—¿Sudaba?

—Sí. Olía muy mal.

—La otra vez me dijo que delante de usted no abrió la boca. ¿Me lo confirma?

—Sí.

—¿Di Carlo solía prestar su coche?

—No, lo cuidaba como oro en paño. La única excepción era su amigo Giorgio Bonfiglio.

—¿Usted conoce bien a Bonfiglio?

—Al estar con Di Carlo, por desgracia, es inevitable conocerlo.

—¿Por qué por desgracia?

—No me resulta simpático.

—¿Por alguna razón en especial?

Antes de hablar, Luigia dejó escapar un suspiro profundo.

—La tarde del 5 de junio, al salir del banco, me fui a casa de Marcello, que en teoría se encontraba allí. No estaba y en su lugar me topé con Bonfiglio, que intentó seducirme metiéndome mano. Al cabo de más de una hora llegó Marcello y Bonfiglio se marchó. Poco rato después, Marcello me dijo que quería romper conmigo. Entonces vi clarísimo que se habían puesto de acuerdo. Si su plan hubiera salido bien, Marcello, al sorprenderme en brazos de Bonfiglio, me habría montado una escenita, tratándome de puta. Y habría tenido un motivo para aplazar la devolución del préstamo.

—¿Qué tipo de trato tenía usted con Bonfiglio?

—Aparte de aquella tarde, sólo lo veía en presencia de Marcello. Íbamos a cenar juntos con frecuencia.

—¿Bonfiglio acudía solo?

—No, con una chica de mi edad, encantadora. Silvana.

—¿Sabe el apellido?

—No. Bonfiglio me la presentó como su novia. Pero a las dos últimas cenas Silvana no vino.

—¿Esas dos cenas fueron a principios de junio?

—Sí. Al no verla, le pregunté a Bonfiglio por ella, pero las dos veces me respondió con evasivas.

—¿Y Di Carlo también le preguntó por Silvana?

—Delante de mí, no.

—¿Puede decirme algo más de esa Silvana?

—Era una chica guapísima. Tenía el pelo muy largo y con un gran mechón violeta. Hablaba poco de sí misma. Trabajaba en el despacho de un asesor fiscal, aunque tal vez me equivoque.

—Ahora haga memoria. Teniendo en cuenta lo que me ha dicho sobre la complicidad entre Di Carlo y Bonfiglio, y el hecho de que Di Carlo sólo le prestaba el coche a él, cuando usted vio que al lado del Porsche no estaba Di Carlo, sino otro hombre, ¿quién pensó que podía ser?

Luigia contestó a la pregunta, pero de una forma que el comisario no esperaba:

—Ese nombre que a usted le gustaría oírme decir, puesto que me lo ha sugerido de manera muy indirecta, no voy a dárselo.

—¿Me dice por qué?

—Porque no tengo la certeza absoluta.

—Pero, aunque sólo fuera por un instante, ¿pensó que podía ser esa persona?

—Sí.

—¿Únicamente por el hecho de que estuviera conduciendo el Porsche?

—No. También por la altura, los andares...

—¿Y la vacilación a qué se debe?

—Mire, comisario, para ponerme el trapo en la cara, ese hombre tuvo que agarrarme por detrás. Hizo sólo los movimientos indispensables. Estoy más que convencida de que Bonfiglio no se habría comportado con tanta corrección y sin duda se habría aprovechado de mí mientras estaba inconsciente.

—Le doy las gracias por su amabilidad. Sus palabras han sido muy valiosas —dijo Montalbano, levantándose.

—La tal Luigia me ha causado buena impresión —comentó Fazio mientras volvían a Vigàta—. Sólo nos ha dicho lo que sabía a ciencia cierta. No se deja llevar por la fantasía.

—¿Me estás diciendo, aplicando una buena dosis de vaselina, que Luigia jamás reconocerá oficialmente que quien la secuestró pueda ser Bonfiglio?

—Pues sí, jefe, es eso. Pero ¿usía se lo plantea en serio? ¿Después de tanto tiempo?

—Los hombres no siempre siguen el tiempo, la lógica, y además tiene muchas cosas en contra. El hecho de que Di Carlo le prestase el coche, el hecho de que el secuestrador sea un hombre maduro y de metro ochenta que no le dijera una sola palabra a Luigia, porque podría haberlo reconocido por la voz... Y luego otra cosa: rapta a la chica para hacerle un favor a Di Carlo, con el que es uña y carne, pero tiene también un móvil personal, es decir, vengarse de ella por no haber caído en sus redes.

—Entonces, como ella misma ha dicho, tendría que haberla violado.

—Recuerda lo que nos dijo Augello de él: es jugador de póquer, se tira faroles, violarla nos habría dado una pista estupenda para llegar directo hasta él.

—¿Qué quiere hacer ahora?

—Interrogarlo sobre el secuestro sería un error. Convócalo mañana a las nueve y media y, si te pregunta el motivo, le dices que queremos saber más cosas de Di Carlo.

—Muy bien.

Montalbano se quedó pensativo unos instantes. Luego preguntó:

—Oye, ¿tú conoces a alguien en el Credito Marittimo?

—No, jefe, pero puedo buscar información.

—Me gustaría saber quién hizo una transferencia por valor de cincuenta mil euros a favor de Luigia Jacono en la primera quincena de junio.

—Explíqueme una cosa. ¿Usía es de la opinión, pues, de que Di Carlo le encargó el rapto a Bonfiglio de forma que creyéramos que era el tercero de la serie?

—En este momento es lo que me encaja.

—O sea, que seguiríamos con el problema de descubrir al autor de los dos primeros secuestros, ¿no?

—Sí, por desgracia.

Después de comerse la pasta *'ncasciata* y los salmonetes con la salsita especial de Adelina, recogió la mesa del porche y llamó a Livia, que le preguntó cómo llevaba la investigación de los secuestros. Montalbano la puso al día y le contó incluso los detalles. Y ella le contestó con un comentario que lo pilló por sorpresa:

—¿No te parece que la conclusión a la que has llegado es algo rebuscada? Para mí que el tercer secuestro también es obra del que perpetró los dos primeros.

—Pero, Livia...

—A ver, Salvo, tú mismo me has explicado que en el tercer caso se repetía exactamente la técnica de los dos primeros.

—¿Y entonces?

—Y entonces, si esa técnica no se ha desvelado públicamente, ¿cómo se enteraron Di Carlo y Bonfiglio? A eso sólo se puede contestar de una forma.

—¿Cómo?

—Tendrían que haber sido ellos mismos los autores de los dos secuestros precedentes. ¿Y qué objetivo habrían tenido?

Montalbano se quedó mudo un momento, considerando las palabras de Livia. Luego contestó:

—Sí que podría haber un objetivo.

—¿Cuál?

—Enturbiar las aguas poniéndonos sobre una pista falsa.

—No te entiendo.

—En lugar de raptar a Luigia de buenas a primeras, deciden disimular y se buscan primero a dos jovencitas para crear la figura de un misterioso secuestrador en serie que en realidad no existe. Desde luego, un plan tan ingenioso encaja con la mentalidad de Bonfiglio.

Esa vez Livia se quedó más convencida. Siguieron hablando un rato y luego se dieron las buenas noches. Montalbano se quedó una hora más en el porche, pensando en cómo proceder con Bonfiglio.

Cuando se acostó, acababan de dar las doce.

Hizo bien en no perder sueño viendo alguna película por televisión, como

solía hacer, ya que la llamada que lo despertó llegó cuando faltaban unos minutos para las seis.

Una llamada telefónica a esas horas sólo podía significar una cosa.

De hecho, incluso había acuñado un proverbio para uso y consumo exclusivamente propios: «Robo o asesinato vespertino, timbrazo matutino.»

—¿Qué hacía, *dottori*? ¿Dormía?

La pregunta se había pronunciado con voz temerosa.

—No, Catarè, estaba jugando al ping-pong.

La respuesta le había salido con voz hosca y antipática, pero no se le había ocurrido que para Catarella sería de lo más natural que alguien jugase al ping-pong a las seis de la mañana.

—Siento mucho haber interrumpido la partida.

—No te preocupes, estaba jugando solo.

—¡Virgen santa, es usía un portento, *dottori*! ¿Y cómo lo hace?

—Corro de un lado a otro de la mesa mientras la pelota está en el aire. ¿Qué tienes que contarme?

—Que Gallo está en camino para recogerlo.

Montalbano colgó sin pedir explicaciones.

Gallo podía tardar diez minutos de Vigàta a Marinella, así que tenía poco tiempo.

Se duchó, se afeitó, se vistió y se tomó el café a toda velocidad, moviéndose como en una película cómica de los tiempos del cine mudo. Gallo sólo tuvo que esperar cinco minutos.

Montalbano apenas se había metido en el coche cuando el agente arrancó a toda prisa y puso la sirena.

—Quita ese coñazo.

Gallo obedeció a regañadientes.

—¿Tú sabes qué ha pasado?

—Sí, señor. Parece que han encontrado un muerto. Fazio ya está allí.

Gallo tomó la carretera que llevaba a la zona agrícola situada detrás del pueblo.

Allí no había ni un palmo de tierra sin cultivar, pero además de las casetas de labranza se veían también casas residenciales donde vivía gente que iba a trabajar a Vigàta.

Se trataba en todos los casos de construcciones ilegales, ya que aquellos

terrenos no eran edificables.

Y ése era precisamente el motivo por el que a menudo se veían casas abandonadas a medio construir: de vez en cuando se clausuraba alguna obra porque su propietario no había tenido la astucia de ponerse de acuerdo antes con los responsables del Ayuntamiento.

Fue junto a una de esas casas, acabada casi por completo, excepto por la falta de revoco y porque la puerta y las ventanas eran todavía simples agujeros, donde el comisario vio el vehículo de Fazio.

Al lado había otro.

Gallo aparcó y Montalbano bajó.

Corría un aire agradable, fresco y limpio, y la mañana se presentaba tranquila y conciliadora.

Del agujero que un día debía convertirse en puerta salió Fazio seguido de un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, achaparrado, regordete, gafudo, rosado y lampiño.

Si hubiera llevado sotana, habría sido un ejemplar perfecto de cura.

Fazio hizo las presentaciones.

El hombre, que resultó ser el abogado Angelo Rizzo, era quien había descubierto el cadáver y había llamado a la comisaría.

11

—¿Usted vive por aquí?

Era una pregunta lógica, natural, pero tuvo el efecto de provocar cierto nerviosismo en el abogado, que de repente se puso a dar saltitos.

Parecía un muñequito impulsado por un muelle.

—A ver, no... En realidad... Vivo en el corso Matteotti.

El corso Matteotti era una calle central de Vigàta. Estaba muy lejos de aquel lugar.

—Perdone, pero ¿por qué se encuentra aquí, a las afueras del pueblo, a estas horas de la mañana?

Los saltitos se volvieron casi frenéticos.

—La verdad... Bueno... Tiene su explicación... ¡¿Cómo no...?! Resulta que, de vuelta de Palermo...

Montalbano no le dio cuerda:

—Oiga, de vuelta de Palermo no se pasa por...

—Sí, claro, claro... Pero ¿sabe usted?, anoche al salir de Palermo llamé a una amiga que vive por aquí, nada, para charlar un rato... Y, bueno, me contó que su marido la había dejado y necesitaba consuelo... Eso es... Entonces avisé a mi mujer de que llegaría por la mañana y ya sabe...

A Montalbano le salió la mala leche:

—¿El qué?

El abogado Rizzo se puso a sudar.

—Pues eso... Una cosa lleva a la otra...

El comisario decidió no insistir:

—Entendido.

Rizzo le acercó tanto la cara que Montalbano tuvo miedo de que pretendiera darle un beso.

—Es que yo soy muy conocido, tengo una posición... Si pudiera evitarse que mi nombre...

—Haré lo posible. ¿Por qué ha entrado en esa casa?

Entonces al abogado Rizzo le entró un tic repentino consistente en alargar el cuello y doblarlo hacia la izquierda con un tirón.

—Me he dado cuenta de que se me había olvidado ponerme los... los... bueno... los calzoncillos. No podía volver a casa y desnudarme... Si resultaba que mi señora... ¿Cómo le habría explicado...? Total, que he cogido unos de la maleta, he bajado...

—¿Por qué no se los ha puesto en el coche?

—Lo he intentado, pero resultaba muy incómodo... He bajado y he entrado en la primera habitación, pero para estar más tranquilo he ido más al fondo y ahí es donde he visto el... La momia.

¿La momia?

Montalbano, atónito, miró a Fazio.

—Sí, es que todo el cuerpo está envuelto... Ahora lo verá —explicó el inspector jefe. Y añadió—: Ya he avisado a todos.

—Bueno... Yo, si pudiera irme antes de que... —dijo el abogado.

—Tengo su dirección y el teléfono —informó Fazio.

—Pues entonces puede irse.

—Gracias, gracias —contestó el abogado Rizzo, haciéndole una serie de reverencias al comisario.

Luego pareció que huía. Subió al coche, arrancó y se marchó a la carrera.

—¿Entramos? —preguntó Fazio.

Entraron.

En la primera habitación aún no estaban colocadas las baldosas del suelo, de modo que había que andar sobre papeles de periódico, trapos, preservativos usados, jeringuillas, latas abiertas, restos de pizza, botellas de agua y de cerveza vacías, charcos de orina...

La segunda no se diferenciaba demasiado de la primera, tan sólo en el hecho de que, hacia el fondo, había una especie de paquete de celofán más largo que ancho.

Al acercarse se adivinaban, a través del celofán, la cara y el cuerpo de un hombre desnudo.

—A saber el tiempo que lleva este cadáver aquí sin que nadie se haya

dignado a avisar —comentó Fazio.

—¿De qué te sorprendes? —replicó el comisario—. Si precisamente este verano vi por la tele a un muerto en una playa, con la gente al lado, bañándose tan tranquila. ¿No hay el más mínimo respeto por la vida y quieres que haya respeto por la muerte?

Como allí dentro no tenían nada que hacer, salieron al aire libre. El comisario encendió un pitillo y, armado de paciencia, se puso a esperar al circo ambulante.

El primero en llegar fue el forense, el *dottor* Pasquano, que precedía con su coche al vehículo funerario, en el que iban dos hombres del depósito.

Bajó soltando maldiciones en voz alta, cerró de un portazo y no saludó a nadie.

—*Dottore*, ¿por casualidad no perdería ayer al póquer? —quiso saber Montalbano.

—No me toque los cojones ya de buena mañana, que se la está jugando. A ver, ¿dónde está ese muerto?

—Lo acompaño —dijo Fazio.

Volvieron al cabo de unos diez minutos. Pasquano abrió la puerta del coche, subió y cerró. Señal de que no quería que se le acercara nadie.

—¿Ha dicho algo? —le preguntó el comisario a Fazio.

—Ni mu. No ha abierto la boca.

Montalbano fue hasta el vehículo del forense y golpeó el cristal con los nudillos. Pasquano bajó la ventanilla.

—¿Qué coño quiere?

—*Dottore*, siempre que nos vemos, su exquisita cortesía me conmueve hasta las lágrimas.

—¿Esta mañana se habla en italiano? —preguntó Pasquano, ya que, a diferencia de lo habitual, el comisario no se había dirigido a él en siciliano—. Pues muy bien. ¿Qué desearía saber, querido y, por desgracia, algo envejecido amigo?

Montalbano no reaccionó a la pulla sobre la vejez.

—¿Qué le ha parecido?

—Muy bien confeccionado.

—¿Y aparte de la confección? —insistió el comisario, ya en siciliano.

—Ah, ¿volvemos al dialecto? Pues mire, por lo poco que he logrado ver, la muerte se produjo hace unos días, no se trata de un cadáver fresco.

—¿Se ha hecho una idea sobre si fue una muerte natural o violenta?

—Si se hubiera decidido a comprarse unas gafas, como hace tiempo que le aconsejo, se habría percatado de que el cadáver presenta un agujero estupendo debajo de la garganta.

—¿Provocado por qué?

—Yo diría, aunque se trata de una impresión, que es el orificio de salida de una bala.

Montalbano puso mala cara.

—Entonces, si ése es el orificio de salida, ¿quiere decir que lo mataron de un tiro en la nuca?

—Observo con delectación que todavía le funciona una mínima parte del cerebro. Y ahora esfúmese, que ya me ha importunado lo indecible.

Y subió la ventanilla. El comisario fue a repetirle a Fazio lo que le había contado Pasquano.

Fazio se quedó pensativo.

—Un asesinato así lleva la firma de la mafia —dijo—, pero es la primera vez que la mafia envuelve a alguien tras haberlo liquidado. ¿Qué necesidad había de empaquetarlo?

—A mí la cosa tampoco me cuadra —reconoció el comisario—. Tengo una curiosidad: ¿tú te habías dado cuenta de que el cadáver tenía un agujero por debajo de la garganta?

—Pues no, jefe.

Montalbano dejó escapar un suspiro de alivio. Menos mal, aún no necesitaba gafas. Pasquano había detectado la herida porque tenía el ojo entrenado.

Se hizo un silencio entre los dos. Luego habló Fazio:

—Si realmente se trata de un asesinato mafioso, este cadáver podría ser...

—¿... el de Di Carlo? —concluyó Montalbano.

—Es razonable pensarlo.

—Estoy de acuerdo. Claro que me pasa lo mismo que a ti: no entiendo la necesidad de envolverlo.

Miró el reloj. Entre una cosa y otra, pasaban ya de las ocho. Podía marcharse y dejar a Fazio al mando, pero le interesaba saber algo de la científica.

—Llama a Bonfiglio y dile que mejor nos vemos a las once.

Fazio obedeció, pero luego, sin despegarse el móvil de la oreja, informó:

—Bonfiglio se disculpa, pero le ruega retrasar la reunión a mañana a la misma hora.

—De acuerdo.

Llegó por fin la científica con dos coches cargados de gente y de material. El jefe era alguien a quien Montalbano no conocía.

—¿Ése quién es?

—Briguglio —contestó Fazio— Un subcomisario.

—¿Cómo es?

—Tratable.

Briguglio se presentó y Fazio guió a la comitiva al interior de la casa.

El comisario tuvo que esperar una media hora a que el inspector jefe reapareciera.

—Según Briguglio, el cadáver lo trajeron hasta aquí hace unos cuatro días —informó Fazio.

—¿Cómo lo ha determinado?

—Por lo visto, en el suelo, debajo del muerto, había una hoja de periódico de hace cinco días.

Era justo lo que quería saber.

—¿Del fiscal Tommaseo hay noticias?

—No, jefe. Como siempre, se habrá estampado contra un poste o se habrá metido en una acequia.

Era bien sabido que Tommaseo conducía peor que un drogadicto sonámbulo.

—¿Sabes qué te digo? Que me he hartado. Voy a decirle a Gallo que me lleve a comisaría.

El agente Gallo hizo todo lo posible para que el coche patrulla volara, de modo que llegaron a la comisaría poco después de las nueve.

—¿El *dottor* Augello está?

—Estaba, pero ha recibido una llamada y se ha marchado.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No, *signor dottori*.

—Cuando vuelva, dile que venga a verme.

Como no sabía qué hacer, se puso a firmar a regañadientes algunos de los odiados papeles que se le acumulaban.

Mimì Augello llamó a la puerta de su despacho cuando a Montalbano empezaba a dolerle el brazo de tanto firmar.

—¿Dónde andabas?

—He ido a tomarme un café y a charlar un poco con Anna Bonifacio, la compañera de trabajo de Luigia Jacono.

—Pues has tardado tanto que me huelo que has tomado algo más que un simple café.

—¿Qué quieres que te diga? Tenía que agradecerle el favor que me había hecho.

—¿Qué favor es ése?

—Como me dijo que la deuda de Di Carlo con Luigia se había saldado desde una cuenta del Credito Marittimo, le he preguntado si conocía a alguien en ese banco que...

—¿Sabes qué, Mimì? Yo he tenido la misma idea y le he pedido a Fazio que se encargara, pero...

—Pero esta vez me he adelantado yo.

—¿Tienes el nombre?

—Sí, Anna se ha enterado y me lo ha dicho.

—¿Quién es?

—¿Cómo es que esta vez no te ha dado por adivinarlo?

—¿Quieres que lo intente?

—Adelante.

—La chica de Lanzarote.

—Pues te equivocas, porque si hubiera sido ella, ahora tendríamos su nombre, su apellido y su dirección.

—Dímelo, va.

—Giorgio Bonfiglio.

Montalbano no pareció muy sorprendido por la noticia.

—¿No te quedas asombrado? —le preguntó Mimì.

—No, si son tan amigos... Y creo, además, que entre finales de junio y principios de julio Bonfiglio le dio más dinero.

—¿Y eso?

—Si estaba sin blanca, ¿de dónde sacó la pasta para irse de picos pardos a Lanzarote?

—¿Quieres que me informe de si por esas fechas le hizo alguna otra

transferencia a Di Carlo?

—Si puedes...

—Lo intento.

Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría en la línea el *signor* Quallalera, que *disea* hablar con usía urgentísimamente.

No conocía a ningún Quallalera, pero como no tenía nada que hacer...

—Pásamelo.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Giulio Caldarera. Quería contarle algo curioso que ha sucedido.

Era una voz lozana, de jovencito.

—Dígame.

—Yo vivo en Vigàta. Esta mañana he ido a ver a mi hermano, que lleva varios días en cama con gripe. Vive en una casa de campo, en el término de Ficarra. ¿Lo conoce?

—Sí. ¿No es donde vive el señor Jacono?

—Exacto, es el mismo término, pero la casa de mi hermano está al otro lado.

—¿Donde el señor Riccobono?

—Eso. Veo que conoce bien la zona. Bueno, pues al llegar, poco antes de la bifurcación, he visto un coche parado de alguien que conozco y a un señor que sacaba una bici plegable del maletero. Y ahora, al volver a pasar, me he encontrado el coche incendiado y del señor no hay ni rastro.

—¿Sigue usted ahí?

—Sí.

—Espérenos, vamos enseguida —pidió Montalbano, y luego, volviéndose hacia Mimì—: Acompáñame.

—¿Adónde?

—Un jovencito me ha informado de que hay un coche en llamas. Y como el técnico en coches incendiados eres tú...

Se plantaron *in situ*, como habría dicho Catarella, en un suspiro, ya que conducía Gallo. Nada más verlos, Caldarera bajó del coche y se acercó.

Era un veinteañero moreno de sonrisa amplia, simpático y con aire inteligente.

Del vehículo quemado, que se encontraba muy cerca del camino, ya tan sólo

quedaban el armazón y una columna de humo.

—Debe de haberle prendido fuego poco después de que pasara yo —dijo el muchacho—. A mi vuelta ya estaba casi todo quemado.

Montalbano no fue a ver el coche de cerca, no era lo que le interesaba.

—¿Ha visto bien al hombre que estaba sacando la bicicleta? —preguntó.

—Lo he visto, pero, si me lo pregunta, no sabría decirle qué cara tenía.

—¿Por qué no?

—Llevaba una gorra calada hasta los ojos, gafas de sol, un pañuelo que le tapaba la boca como si estuviera resfriado...

Montalbano y Augello se miraron. Así iba el secuestrador para que no lo reconocieran.

—¿Puede decirme algo más?

—Por la forma de moverse, me ha parecido que no debía de ser muy joven. En fin, es una pena.

—¿El qué?

—Lo del coche quemado. Soy un apasionado del motor y sé lo mucho que...

—¿Qué coche era? —lo interrumpió Augello, impaciente.

—Un Porsche Cayenne. En Vigàta sólo hay uno.

—¿Y sabe de quién es?

—Claro. Del señor Di Carlo, que tiene una tienda de...

—¿No le ha parecido raro que no lo condujera el propio Di Carlo? —preguntó el comisario.

—He pensado que se lo habría prestado.

Le dieron las gracias al muchacho, Augello avisó a la científica y regresaron a la comisaría.

Por el camino, Montalbano le pidió al subcomisario que llamara a Fazio.

—¿Cómo vas?

—Estoy volviendo.

—Nosotros también. Hemos ido a ver un coche quemado. Era el de Di Carlo.

—¿Qué cree que quiere decir?

—Que puede que ya no haya más secuestros. A no ser que decida robar un tercer coche y continuar.

Naturalmente, con Gallo al volante, llegaron a la comisaría cinco minutos antes que Fazio.

Al entrar, éste anunció:

—Hay una novedad.

—Nos hacen falta novedades —contestó Montalbano—. Si no, nos quedamos atascados.

—Los de la científica han pedido a los del depósito que desarrollaran el cadáver antes de llevárselo.

—¿Por qué?

—Querían el celofán para una historia de las huellas dactilares.

—¡Anda que no! El asesino iría con guantes, me apuesto los cojones —exclamó Augello.

—Da igual —continuó Fazio—. Eso me ha permitido ver el cadáver al natural, de cerca y sin obstáculos. Es un hombre de unos cuarenta años, en buena forma física. Pero lo importante es que tiene una cicatriz en forma de zeta debajo del omóplato izquierdo.

—Nos servirá para identificarlo —apuntó Augello.

—A mí me ha servido para hacerme una idea —dijo Fazio.

—Habla —lo animó Montalbano.

—El cadáver tiene la cara deformada porque la muerte no es reciente, pero, cuando he podido observarla sin el celofán, me ha recordado a alguien que había visto en una fotografía. Y usía también lo vio.

—¿Yo?! —exclamó sorprendido el comisario.

—Sí, jefe.

—¿Dónde?

—En casa de Di Carlo. En el despacho había dos fotografías enmarcadas. Y en las dos salía él con una pareja de ancianos que debían de ser sus padres.

—Ya me acuerdo —dijo el comisario—, pero vagamente.

—Perdón, pero ¿no me habíais dicho que tenía una hermana? —terció Augello—. Podéis preguntárselo a ella.

—No, porque si luego no es Di Carlo... —contestó Montalbano.

—Se le podría preguntar a Bonfiglio, seguro que él sabe si Di Carlo tiene esa cicatriz —apuntó Fazio.

—Por ahora, a Bonfiglio mejor lo dejamos al margen. Es una carta para usar cuando lo interroguemos —dijo el comisario.

—Sólo nos queda Luigia Jacono —respondió Mimì.

Montalbano miró a Fazio.

—Entendido —contestó éste—. Me ha tocado. Bueno, si me lo permiten la llamaré desde mi despacho.

Mientras esperaban, Mimì Augello sacó el periódico que llevaba en el bolsillo y se puso a leer. Montalbano, por su parte, decidió poner orden en los cajones de su mesa. Abrió el primero y se desanimó. Aquello era un caos, había de todo: bolígrafos, cartas, sellos, lápices, cuadernos, calendarios viejos, páginas de periódico, documentos, una brújula e incluso una camisa que daba por perdida. Cerró sin haber ordenado nada y se puso a mirar la pared de enfrente.

Por fin volvió Fazio.

—Es él, seguro. Luigia dice que Di Carlo tenía una cicatriz idéntica.

—¿Te ha preguntado por qué querías saberlo?

—Sí, jefe. Y le he dicho la verdad.

—¿Y qué ha hecho?

—Se ha puesto a llorar.

12

El comisario miró la hora. Se había hecho tan tarde que corría el riesgo de encontrarse la *trattoria* cerrada.

Sin embargo, antes de parar para comer quería aclarar sin dilación un par de cosas.

—Que Di Carlo haya sido asesinado elimina algunas hipótesis, pero apunta otras —empezó—, aunque antes que nada os digo que de momento nadie tiene que saber que hemos identificado al muerto. Me bastan veinticuatro horas. Quiero ver cómo reacciona Bonfiglio cuando se lo diga. —Y luego, dirigiéndose a Fazio, añadió—: El homicidio de Di Carlo anula por completo tu hipótesis de que pegara fuego a la tienda y se escondiera para estafar al seguro. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, jefe.

—Además —prosiguió—, el hecho de que lo mataran poco después de su vuelta de Lanzarote excluye también que fuera él quien organizara el secuestro de Luigia. ¿Coincidís conmigo?

—Sí —respondieron Mimì y Fazio a coro.

—Así pues, en este momento el problema es: ¿quién mató a Di Carlo? ¿Y por qué?

—¿Usía no cree que pueda haber sido la mafia porque se negara a pagar el *pizzo*? —preguntó Fazio.

—La mafia nunca ha secuestrado a nadie por no pagar el *pizzo*. O incendia la tienda o lo que sea, o bien se carga al propietario delante de todo el mundo, para dar ejemplo. No escondería el cadáver ni mucho menos lo envolvería en celofán.

—¿Se te ha ocurrido alguna razón para que lo empaquetaran así? —preguntó Augello.

—Hay una explicación posible. Las hojas de celofán no sólo lo envolvían

por entero de pies a cabeza, sino que además estaban pegadas con mucho esmero, o, mejor dicho, selladas con cinta adhesiva.

—¿Para qué?

—Colocadas de esa forma, no dejaban circular el aire y en consecuencia tampoco salía ningún olor. Ese muerto lo podías tener en casa, en un sitio cualquiera, sin que nadie se percatara de la pestilencia de la putrefacción.

—Perdona —dijo Augello—, pero ¿por qué tuvo el asesino a la víctima en casa y no se deshizo del cadáver de inmediato?

—Mimì, si supiera responder a tu pregunta ya casi tendría el caso resuelto. Dejadme pensar un poco. Ahora vámonos a comer y nos vemos aquí a las cuatro.

Haber salido temprano de casa y haber pasado tanto rato al aire libre le había provocado un hambre de lobo como no recordaba desde hacía tiempo. Enzo, al ver con qué entusiasmo había devorado la pasta con tinta de sepia, le plantó delante dos segundos: los salmonetes de roca habituales y una fritura de calamarcitos tan rotundos y crujientes que parecían colines recién salidos del horno.

—Elija.

—¿Tú conoces la famosa historia del asno de Buridán? —le preguntó Montalbano.

—No, señor.

—Un tal Buridán tenía un asno. Un día quiso hacer un experimento. Colocó a un lado un montón de heno fresco y al otro, un montón de algarrobas, y en medio puso al asno, que, al no saber elegir entre dos cosas que le gustaban muchísimo, se quedó quieto, mirando alternativamente a derecha e izquierda. Y así, incapaz de decidirse, acabó muriéndose de hambre.

Enzo recogió el plato de los calamarcitos.

—¿Qué haces?

—Le dejo los salmonetes, no quiero que se me muera de hambre.

—¿A ti te parece que yo soy el asno de Buridán? Deja ahí quietos esos calamarcitos, que me los comeré después de los salmonetes.

El paseíto por el muelle fue, en consecuencia, obligado.

Sentado en la roca plana, al pie del faro, se puso a repasar todo el caso, empezando por la pregunta sin respuesta que le había planteado Augello.

¿Por qué motivo habría corrido el asesino un riesgo tan grande, manteniendo el cadáver escondido, en lugar de desembarazarse de inmediato de una prueba

totalmente inculpatoria?

Le dio vueltas durante un rato y al final llegó a la única conclusión posible: el hallazgo de Di Carlo asesinado tenía que constituir, para el asesino, el último acto de su representación. Así pues, todo se había orquestado de acuerdo con un plan, tan retorcido como inteligente, y los hechos debían sucederse a su debido tiempo, siguiendo un orden preciso. Por eso el descubrimiento del cadáver era como la última pieza de un mosaico, es decir, una parte de un todo.

Pero ¿cuál era ese todo?

¿Cuántos hechos lo componían?

Reflexionó largo y tendido sobre esas dos preguntas y luego, como se había hecho la hora de la reunión, regresó a la comisaría.

Encima de su mesa se encontró una carta «urgente-reservada-personal» dirigida a él. No llevaba remite y el matasellos era de Palermo del día anterior.

Fazio y Augello esperaban que empezara la reunión. La cortesía requería que dejara la lectura de la carta para después, pero aquel «urgente» pudo con él.

—Perdonad un momento —pidió.

Abrió el sobre y empezó a leer, pero al instante alzó la mirada y se dirigió a los dos:

—Esta carta tiene que ver con Di Carlo. Viene de Palermo y la echaron al correo ayer. Os la leo en voz alta.

Distinguido comisario Montalbano:

Me llamo Mario Costantino, soy el representante exclusivo de la empresa J en Sicilia y vivo en Palermo, en la via Ubaldo Carapezza, 15.

Le escribo a propósito de Marcello Di Carlo. Puede que lo que voy a contarle no tenga ninguna importancia, pero me siento en la obligación de ponerlo en su conocimiento.

Anteayer, estando de paso por Vigàta, me dirigí a la tienda de Di Carlo, cliente mío desde hace tiempo, para ver si tenía que hacerme algún pedido. Ignoraba por completo lo sucedido. Gracias a los demás comerciantes de la zona me enteré de que no sólo se había incendiado su negocio, sino que además no hay noticias de él.

Entonces me vino a la cabeza al instante un episodio que viví el pasado 31 de agosto. De vuelta de vacaciones, pasé por el aeropuerto de Fiumicino (Roma). Debía tomar el vuelo de las 17.30 h para Palermo y

estaba haciendo cola para los controles de acceso habituales antes de llegar a las puertas de embarque.

Justo delante de mí había una pareja formada por un hombre de unos cuarenta años y una mujer rubia algo más joven. Estaban discutiendo en voz baja, pero algunas frases me llegaron con mucha claridad.

Él le preguntaba cómo se había enterado un tal Giorgio de que volvían precisamente aquel día y acusaba con insistencia a su compañera de haberlo informado. La mujer lo negaba casi llorando y le pedía que le explicara qué motivo podía tener ella para hacer una cosa así. De vez en cuando, él decía, casi para sus adentros: «¿Y ahora qué hago? ¿Qué le cuento?»

En un momento dado, se volvió hacia ella y pude reconocer a Marcello Di Carlo. Sin embargo, mientras estábamos en la cola él no me vio, ni yo me atreví a saludarlo, al verlo tan alterado.

Sí me reconoció una vez delante de la puerta de embarque y me hizo un leve gesto de saludo. Luego la mujer y él se apartaron y siguieron discutiendo. En el avión, mi asiento estaba muy lejos del suyo, de forma que ni siquiera llegué a verlos.

Volví a encontrarme con Di Carlo ya en el aeropuerto de Palermo, mientras nos dirigíamos hacia la zona de recogida de equipajes. La mujer no estaba. Cruzamos un par de frases sobre nuestras respectivas vacaciones, pero estaba claro que él pensaba en otra cosa. Al cabo de un rato se reunió con nosotros la mujer, nerviosísima y sin aliento. Sin hacer caso de mi presencia, le dijo exaltada: «Nos espera fuera. Lo he visto.» Di Carlo se paró en seco. Yo me despedí y seguí adelante. Ni siquiera me contestó.

Eso es todo.

Quedo a su disposición para cualquier aclaración. Le indico también mis números de teléfono.

Saludos cordiales,

Mario Costantino

—O sea, que el señor Bonfiglio nos ha colado una trola de dos pares de cojones —resumió el comisario—. Pero de eso ya hablaremos luego. Ahora...

—Antes de que empieces —lo interrumpió Mimì Augello—, tengo que

decirte algo que me ha contado Anna. El 28 de julio, Bonfiglio le hizo una transferencia de cinco mil euros a Di Carlo.

—¿Sólo cinco mil?

—Sólo cinco mil.

—Pero para alguien como Di Carlo, acostumbrado a gastar con alegría, ¿cinco mil euros no son poco para un mes de vacaciones en Lanzarote, y encima acompañado de una chica? —preguntó Montalbano.

—Puede que le pidiese más dinero a otra persona —apuntó Fazio.

El comisario planteó el argumento que más le interesaba:

—Escuchadme bien. Nosotros, esta mañana, hemos cometido un error. Hemos considerado el homicidio de Di Carlo como un hecho relacionado con el asunto del incendio de la tienda y su desaparición. Pero me da en la nariz que eso no es así. Hasta hoy creíamos que teníamos dos casos que avanzaban en paralelo: por un lado los tres secuestros y por otro el homicidio. Y ahí puede estar nuestro error.

—Explícame por qué —pidió Augello.

—Hay una altísima probabilidad de que tanto los secuestros como el homicidio formen parte de la misma historia.

—¿De dónde lo sacas?

—Del hecho de que el autor de los tres secuestros, que ha sido siempre el mismo, haya utilizado el coche de Di Carlo.

—Pero ¿podría habérselo robado!

—¿Y por qué no habría denunciado el robo? —rebató Montalbano.

—¿Si estaba huido!

—No, Mimì, esa historia de la huida voluntaria ya la hemos descartado definitivamente esta mañana. No denunció el robo porque no pudo, puesto que el secuestrador ya lo había matado y lo había envuelto bien envuelto.

—¿Y luego por qué ha quemado el coche?

—Porque ya no le sirve. El Porsche de Di Carlo había hecho su último viaje.

—Que sería...

—El del traslado del cadáver de su dueño hasta donde ha sido encontrado.

—Entonces, ¿por qué pegar fuego al primer coche, el que le sirvió para los dos primeros secuestros?

—Mimì, te contesto aunque sé que puedo equivocarme de medio a medio: porque ése también sirvió de coche fúnebre.

En lugar de preguntar para qué víctima se había usado como coche fúnebre, Augello se quedó mudo y pensativo. Fazio se agarró la cabeza con las dos manos.

Al cabo de unos instantes, el comisario rompió el silencio:

—Estáis pensando los dos en la misma persona, ¿verdad? La gran ausente, una especie de fantasma que nadie ha visto. La chica de Lanzarote. La pieza que falta en el mosaico. Creíamos que no daba señales de vida porque era cómplice de Di Carlo, pero ahora sabemos que a él lo mataron hará una semana: ¿no sería lógico pensar que ella acabara igual?

—A ver, perdonadme —pidió Augello—, pero estoy harto de preguntas sin respuesta, de suposiciones que acaban desmontándose. ¿Tú dices, Salvo, que no conseguimos ver una perspectiva general del asunto? Bueno, pues para tener un punto de partida común dínos cómo lo ves tú.

—De acuerdo. Los tres personajes de esa perspectiva general son el supuesto secuestrador...

—¿A qué viene eso de llamarlo «supuesto»? —lo interrumpió el subcomisario—. ¡Ha perpetrado los tres secuestros!

—Es cierto. Pero raptar a esas tres chicas no era su fin último, su único objetivo era despistarnos. Empiezo otra vez. Los tres personajes principales son el supuesto secuestrador, que es un hombre inteligente, espabilado y amante del riesgo, Marcello Di Carlo y la chica de Lanzarote.

»Por algún motivo que desconocemos, el secuestrador siente un odio visceral contra Di Carlo. Mientras éste está de vacaciones, monta un plan que considera a prueba de bombas. Lo pone en marcha el mismo día en que la pareja vuelve de Lanzarote. Después de robar un coche con un maletero lo bastante grande, secuestra a la primera chica, la sobrina de Enzo. Luego hace lo mismo con la segunda, es decir, Manuela Smerca. Se trata de raptos sin pies ni cabeza, planeados aposta con la pista falsa de los bancos. ¿Hasta aquí todo claro?

—Clarísimo —respondió Augello.

—Luego, quizá en la casa de la chica de Lanzarote, se carga a la pareja. Me juego los cojones a que a ella no le descerrajó un tiro, sino que la mató a cuchilladas. Con las llaves que le quita a Di Carlo, se va a la tienda y le pega fuego, y deja la puerta del piso abierta también con la intención de confundir y hacer creer que ha sido cosa de la mafia. ¿De momento encaja todo?

—Encaja —dijo Augello.

—A continuación, se lleva el coche de Di Carlo, mete los dos cadáveres en el

maletero y los esconde en un lugar seguro. El de Di Carlo lo envuelve con celofán y el de ella, que debe parecer la tercera víctima del secuestrador, lo tira en algún lado. Y entonces tiene un tropiezo, porque nadie encuentra a la muerta, y se ve obligado a montar un secuestro alternativo, el de Luigia Jacono. Luego, como resulta que el cuerpo de la chica de Lanzarote sigue sin descubrirlo nadie, se deshace del de Di Carlo y si te he visto no me acuerdo. ¿Me he explicado bien?

—Estupendamente —respondió Mimì—. Sólo hay un problemilla: de los tres personajes principales, dos no tienen nombre ni cara.

—Para mí, el supuesto secuestrador empieza a tener una cara conocida —lo rebatió Montalbano.

—¿Se refiere a Bonfiglio? —intervino Fazio.

—Sí.

—Un momento —dijo Augello—. ¿Cuál sería el móvil de esos dos homicidios y de esos tres secuestros? ¡Y no me vengas con que Bonfiglio perdió la cabeza porque Di Carlo no le devolvió los cincuenta y cinco mil euros!

—Pues no, no te lo digo.

—¿Y entonces?

—Un hombre que hace lo que ha hecho el secuestrador actúa así porque lo domina un odio feroz.

—Pero ¡si Bonfiglio y Di Carlo eran uña y carne!

—El odio, Mimì, es la otra cara del afecto. No hace falta nada para darle la vuelta a la tortilla. ¿Y la carta que acabamos de leer nos cuenta que Di Carlo estaba completamente aterrado ante la idea de tener que ver a su amigo? En fin, vamos a dejarlo aquí. Ya hemos gastado mucha saliva. Yo ahora me voy a Montelusa a hablar con Pasquano. Nos vemos mañana por la mañana a las nueve y decidimos cómo actuamos con Bonfiglio.

—¿No sería mejor que a Pasquano lo llamaras por teléfono? —preguntó Augello—. No vaya a ser que no lo encuentres en su despacho...

—Si no lo encuentro, pues no lo encuentro. Pero, si consigo hablar con él en persona, podré apaciguarlo.

Detuvo el coche delante del Caffè Castiglione y compró una bandeja de seis *cannoli*. Pasquano era más goloso que un niño y con sólo ver el paquete se pondría de mejor humor.

No había tráfico, así que no tardó nada en llegar al Instituto Anatómico

Forense.

—¿Está el *dottore*? —le preguntó al ordenanza.

—En su despacho.

—¿Tiene alguna visita?

—No, está solo.

Llamó. No contestó nadie. Volvió a llamar. Nada. Entonces giró el pomo y entró.

—¿Quién le ha dicho que pase? —bramó Pasquano, que estaba sentado detrás de su mesa con un periódico en la mano.

—Perdone, me ha parecido oír «Adelante». Ya me voy, perdone las molestias —contestó el comisario con una cortesía desbordante, dejando bien a la vista el paquete.

Pasquano clavó los ojos en él raudo y veloz.

—Bueno, ya que está aquí... —musitó.

—Gracias —dijo Montalbano al instante.

Se sentó y se colocó el paquete encima de las rodillas.

Pasquano se puso nervioso.

—Hombre, así el paquete se le puede caer al suelo. Los *cannoli*... Porque son *cannoli*, ¿verdad?

—Sí.

—Los *cannoli* son muy frágiles. Déjelos encima de la mesa.

—Me los había comprado para mí, pero si quiere probar uno... —respondió Montalbano, acercándoselos.

Pasquano ni siquiera le contestó. Agarró el paquete, lo abrió, aferró un *cannolo* y empezó a comérselo.

—¡Exquisito! —exclamó al terminar, con los ojos cerrados y suspirando. Y a continuación preguntó, alargando la mano hacia la bandeja—: ¿Puedo?

—¡¿Cómo no?!

Pasquano se zampó el segundo *cannolo*. Luego se levantó, le tendió la mano al comisario y le dijo:

—Gracias por la visita.

Montalbano no se desanimó. Le estrechó la mano, recogió la bandeja con los cuatro *cannoli* restantes y empezó a envolverla despacio. A media operación, Pasquano se rindió:

—¿Había venido para preguntarme algo?

El comisario destapó de nuevo la bandeja y se la ofreció al *dottori*, cuya mano atacó fulminante como la cabeza de una serpiente y aferró el tercer *cannolo*.

—¿Ha trabajado con el cadáver de esta mañana?

—*Fí* —contestó Pasquano con la boca llena.

—¿Puede adelantarme algo?

Pasquano le hizo un gesto para que esperase a que se acabara el *cannolo*. Una vez concluida la operación, dijo:

—Perdone, pero tengo la boca seca.

Se levantó, se acercó a un armario, lo abrió con una llave que llevaba en el bolsillo, sacó una botella de marsala y, enseñándosela al comisario, preguntó:

—¿Le apetece un poquito?

—No, gracias.

Pasquano la dejó, junto con un vaso, encima de la mesa. Señal de que tenía claras sus intenciones con respecto a los tres *cannolis* supervivientes.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cuándo se produjo la muerte?

—Digamos que hace entre seis y ocho días.

—¿Cómo lo mataron?

—Confirmando lo que le he dicho por la mañana. Un disparo de arma de fuego en la nuca, la bala salió por el gaznate.

—Eso, si no me equivoco, quiere decir que la trayectoria fue descendente, ¿no?

—Nunca deja de sorprenderme: a pesar de su edad proveya, a veces le funciona la cabeza. Felicidades.

—Oiga, ¿es posible que el asesino lo obligara a arrodillarse antes de dispararle?

—Es posible.

—Entonces, ¿sería una ejecución mafiosa?

—¡Vamos, hombre!

—¿Lo pone en duda?

—Sí, porque el arma era de pequeño calibre, no de las que suele utilizar la mafia.

—¿Y usted entiende qué necesidad tenía el asesino de desnudarlo?

—No creo que fuera el asesino. Está haciendo mucho calor: yo diría que lo

sorprendieron de noche, mientras dormía desnudo.

—¿Por qué lo dice?

—Entre los dedos del pie izquierdo he encontrado un hilo minúsculo de tela de sábana.

—¿Tenía más heridas?

—No, pero hay una cicatriz vieja, en forma de zeta...

—Sí, lo sé. Se la vio Fazio y eso nos ha permitido identificarlo. ¿Quiere saber quién era?

—Me importa un carajo.

Para Pasquano, un cadáver era un cadáver.

Se hizo el silencio. Al cabo de un rato, el forense añadió:

—Se había metido en la cama sin ducharse.

Montalbano lo miró sin decir nada.

—Además del hilo de algodón, también he encontrado pelos pegados al cuerpo sudado.

—¿De mujer?

—Sí. Largos y rubios, y alguno de un color raro. La última noche, al menos, no la pasó solo.

13

Llegó a Marinella bastante pronto. Aún no era la hora de cenar, así que no fue a abrir el horno ni la nevera para ver qué le había preparado Adelina. No quería caer en la tentación.

Se sentó en el porche y encendió un pitillo.

La noche de septiembre tenía un aire arrullador y maternal. Había una luna tan redonda que parecía un balón de juego infantil suspendido en mitad del cielo.

La línea del horizonte estaba subrayada por las luces trémulas de los candiles.

Experimentó una ligera punzada de tristeza al darse cuenta de que, en otros tiempos, se habría dado un buen baño sin pensárselo dos veces. Ahora ya no.

Y hasta Livia... La última vez que la había visto había sentido una puñalada en el corazón. Las arrugas debajo de los ojos, las canas... Cuánta verdad había en los versos de aquel poeta que le gustaba:

Cómo pesa la nieve en estas ramas.

Cómo pesan los años en los hombros que amas.

[...]

Los años de la juventud son años lejanos.

Se estremeció. Estaba dejándose llevar por la autocompasión, que era sin duda el síntoma más claro de ancianidad. ¿O quizá era la soledad, que empezaba a pesarle más que la nieve en las ramas?

Iba a ser mejor concentrarse en el caso que tenía entre manos.

¿Cuál podía ser el motivo de que la amistad de Bonfiglio con Di Carlo se hubiera transformado en odio? A juzgar por las transferencias, hasta finales de julio la relación entre ambos era sólida, dado que Bonfiglio seguía prestándole dinero a Di Carlo. Sin embargo, según la carta escrita por Costantino, el 31 de

agosto Di Carlo estaba asustadísimo en el aeropuerto de Roma porque su amigo se había enterado del día de su vuelta a Sicilia. ¿Qué había sucedido entre julio y agosto para provocar la ruptura, o casi, de su amistad?

Un momento. La novedad en la relación entre los dos hombres era la presencia de la chica de Lanzarote, de la que Di Carlo se había enamorado. Siempre según Costantino, la joven tenía trato con Bonfiglio, ya que Di Carlo la había acusado de ser quien lo había informado de su regreso. Y no sólo eso, sino que debía de conocerlo bien, puesto que en el aeropuerto de Palermo fue a ver si los esperaba.

Así pues, quizá Bonfiglio decía la verdad al asegurar que Di Carlo no había querido revelar el nombre de su nueva novia y había sido precisamente esa actitud lo que lo había puesto sobre aviso.

Intrigado, había empezado una investigación personal para descubrir la identidad de la chica en cuestión. Lo había logrado y el 31 de agosto por la mañana había llamado a Di Carlo, o le había mandado un mensaje, para decirle que los esperaba en el aeropuerto, lo que había provocado en la pareja un pánico tremendo.

Eso quería decir que la muchacha, al irse con Di Carlo, había traicionado a Bonfiglio, que debía de haberse enamorado de ella tanto como Di Carlo. Si de verdad habían ido así las cosas, era un buen motivo para que la amistad se transformase en odio.

Llegado a ese punto, decidió que se merecía un premio. Se levantó y fue a la cocina. En la nevera encontró un plato de *antipasti* de la tierra, y en el horno, una doble ración de berenjenas a la parmesana.

Mejor no podía concluir la jornada.

Al día siguiente, Montalbano llegó a la comisaría a las nueve y cuarto por culpa del tráfico. Informó de inmediato a Augello y a Fazio de lo que le había contado Pasquano y de las conclusiones a las que había llegado por la noche.

—Yo también me dediqué a pensar en todo este asunto largo y tendido ayer por la noche —dijo Augello—. Tal como están las cosas, tus sospechas sobre Bonfiglio están bastante justificadas, pero no tenemos la más mínima prueba. Cualquier abogado desmontaría las acusaciones como un castillo de naipes.

—¿Y qué propones?

—Yo no propongo nada. Sólo te digo que seas prudente al interrogar a Bonfiglio. Vamos, que lo trates como a una persona informada de los hechos, no

como a un probable asesino.

—Mimì, no puedo pasar por alto sus embustes.

—Sí, vale, pero...

La puerta del despacho se abrió de golpe y fue a estamparse contra la pared con tal porrazo que los tres dieron un respingo en la silla.

—Pido *comprinsión* y *pir*... —empezó Catarella.

Sin embargo, no pudo acabar la frase, porque lo apartó una joven que entró en la habitación. Era Michela Racco, la sobrina de Enzo, el de la *trattoria*.

Con la cara tan roja como una llamarada, alteradísima, anunció:

—¡He visto al hombre que me secuestró!

Fazio y Augello se levantaron de un brinco.

—¿Dónde? —preguntó Montalbano.

—Iba en coche. Ha entrado en el aparcamiento de la comisaría.

Mimì y Fazio salieron corriendo del despacho.

—Me había detenido en el semáforo y otro coche se ha puesto a mi lado. El que conducía era él, estoy segura, por poco me pongo a chillar.

Volvió Mimì Augello.

—Perdone —dijo, dirigiéndose a la joven—, pero no ha podido verle la cara, ¿verdad?

—No, pero la gorra, el pañuelo, las gafas de sol que lleva...

—¿Dónde está? —preguntó Montalbano.

—En la sala de espera. Es la persona a la que habíamos citado.

—Gracias —le dijo el comisario a Michela—. Y le ruego que no le mencione este episodio a nadie, ni siquiera a sus padres.

—Pero ¿por qué va así Bonfiglio? —le preguntó Montalbano a Augello.

—Porque tiene treinta y ocho de fiebre —contestó el subcomisario.

—Ya. Dile a Fazio que lo haga pasar.

—Voy. Pero te pido que lo pienses bien. Si es el asesino, ¿a ti te parece lógico que se presente en comisaría con el uniforme de secuestrador?

—¿Y si fuera de verdad el secuestrador y se hubiese puesto el uniforme, como dices tú, para que alguien como tú sacase precisamente esa conclusión? —replicó Montalbano.

Bonfiglio llevaba la gorra en la mano, se había quitado las gafas de sol y el pañuelo le colgaba a los dos lados del cuello. Estaba claro, por el enrojecimiento

de la piel de la cara, que tenía fiebre.

Fazio se sentó en la butaca y las dos sillas de delante de la mesa las ocuparon Bonfiglio y Mimì.

Montalbano decidió aprovechar la debilidad momentánea del recién llegado y empezó con un buen mazazo:

—Tengo que darle una noticia que aún no ha trascendido. Una mala noticia. Hemos encontrado a su amigo Marcello Di Carlo asesinado de un tiro en la nuca.

Bonfiglio se estremeció, cerró los ojos y empezó a agitarse tanto que Augello, instintivamente, alargó una mano para evitar que se cayera de la silla.

—Dios mío —dijo—. Dios mío.

A continuación se pasó las manos por los ojos anegados en lágrimas y se las limpió en los pantalones. Por último, abrió los párpados, suspiró profundamente y miró fijo al comisario.

«Una interpretación perfecta. A lo mejor espera hasta un aplauso», pensó éste, admirado.

—¿No nos pregunta quién ha sido?

Bonfiglio hizo un gesto con la mano como para alejar esa idea.

—Sería inútil. La mafia. Ya le había dicho yo que pagara el *pizzo*, pero él...

—Para su información, debo decirle que una serie de circunstancias nos han llevado a descartar que haya sido la mafia.

—Pero ¿dónde lo han matado?

«Esa pregunta es un punto en tu contra —se dijo Montalbano—. Tendrías que haber dicho: “Si no ha sido la mafia, ¿quién ha sido?”»

—Muy probablemente en casa de su novia, mientras dormían —contestó.

Y entonces Bonfiglio hizo una pregunta que para los tres hombres presentes tuvo el mismo efecto que una bomba:

—¿Y Silvana?

Mientras Fazio y Augello se miraban extrañados, Montalbano recordó de golpe que aquel nombre ya se lo había mencionado Luigia Jacono.

Si contestaba a esa pregunta, dejaba las riendas del juego en manos de Bonfiglio, el cual, con suma habilidad, había mostrado la carta adecuada en el momento adecuado.

Había que evitarlo.

—A propósito de Silvana —dijo—, ¿cuándo descubrió que Di Carlo se había enamorado de su novia y que ella le correspondía?

Bonfiglio no demostró la más mínima sorpresa.

—A principios de julio, Silvana se marchó a Tenerife y nos telefoneamos a diario, tanto en julio como en agosto, pero...

—Perdone que lo interrumpa. ¿Por qué no se fue de vacaciones con ella?

—Por la enfermedad de mi hermana. No quería alejarme de Sicilia.

—Prosiga.

—Al principio, cuando Marcello me contó que se había enamorado de una chica cuyo nombre no quería revelarme, no sospeché. También es verdad que Silvana fue muy hábil, no demostró el más mínimo cambio con respecto a mí. Incluso se mostró más... amorosa, eso es. Luego un día me llamó durante las vacaciones y tuve como una iluminación. Aquella extraña coincidencia de que los dos hubieran decidido irse a las Canarias... Y entonces lo confirmé.

—¿Cómo?

Bonfiglio intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—He leído en algún lado que, cuando uno se enamora, la cabeza se le ralentiza. Y, en efecto, Silvana no cayó en la cuenta de que sabía en qué hotel de Tenerife estaba. Telefoneé y me dijeron que había dejado la habitación el último día de julio.

—¿Fue un mazazo?

—Confieso que me lo tomé muy mal, una doble traición es difícil de soportar y de perdonar.

—Y usted ni olvidó ni perdonó, por lo que parece.

Bonfiglio lo miró con cara de desconcierto.

—¿A qué se refiere?

—A que nos ha mentado varias veces.

—¡¿Yo?!

—Si sigue negándolo, será peor. Se lo digo por su propio bien. Nos aseguré que no había visto a Di Carlo a su vuelta de Lanzarote. ¿Se reafirma?

—Pero...

—¿Se reafirma, sí o no?

Bonfiglio no contestó de inmediato. Estaba muy concentrado. Luego suspiró con fuerza y dijo:

—Lo vi el mismo día de su regreso. Estaba con Silvana. Fui a esperarlos al aeropuerto de Palermo.

—Sabemos cómo pasó. Llamó a Di Carlo y le reveló que estaba al tanto de

todo. ¿Qué sucedió en Palermo?

—Estaba furibundo, lo reconozco. Me habían engañado. Ella había seguido llamándome y mandándome mensajitos amorosos mientras se corría una juerga con mi mejor amigo, que, por otro lado, si había podido reunirse con ella había sido gracias a un préstamo mío. ¡Me habían tomado por un imbécil, a saber lo que se reirían a mi costa!

—Tengo una curiosidad: ¿también le dio dinero a Silvana para que se fuera de vacaciones?

—No, fue con sus ahorros, o al menos eso me dijo. Claro que ahora, viendo cómo fue todo, estoy casi seguro de que se lo agenciaría a saber cómo.

—Prosiga.

—Estaba loco de rabia. Insulté a Marcello, que sabía perfectamente que yo con Silvana...

Se interrumpió casi avergonzado.

—¿Se había enamorado?

—No lo sé, quizá. Lo cierto es que se lo había contado a Marcello en confianza, le había revelado que Silvana me resultaba más indispensable cada día que pasaba...

—¿Lo amenazó?

—No, de ningún modo.

—¿Le pidió que le devolviera los préstamos?

—Ni se me pasó por la cabeza.

—¿Qué hacía Silvana mientras ustedes dos discutían?

—Lloraba, apartada.

—¿Y luego?

—Luego, por miedo a no saber controlarme, subí al coche y me marché.

—¿Por qué nos ocultó ese encuentro?

—Porque, cuando me convocaron, alguien había incendiado la tienda de Marcello, que había desaparecido. Me daba miedo que, si se enteraban de que tenía claras razones para guardarle rencor, de que lo odiaba, llegaran a imaginarse que...

—Entendido. De hecho, señor Bonfiglio, tengo el deber de advertirle de que se encuentra en una situación difícil.

—¿Qué pretende decir?

—Ni más ni menos que lo que he dicho. Elija: ¿seguimos o solicita la

presencia de su abogado?

Bonfiglio no se lo pensó ni un momento.

—Si no están tomando notas, quiere decir que no es un interrogatorio, así que no me hace falta ningún abogado.

—Gracias. ¿Sabría decirme hasta cuándo se quedó en Palermo, en casa de su hermana?

—Hasta el día siguiente del encuentro con Marcello. Por fin volvió a Italia mi cuñado, que es militar y estaba en una misión en el exterior, de modo que mi presencia dejó de ser necesaria.

—¿Y adónde fue?

—Vine a Vigàta.

—Pero la otra vez nos dijo...

—La otra vez mentí.

—¿Y por qué ahora no?

—Porque me ha dicho que estoy en una situación difícil. Es mejor que les diga la verdad.

—¿Qué hizo una vez aquí?

—Me pasé dos días encerrado en casa sin ver a nadie. Quería calmarme para recuperar la lucidez y encontrar una forma de vengarme.

—¿Y luego?

—Luego, la noche del segundo día, me subí al coche y me fui a casa de Silvana. El Porsche de Marcello estaba aparcado detrás de la verja. Entonces se me ocurrió una idea. En una gasolinera de autoservicio llené dos latas de gasolina y volví a mi casa. La noche siguiente, pasadas las dos, fui otra vez a casa de Silvana. Quería romper un cristal del Porsche, echar la gasolina dentro y prenderle fuego. Pero el coche ya no estaba...

Se detuvo.

—¿Y entonces? —preguntó el comisario.

—Quiero ser sincero del todo, por mucho que lo que voy a decirles ahora me... En fin, quemar el coche me pareció un gesto inútil. Quería verlos juntos... Tenía las llaves de casa de Silvana. Cogí una de las latas, abrí la verja y entré en el vestíbulo sin hacer ruido; no tuve necesidad de encender la luz, porque conozco muy bien la casa. Luego recorrí el pasillo y llegué al dormitorio, pero no entré, me quedé un rato allí y al final comprendí que no había nadie.

—Entonces, ¿no llegó a entrar en el dormitorio?

—Se lo repito: no entré.

—¿Cómo dedujo que no había nadie si, como ha dicho, no encendió la luz?

—Mire, eran casi las tres de la madrugada, no pasaban coches, el silencio era absoluto... La respiración de dos personas dormidas tendría que haberse oído, ¿no? Además... había algo que... no sé cómo decirlo... algo que notaba... no sé... un olor raro, dulzón... inquietante. Me marché.

Se interrumpió. Se levantó y dio un paso adelante. Luego volvió atrás y se dejó caer de golpe en la silla. Hundió la cabeza entre las manos, miró a los ojos al comisario y dijo:

—Es difícil que me crean, ¿verdad?

Montalbano contestó con otra pregunta:

—Cuando se acercó al dormitorio con la lata de gasolina, ¿su intención era quemarlos vivos?

La respuesta fue inmediata y firme:

—No.

—Explíquese.

—Una cosa es pegar fuego a un coche, por muy caro que sea, y otra muy distinta quemar a dos seres humanos.

—¿Qué pretendía hacer?

—Empapar la cama de gasolina y dejar que me vieran con una cerilla encendida en la mano. Quería que me suplicaran que no les hiciera nada, quería que se arrastraran a mis pies, que se humillaran...

—¿Y con eso se habría quedado satisfecho?

—Creo que sí.

—Pasemos a otros temas. ¿Usted tiene un arma?

—Sí. Una Beretta 7,65.

—¿Con licencia?

—Naturalmente.

—¿La lleva encima?

—No. La llevo sólo cuando voy con el muestrario.

—Nos han contado que Di Carlo era muy celoso de su coche y no lo prestaba, sólo a usted en algunas ocasiones. ¿Es cierto?

—Sí.

—Pero ¿usted no tiene vehículo propio?

—Sí, pero el de Marcello impresionaba más a las chicas.

—¿Usted tiene una única cuenta bancaria o varias?

—Tengo tres. La personal en el Credito Marittimo. Las otras dos, en las que deposito las cantidades de la venta de las joyas, están en el Banco Siculo y la Banca di Credito.

—Curioso.

—¿Por qué?

—A tres jóvenes que trabajaban en esos tres bancos las han secuestrado.

—¿Le parece curioso? Si lo comprueba, descubrirá que somos centenares los clientes de...

—¿Conoce a Luigia Jacono?

—Desde luego. Aunque no como empleada de banca, sino como ex de Marcello.

—¿Conoce personalmente a Manuela Smerca y a Michela Racco?

—Sí, trabajan en la Banca di Credito y en el Banco Siculo, respectivamente. Bromeo con ellas a menudo. ¿Eso a qué viene?

—Dos de las chicas no han descartado la posibilidad de que fuera usted quien las raptó. Como ve, yo también pongo las cartas sobre la mesa.

Esa vez, Bonfiglio se echó a reír.

—¿Y por qué iba a ponerme a raptar jovencitas?

Montalbano prefirió no contestar.

—Le agradecería una precisión. Durante los días en los que permaneció en casa, ¿no salió nunca?

—Nunca.

—¿Se quedó sin comer?

—No tenía apetito, pero no me quedé sin comer.

—¿Pidió algo a domicilio?

—No, tenía conservas, colines, galletas saladas, ese tipo de cosas.

—¿Tuvo visitas?

—No quería ver a nadie.

—Sus vecinos no...

—No creo que advirtieran mi presencia.

—Pero ¿por la noche encendería las luces!

—Prefería quedarme a oscuras.

—¿Recibió llamadas telefónicas?

—Deje que recuerde... Sí. Una sola, de mi asesor fiscal, la mañana misma de

mi regreso a Vigàta.

—La cosa no pinta bien. No tiene ninguna coartada.

—Me doy cuenta.

—¿Y se da cuenta también de que ha perdido a Silvana por el camino?

Bonfiglio lo miró extrañado.

—¿Cómo dice?

—Cuando le he dicho que a Di Carlo lo habían asesinado probablemente en casa de la chica, ha preguntado: «¿Y Silvana?» Luego no ha vuelto a sacarla a colación. ¿Por qué?

—Ha sido usted, con sus preguntas, el que...

—¿Cómo se llama Silvana de apellido?

—Romano.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—¿Dónde la conoció?

—En el despacho de mi asesor fiscal.

—¿Dónde vive?

—En la via Fratelli Rosselli, 2.

—¿Por qué no vamos?

14

La propuesta, quizá por su carácter repentino e imprevisto, sorprendió a los presentes, que se quedaron en silencio unos instantes. Montalbano vio claramente cómo se dibujaba una expresión negativa en el rostro de Bonfiglio.

El primero en reaccionar fue Fazio, que dijo:

—Cabemos todos en un solo coche. ¿Vamos en el mío o en el de Gallo?

—En el tuyo.

Antes de salir de la comisaría, Bonfiglio, que ya parecía resignado al desplazamiento, se caló la gorra y se echó el pañuelo alrededor del cuello. Fazio se sentó al volante con Augello al lado, Bonfiglio y Montalbano se instalaron detrás.

Bonfiglio explicó que la via Fratelli Rosselli se encontraba del lado contrario a Marinella, era una calle que en un primer tramo discurría paralela a la playa y luego viraba a la izquierda y se adentraba en el campo, para subir por una pequeña loma en la que estaba la villa Ricciotto, ocupada por sus propietarios sólo en verano.

Dentro del terreno había una casita para los guardeses, pegada a la gran verja de la entrada. La vivienda, de una sola planta, estaba formada por una sala de estar, un comedor, una cocina, un dormitorio y un baño.

Silvana Romano la alquilaba desde hacía cinco años, ya que el guardés se había instalado en la villa propiamente dicha.

—¿Silvana tiene coche? —preguntó Montalbano.

—No.

—¿Y cómo va a trabajar?

—Hay una parada del autobús de la circunvalación y, además, tiene un ciclomotor.

—¿Dónde lo guarda?

—Por las noches lo mete dentro y cierra la verja con llave. Por esta calle pasa poquísima gente. De noche, la verdad, no se ve ni un alma. Sería facilísimo robárselo.

—La noche en que entró en la casa, ¿el ciclomotor estaba aquí?

—Sí, estaba.

Llegaron, bajaron. La casita parecía un juguete agrandado. Al lado de la puertecita había una ventanita con los postigos cerrados y una reja pintada de verde.

—¿Tiene llaves? —preguntó Montalbano.

—Sí —contestó Bonfiglio—. También de la verja.

—¿Y eso?

—Ni a Silvana se le ocurrió pedírmelas ni a mí devolvérselas.

Sacó del bolsillo un gran llavero, eligió un llavín, le dio cuatro vueltas en la cerradura, hizo lo mismo con una llave Yale y por fin la puerta de la casa se abrió.

—Un momento —dijo Fazio.

Y repartió guantes a todos.

—Pasa tú primero —le ordenó Montalbano.

—¿Enciendo la luz o abro los postigos?

—Enciende todas las luces.

—Pueden pasar —dijo el inspector jefe menos de cinco minutos después.

En el recibidor había un perchero, un espejo, una butaquita y una rinconera, encima de la cual se veía un jarrón con flores de plástico.

Justo delante de la puerta empezaba un pasillo. Montalbano observó de inmediato las manchas oscuras del suelo.

—Cuidado con pisarlas. Creo que son de sangre.

—No me encuentro bien —dijo Bonfiglio, y se detuvo.

—Ánimo —replicó Augello, y lo hizo avanzar de un empujón.

La primera habitación a mano derecha era un comedor, y la de la izquierda, una sala de estar con un sofá cama.

Todo en perfecto orden.

Luego, también a mano izquierda, estaba la cocina, limpia como una patena, y más allá el baño.

La última habitación, a mano derecha, era el dormitorio, donde las cosas cambiaban radicalmente.

—Yo no entro —dijo Bonfiglio con voz aguda en cuanto vio cómo se presentaba el cuarto.

Y se quedó en el pasillo, mirando la pared. Se le había puesto la cara roja como un tomate.

En el dormitorio había, paralelo a la cama de matrimonio, un armario con un espejo. También una mesita con otro espejo y cremas, perfumes y tarros.

Se encontraron dos sillas volcadas a ambos lados de la cama, a los pies: en una había ropa de hombre, y en la otra, un vestido y la ropa interior de una mujer.

También estaba en el suelo la lámpara de la mesita de noche más próxima al armario.

La cama...

La pareja, sin duda alguna, dormía desnuda y sin taparse con una sábana. Las últimas noches había hecho un calor sofocante.

Una mitad de la cama presentaba una amplia mancha de sangre justo debajo de la almohada. Montalbano fue a mirarla de cerca.

Distinguió el agujero de la bala que había matado a Di Carlo y que debía de haber quedado incrustada en el colchón. La postura en la que dormía el hombre era lo que había provocado la trayectoria descendente del proyectil, no lo habían obligado a arrodillarse.

En la otra mitad de la cama, donde dormía Silvana, se veían tantas manchas de sangre minúsculas que parecía que las hubieran rociado. En cambio, había abundante sangre en el espacio existente entre la mesita de noche y el armario. No sólo se había acumulado en el suelo, sino que había manchado incluso las paredes y el espejo.

Pero ¿cómo la habían matado? De un tiro no, seguro, porque no había indicios de ello, y tampoco los había de cuchilladas, dado que en ese caso la sangre habría sido copiosa y lo habría puesto todo perdido.

Montalbano volvió al lado en el que había dormido Di Carlo.

—¿Llevas una linterna? —le preguntó a Fazio, que se la dio.

El comisario se arrodilló después de asegurarse de que no había manchas y se agachó para mirar debajo de la cama.

Lo primero que vio fue un casquillo. Era, sin duda, el de la bala disparada contra Di Carlo.

A continuación distinguió un rectángulo blanco que le pareció un sobre. Se metió un poco más debajo de la cama. Era en efecto un sobre, en el que se leía:

GIORGIO BONFIGLIO
VIA RAGUSA, 6
VIGÀTA (MONTELUSA)

No lo tocó. Se arrastró hacia atrás para salir y levantarse.

Fazio y Augello lo miraron interrogativos, pero no quería decir nada que pudiera oír su acompañante.

—Aquí no hay nada más que ver. Venid conmigo.

Salieron al pasillo. Bonfiglio estaba apoyado en la pared, con los ojos cerrados. Era evidente que tenía mucha fiebre y hacía un esfuerzo para sostenerse en pie.

—¿Quiere irse a casa por hoy? —le preguntó Montalbano.

—Si pudiera ser...

—Conteste a algunas preguntas y dejo que se vaya. Que usted sepa, ¿Silvana tenía asistenta?

—Prefería ocuparse de la casa ella sola, pero todos los sábados por la mañana venía una señora para hacer una buena limpieza.

—¿Sabe cómo se llama?

—Grazia. Pero desconozco el apellido.

—¿Tenía llaves de casa?

—Lo dudo.

—Gracias por su colaboración. Fazio, acompaña al señor a comisaría para recoger su coche y luego vuelve. Por el camino, avisa a quien haga falta. Mimì, ve tú también y quédate en comisaría. Si te necesito, te llamo.

Lo siguieron hasta la entrada. En cuanto salieron los tres, Montalbano cerró la puerta.

Sentía la necesidad de quedarse solo para comprender todo lo que tenía que contarle la habitación de la muerte.

Fue a buscar una silla de la sala de estar, la llevó hasta el umbral del dormitorio, se sentó y analizó con calma la escena que tenía delante. Era como si contemplara una escenografía montada en un teatro, pero todavía sin actores.

Y entonces empezó a imaginarse cómo podía haberse producido el homicidio.

Marcello y Silvana cenaron en casa... ¿Seguro?

No, no estaba seguro.

Se levantó, fue a la cocina. En el fregadero, dos platos y dos vasos puestos a secar... Claro que eso no quería decir nada, podían haberlos lavado hacía mucho... Abrió un mueble bajo. Había encontrado el cubo de la basura. Levantó la tapa y lo asaltó el olor a putrefacción. Restos de espaguetis y de un pollo asado, las mondaduras de una pera y una manzana...

Sí, habían cenado en casa.

Volvió a sentarse. Luego debieron de ver un rato la televisión y después se acostarían. Se desnudaron, hicieron el amor, se durmieron.

Ya de madrugada, el asesino entró en la casa sin hacer el más mínimo ruido. Seguramente llevaba en la mano la maletita que... Un momento.

¿Cómo entró?

En la puerta, y eso ya lo había observado en un primer momento, no había ningún indicio de que hubieran forzado la cerradura. Además, Bonfiglio había abierto con suma facilidad. En conclusión, el asesino contaba con llaves originales o copias bien hechas.

Pero ¿cuántos pares de llaves de aquella casa circulaban por ahí?

Se levantó, fue al recibidor. Se había fijado en el bolso de Silvana, colocado encima de la butaca, lo cogió y lo abrió. Dentro, entre otras cosas, había un llavín y una llave Yale unidos por un aro de metal. Había también una tercera llave que debía de ser la de la verja. Fue a probarlos a la puerta, funcionaban. Volvió a meterlos en el bolso, regresó al dormitorio y se sentó.

Al cabo de un instante se levantó, se acercó a una de las sillas volcadas, se agachó para recoger los pantalones de Di Carlo, rebuscó en los bolsillos y encontró el llavín, la llave Yale y la tercera, correspondiente a la verja, pero ningún otro llavero.

Y, sin embargo, Di Carlo debía de llevar encima las llaves de su casa, de la tienda y del Porsche. Si no estaban, era porque el asesino se las había llevado.

Pero ¿por qué había dejado las de casa de Silvana?

Muy sencillo: porque ya las tenía, no le hacían falta duplicados.

Sólo a modo de ejemplo, alguien como Bonfiglio no las habría necesitado.

Volvió a sentarse. Al asesino, inmóvil en la oscuridad del recibidor, no quiso ponerle la cara de Bonfiglio. Para eso aún era demasiado pronto; en aquel momento sería un error que podría hacerlo descarrilar.

Pero una cosa era segura: a pesar del intenso calor que hacía aquellos días incluso de noche, el asesino llevaba chaqueta.

Porque le servía para ocultar el arma del crimen, la pistola, y la gran linterna que le permitía ver bien.

La linterna era imprescindible. Por mucho que conociera la vivienda, no sabía en qué lado de la cama dormía Marcello y en cuál Silvana.

El asesino, que ha dejado la maletita en la entrada, avanza despacio, pasito a pasito, por el pasillo. Tiene todo el tiempo del mundo. Y no enciende la luz en ningún momento.

Entonces llega a la silla donde está sentado Montalbano y se detiene.

Ahora lleva la linterna en la mano, la enciende, proyecta la luz al interior del dormitorio, se graba en la cabeza la posición de las sillas y la de las dos personas dormidas, la apaga.

Avanza al ralentí por la parte inferior de la cama, alarga una mano, toca la silla donde está la ropa de Di Carlo, la aparta, camina hasta la cabecera, toca la mesita de noche. Se detiene.

Oye la respiración regular de la pareja.

«La respiración de dos personas dormidas tendría que haberse oído, ¿no?»

¿No había dicho precisamente eso Bonfiglio?

Ahora el asesino se pasa la linterna a la mano izquierda y con la derecha saca la pistola, ya preparada para disparar. Se ha encargado de amortillarla antes de entrar, para evitar que se oyera el chasquido.

Enciende la linterna, acerca la pistola a la nuca de Marcello, que duerme boca abajo. Aprieta el gatillo, apaga la linterna.

La detonación despierta a Silvana, que se encuentra en la más absoluta oscuridad y no entiende nada de lo que sucede. Asustada, pregunta:

—Marcello, ¿qué ha sido eso?

Al asesino no le da tiempo a encender la lámpara de la mesita de noche, de un buen salto pasa por encima del cuerpo de Marcello; después de tirar la pistola encima de la cama, con el brazo derecho extendido y la mano cerrada, golpea a la muchacha de lleno en la cara, le provoca una hemorragia nasal. La sangre salpica. Silvana se levanta de un brinco, pero el asesino, con dos puñetazos, la estampa contra la pared entre la mesita de noche y el armario.

Una violenta patada en el vientre la hace resbalar por el suelo, el asesino la agarra del pelo, la obliga a levantarse, con una mano la sujeta y con la otra le propina un mazazo tras otro, disfrutando cada vez que su puño la golpea y casi se hunde en su carne.

Y la brutal paliza continúa, continúa hasta que el asesino cae exhausto sobre

el cuerpo de la muchacha, ya sin vida, y se queda así unos momentos, jadeante, como si acabara de hacer el amor...

Alto ahí.

Vuelve sobre lo que te has imaginado.

El asesino dispara, apaga la linterna, pasa de un salto por encima del cadáver de Marcello...

Pero ¿por qué hace eso?

Podría dejar la linterna encendida, apuntar a la chica con la pistola y descerrajarle un tiro... O, si no, sin dejar de apuntarla, ir hasta ella rodeando la cama y luego empezar a...

¿Por qué prefiere matarla con sus propias manos?

¿Y por qué no quiere perder ni un segundo antes de tener en su poder o, mejor dicho, en el poder de sus manos, la carne de Silvana?

Quizá porque está ávido de esa carne o quizá porque no puede reprimir el deseo de destruirla...

Así pues, si su reconstrucción es acertada, el propósito del asesino no era matar a Marcello; Marcello era simplemente un obstáculo que había que eliminar, o saltar, para ser más exactos, para llegar al verdadero objetivo: Silvana.

Sigamos.

El asesino se levanta, enciende la luz, lleva desde el principio guantes de látex, se mira en el espejo del armario. La sangre de Silvana le ha manchado chaqueta, camisa, pantalones y zapatos.

Recupera la pistola y la linterna y las mete en una bolsa de plástico que ha llevado. Se quita los guantes y se los guarda en el bolsillo.

Luego vuelve al recibidor, abre la maletita, extrae todo el contenido: unos pantalones, una camisa, unas zapatillas de deporte, una toalla, otro par de guantes. Mete dentro la bolsa de plástico y la chaqueta que acaba de quitarse.

Se pone los guantes nuevos, apaga la luz del recibidor, abre las dos hojas de la puerta. El coche está como lo ha dejado: con el maletero pegado a la entrada. Lo abre y lo deja así, corre al dormitorio, carga el cadáver de Silvana y lo mete en el maletero, que ha forrado con hojas de celofán para evitar que se manche demasiado de sangre. Hace lo mismo con el de Marcello.

Cierra con llave el maletero y la puerta de la casa desde dentro, va a buscar las llaves de la tienda, la casa y el coche de Marcello, entra en el baño, se mira al espejo. Coge la toalla del recibidor, abre el grifo con la mano protegida por la

propia toalla, pero no se lava la cara, se limpia las manchas de sangre una a una, pasándose una esquina de la toalla humedecida.

Luego vuelve al recibidor, se quita los zapatos, la camisa y los pantalones y los mete en la maletita. Se viste con la ropa limpia.

Hace un recorrido por la casa, abre los cajones del armario, del escritorio pequeño de la sala de estar, de las dos mesitas de noche... Reúne todas las fotografías en las que aparece Silvana sola o en compañía, las cartas, las postales, cualquier documento... Todo acaba dentro de la maletita.

No sólo tiene que desaparecer el cuerpo de Silvana, sino que debe perderse cualquier rastro suyo, hasta su recuerdo debe evaporarse. Tiene que ser como si nunca hubiera pisado la faz de la Tierra.

Cierra la maletita, abre la puerta, apaga la última luz, recoge la maletita, sale, cierra con las dos llaves, abre el coche, coloca la maletita en el asiento de atrás, se sienta al volante, arranca.

Sigue siendo noche cerrada. Tiene tiempo de volver y llevarse el coche de Di Carlo.

Montalbano se levantó, cogió la silla, la devolvió a la sala de estar. Y allí se detuvo a pensar.

Lo lógico sería que el asesino no hubiera envuelto el cadáver de Di Carlo con celofán en la habitación en la que lo había matado, sino en un lugar seguro, donde controlara perfectamente la situación. Ahora bien, teniendo en cuenta que...

Estaba tan absorto que el ruido del interfono le hizo pegar un respingo. Fue a abrir. Era Fazio.

—¿Has avisado al circo ambulante?

—Sí, jefe, pero, al no haber cadáveres, a Pasquano no lo he llamado. El fiscal Tommaseo está de vacaciones, en su lugar viene el *dottorPlatania*.

Fueron a sentarse en la sala de estar. Fazio miró al comisario y sonrió.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dispara.

—¿Qué hay debajo de la cama?

—¿Cómo has sabido que había algo?

—Por la cara que ha puesto.

—Hay un casquillo de bala.

—¿Y ya está?

—No, también hay un sobre y probablemente el sobre contenga una carta.

—¿Ha podido ver a quién iba dirigida?

—Sí, a Giorgio Bonfiglio.

—¡Coño! ¿Y la ha leído cuando se ha quedado solo?

—No.

—¿Ah, no?

—Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que esa carta sea papel mojado.

—Pero ¿qué dice?!

—Piénsalo. Bonfiglio tenía las llaves de este piso, podía ir y venir cuando quisiera.

—Sí, es verdad. —Fazio hizo una pausa y luego volvió a la carga—: ¿Y cuál sería ese uno por ciento que daría cierto valor a la carta?

—La fecha del matasellos. Si se escribió en los ultimísimos días de agosto, querría decir que Bonfiglio la recibió a principios de septiembre. Y constituiría la prueba de que estuvo aquí cuando Marcello y Silvana ya habían vuelto de Lanzarote.

—Pero ¿si él mismo nos ha dicho claramente que vino una noche con una lata de gasolina!

—Sí, pero dejando muy claro que no entró en el dormitorio, que se quedó delante de la puerta. Por eso, si la fecha encaja, y sólo en ese caso, Bonfiglio tiene que decirnos si vino dos veces o, en el caso de que sólo viniera la noche de la lata de gasolina, explicarnos cómo pudo salir volando el sobre, recorrer toda esa distancia y girar a la derecha desde la puerta, donde se había quedado él, hasta acabar debajo de la cama.

Fazio cambió de tema:

—Usía me dijo que a Silvana debían de haberla matado con seguridad a cuchilladas. En cambio, por lo que parece, la mataron a golpes. ¿Por qué pensó en un cuchillo?

—Fue una especie de asociación de ideas. Se me ocurrió al ver las heridas de arma blanca que le infligió el secuestrador a Luigia Jacono, y también por el hecho de que a Di Carlo lo mataran de un disparo. La disparidad de tratamiento refleja sentimientos distintos del asesino hacia las dos víctimas: venganza contra Di Carlo, odio puro contra Silvana. Con la chica, el asesino quería tener la

satisfacción de matarla con sus propias manos, de sentirla morir.

Sonó el interfono. Fazio fue a abrir y volvió al poco rato.

—Han llegado todos, la científica y el *dottor* Platania. ¿Me voy con ellos?

—Sí, muy bien.

Al cabo de unos minutos entró en la sala de estar Platania.

Montalbano y él se conocían y se profesaban simpatía.

—¿Quiere explicarme de qué va esta historia tan tremenda? No tengo ninguna información.

El comisario tardó una hora en contárselo todo. Luego regresó Fazio.

—Los de la científica han terminado.

—¿Han descubierto la carta de debajo de la cama? —preguntó Platania.

—Sí.

—Tráigamela, por favor.

Fazio fue y volvió con una bolsa de plástico en cuyo interior se distinguía un sobre. Se la entregó al fiscal, que la abrió, sacó la carta, miró la dirección del destinatario y la leyó.

—Lleva membrete de la joyería Ermès de Milán. Anuncian a Bonfiglio que la presentación de las nuevas piezas reservada a los representantes tendrá lugar los días 29 y 30 de septiembre. La carta lleva la fecha del 29 de agosto.

Metió el papel en el sobre, lo guardó en la bolsa de plástico y se la tendió a Fazio.

—Vaya a devolvérsela.

El uno por ciento de probabilidades que había calculado Montalbano se había hecho realidad y tal vez había sellado el destino de Bonfiglio.

15

Una vez que los de la científica terminaron de hacer fotografías, tomar notas y demás maniobras y se marcharon, Platania propuso a Montalbano y a Fazio quedarse un poco más en casa de Silvana para acordar el mejor modo de actuar con Bonfiglio.

—El hecho de que aún no se haya encontrado el cadáver de Silvana limita mucho el campo de acción del caso —lamentó el fiscal—. El único elemento relativamente sólido que tenemos en su contra es la carta encontrada debajo de la cama. Está fechada el 29 de agosto, pero, aunque la cosa parece poco probable, siempre puede sostener que la recibió el 31 por la mañana, vino aquí justo después por un motivo cualquiera y luego se marchó a Palermo con tiempo suficiente para recibir a la pareja a su llegada de Lanzarote. La carta tiene su peso, eso es innegable, pero no basta para decantar la balanza decisivamente en su contra.

En efecto, Platania no se equivocaba.

—¿Qué propone? —preguntó Montalbano.

—De momento, atenemos estrictamente al reglamento, para que no haya protestas. Esta tarde mismo haré que le entreguen una notificación conforme está siendo investigado y le adviertan de que debe elegir un abogado, que deberá ponerse en contacto conmigo de inmediato.

—¿Y luego?

—A continuación pediré interrogarlo y, al mismo tiempo, enviaré una orden de registro de su casa y otra de incautación de su coche.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Con toda la carnicería que organizó, espero que podamos encontrar alguna prenda de ropa manchada de sangre. Y, de paso, la científica podrá comprobar si en el maletero...

—Perdone, pero creo que el registro será inútil. Bonfiglio ha tenido todo el tiempo del mundo para deshacerse de la ropa que llevaba cuando los mató y para hacer desaparecer cualquier rastro de sangre del coche.

—Voy a intentarlo de todos modos. Montalbano, ¿me ha dicho que Bonfiglio ha abierto con un juego de llaves propio?

—Sí.

—¿Se ha encargado de confiscárselo?

Se le había pasado por alto completamente.

—Me he...

—Ya está hecho —anunció Fazio, sacándolas del bolsillo—. Se las he requisado cuando lo he acompañado.

De vez en cuando, a Montalbano el «ya está hecho» habitual de Fazio no le provocaba urticaria.

—Si hacemos lo que pide Platania —empezó Fazio mientras llevaba al comisario a la *trattoria*—, nos quedaremos sepultados debajo del papeleo y perderemos un montón de tiempo.

—Pero mientras tanto podemos ir avanzando —rebatía Montalbano.

—¿Cómo?

—El cadáver no lo envolvió en casa de Silvana y sin duda tampoco en la suya del pueblo. Hay que enterarse de si tiene acceso a algún almacén o algún garaje aislado, o incluso una segunda residencia... Es una investigación muy importante que puedes hacer esta misma tarde.

La persiana de la *trattoria* estaba a medio bajar. Desde luego, era tardísimo.

—¿Hay alguien? —preguntó el comisario, agachándose.

—Ya voy, *dottore* —dijo Enzo desde dentro, al reconocer su voz.

Y levantó la persiana.

—Perdona la molestia, pero ¿estoy aún a tiempo de comer algo?

—Mi señora y yo estábamos sentándonos a la mesa. Será un honor que almuerce con nosotros.

En cuanto acabó, se fue directamente a la comisaría. Eran las cuatro pasadas.

—¿Está el *dottor* Augello?

—Se *incuentra in situ*, *dottori*.

—Mándamelo.

Informó al subcomisario de la existencia de la carta y de la decisión de

Platania. Cuando acabó, Augello torció el gesto.

—¿Hay algo que no te convence?

—Esa historia de la carta no me cuadra.

—Explícame el motivo.

—El motivo es la naturaleza de Bonfiglio. Tú lo describes como una persona lúcida, con la cabeza muy bien amueblada, que calcula los pros y los contras de todos sus movimientos. Y yo, que lo conozco desde hace tiempo, estoy de acuerdo.

—¿Y qué?

—Pues que, incluso admitiendo que perdiera la carta, ¿cómo es posible que, siendo como es, no se haya dado cuenta de que no la tenía? Porque, en ese caso, lo primero que se le habría pasado por la cabeza es que se le podía haber caído en casa de Silvana. Y te pregunto: ¿por qué no volvió a por ella? Tenía todo el tiempo y más.

—Tus observaciones son acertadas si perdió la carta el 31 de agosto, cuando Di Carlo y Silvana volaban hacia Roma. En cambio, si se le cayó la noche en que fue a la casa con una lata de gasolina o para asesinarlos, le habría resultado imposible volver a buscarla, porque habría corrido un riesgo enorme.

—Puede, pero un error tan burdo como ése no me cuadra en Bonfiglio.

—Pues lo cometió.

Entonces entró Fazio.

—*Dottore*, como tengo un amigo en la oficina tributaria provincial, lo he llamado. No consta que Bonfiglio tenga más propiedades, aparte del piso en el que vive.

—¿Para qué querías saberlo? —preguntó Augello.

—Un sitio donde envolver el cadáver tiene que tenerlo...

Mimì se echó a reír.

—¡Vamos, hombre! Si te das una vuelta por ahí verás decenas de antiguas casas de campo abandonadas y medio derrumbadas donde hacerle tranquilamente la autopsia a un muerto sin que nadie te moleste.

Era muy cierto. Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría en la línea un *signor* que no he *intendido* cómo se llama y que dice que es un novato y quiere contárselo personalmente en persona.

—Pero ¿un novato en qué?

—Yo eso no lo sé, *dottori*.

Al comisario se le acabó la paciencia.

—Pásamelo.

—¿Oiga? ¿El *dutturi* Montalbano? —preguntó una voz en dialecto—. Soy Novato, Micheli Novato.

—Un momento, por favor.

Tapó el micrófono con la mano y le preguntó a Fazio:

—¿Tú conoces a un tal Michele Novato?

—Sí, jefe. Es uno del Ayuntamiento, el responsable del vertedero de Piano Leone.

El comisario conectó el altavoz.

—Dígame.

—*Dutturi*, soy el encargado del...

—Sí, lo sé. ¿Qué ha pasado?

—Pues que hace nada, mientras estaba la excavadora trabajando aquí en el basurero, de repente se ha reventado una bolsa y ha aparecido un cadáver.

—¿De hombre o de mujer?

—El cadáver está en muy mal estado, *dutturi*, a saber el tiempo que lleva ahí. La mitad sigue aún dentro de la bolsa. Por el pelo, yo diría que es una mujer.

No habría sabido explicar por qué, pero Montalbano tuvo la certeza inmediata y absoluta de que habían encontrado el cuerpo sin vida de Silvana.

—Vamos ahora mismo.

—Si no soy indispensable —dijo Augello—, prefiero no ir. Cada vez que paso cerca de Piano Leone me entran ganas de vomitar.

—Muy bien.

—Espere aquí un momento —pidió Fazio.

Salió y volvió al rato con un par de botas de pescador anchas y de goma verde. Llevaba otro igual en la mano y se lo tendió al comisario.

—Póngaselas y meta las perneras de los pantalones por dentro, como he hecho yo.

El vertedero de Piano Leone, que estaba justo en el límite del territorio de Vigàta y el de Montereale, ofrecía servicio a cinco localidades y, antes incluso de convertirse en un basurero enorme, ya era un pedregal aislado y desolado donde sólo crecían matojos de sorgo entre los cantos, absolutamente

incultivable, abandonado incluso por las liebres y apto únicamente para las serpientes.

Desde entonces, para compensar, se había visto poblado por nutridas cantidades de animales, como ratas grandes como gatos, jaurías de perros hambrientos y centenares y centenares de gaviotas, que habían vendido su majestuosa dignidad para convertirse en mendigas miserables.

Antes incluso de aparecer ante sus ojos, el vertedero ya se hizo sentir por el olor.

—Cierre la ventanilla —dijo Fazio, que iba al volante.

Montalbano obedeció y a continuación se puso la mascarilla blanca que le ofrecía el inspector jefe.

«Cuando esté viejo y necesite que me cuiden, ficharé a Fazio», se dijo.

Novato, un hombre robusto y bigotudo de unos cincuenta años, los esperaba en la entrada principal.

—El cadáver no está en este lado. Si me llevan, se lo enseño.

Rodearon el vertedero durante casi un kilómetro y en un momento dado Novato dijo:

—Vamos a parar aquí.

Bajaron. Era como encontrarse en la orilla de un lago hundido, un lago compuesto no de agua, sino de una materia fangosa y humeante.

De hecho, aquí y allá columnas de humo negro y denso surgían de un mar gris de bolsas de basura, en su mayor parte reventadas, de las que asomaba, para apestar el aire, todo tipo de restos posibles e imaginables que parecían capaces de propagar infecciones con sólo mirarlos.

—Ya sé que no les apetece nada, pero tenemos que bajar —dijo Novato—. Síganme.

Un poco más adelante había una especie de sendero excavado entre dos colinas de basura. Lo recorrieron en fila india. Montalbano tenía miedo de resbalar y acabar con la cabeza metida en toda aquella inmundicia.

Por fin llegaron a una explanada donde había una excavadora prácticamente metida en un montículo formado por bolsas. Un hombre vestido con un mono fue a su encuentro.

—Éste es Vanni, el operario de la excavadora —lo presentó Novato.

—¿Cómo se ha dado cuenta de lo que había? —preguntó Montalbano.

—Había llenado la pala —explicó Vanni— cuando una bolsa se ha roto en el aire y he visto que salía primero una masa de pelo rubio y luego medio torso.

Entonces he bajado la pala de modo que la bolsa del cadáver se quedara encima.

—Vamos a ver —dijo el comisario.

—Pero ¿usía la quiere ver de cerca o desde la cabina? —preguntó Vanni.

—De cerca.

—Entonces espere un poco.

Vanni se dirigió a la excavadora, la puso en marcha y empezó a ir marcha atrás poquito a poco. Finalmente, el vehículo salió del montículo de bolsas. Montalbano y Fazio, seguidos por Novato, se acercaron. El comisario distinguió de inmediato un mechón violeta entre la melena rubia de la muerta, lo que dispuso sus posibles dudas.

A pesar del avanzado estado de descomposición, las marcas de los terribles golpes recibidos se distinguían perfectamente.

La cara estaba tan hinchada que costaba hacerse una idea de cómo había sido: daba la impresión de que el asesino hubiera querido borrarle los rasgos faciales. Lo mismo podía decirse de los pechos, del tórax, reducidos a un amasijo de carne informe.

Y suerte que el resto del cuerpo seguía dentro de la bolsa, porque si no habría sido difícil no apartar la vista.

Fazio se alejó varios pasos, dio la espalda a los demás y vomitó.

Luego volvió al lado del comisario.

—¿Aviso a todo el mundo?

—Sí, pero diles a los de la científica que se traigan el grupo electrógeno. Dentro de nada nos quedamos a oscuras.

Fazio empezó a hacer las llamadas de rigor. Novato dio permiso a Vanni para que se marchara y se encendió un pitillo.

El comisario también tenía ganas de fumar, pero le daba miedo quitarse la máscara. Miró con cierta envidia a Novato, que debía de ser un hombre inteligente, porque lo entendió.

—A todo se hace uno, *dutturi*. A la vida y a la muerte, a la peste y a la mierda.

Habría podido llamar a Gallo y pedirle que fuera a buscarlo, para los del circo ambulante no era necesaria su presencia, bastaba la de Fazio. Sin embargo, le parecía feo irse, era como hacerle una ofensa más a aquella pobre muchacha que, por mucho que se hubiera portado mal, no se merecía, por descontado, ni la muerte horrible que había sufrido ni aquella deshonra atroz una vez en el otro barrio.

Claro que, pensándolo bien, ¿por qué se había portado mal?

¿Cuál era su culpa?

¿Haberle puesto los cuernos a Bonfiglio?

¿Y qué?

No había hecho más que dejarse llevar por la naturaleza. Bonfiglio le llevaba más de treinta años y Di Carlo era prácticamente de su edad. Con los mensajitos amorosos que le mandaba desde Lanzarote, más que engañarlo, Silvana había pretendido ganar tiempo, que no sospechara hasta su vuelta, cuando por fin Di Carlo encontraría la mejor forma de aclararlo todo y de revelarle que se habían enamorado y querían casarse.

No obstante, las cosas se habían torcido y Bonfiglio, loco de rabia, se había ido al aeropuerto para...

No, ahí había algo que no cuadraba.

¿Loco de rabia?

¿Seguro?

Bonfiglio había hablado de una doble traición. De la amistad y del amor. Así, por lógica, en el aeropuerto debería haberla tomado tanto con Marcello, traidor a la amistad, como con Silvana, traidora al amor. En cambio, lo agredió a él y no le dirigió ni una palabra a ella, que, según lo que les había dicho, se quedó a un lado, llorando.

No, no era un comportamiento natural. La escena referida por Bonfiglio no se sostenía.

¿Cómo podía ser?

Había una explicación posible. Se había obligado lúcidamente a mantener esa actitud y lo había conseguido incluso al descargar la rabia contra Di Carlo: no dirigirse nunca a Silvana, no hacerle caso, no verla, ya que, de tener un mínimo contacto con ella, aunque sólo fuera verbal, habría sido incapaz de contenerse y su odio habría estallado incontenible, rugiendo como un volcán.

A lo mejor habría llegado a matarla delante de todo el mundo, allí mismo, en el aeropuerto.

Le pasó a toda velocidad entre los pies algo que interrumpió sus pensamientos. Pegó un salto. Novato se rió.

—Era una rata —dijo—. Ahora que cae la noche empiezan a salir. Si nos quedamos aquí, se nos comerán vivos. Será mejor que ustedes dos se metan en el coche.

¿Y dejar que aquel pobre cadáver acabara destrozado? ¿Cuánto tenía que

seguir sufriendo después de muerta?

—Pero esas ratas podrían...

—Por el cadáver no se preocupen, yo me quedo. Ahora enciendo el motor de la excavadora, así el ruido las mantiene a raya.

Encontrarse de nuevo en la orilla del lago fue como regresar de un paseo por el infierno.

Se metieron en el coche con las ventanillas subidas. Poco a poco, el comisario vio esfumarse la última luz del día y en ese momento recordó una vieja comedia de un autor italiano que contaba que el nuevo diluvio universal no llegaría con el agua del cielo, sino que los retretes y las cloacas regurgitarían toda la inmundicia que les habían echado durante siglos y los hombres morirían así, ahogados en sus propias aguas residuales. En aquel momento le había parecido fantasioso; de repente, ya no estaba tan seguro.

Cuando volvieron a la comisaría ya habían dado las diez.

Pasquano tan sólo se había dignado a decirles que la muerte se había producido como mínimo una semana antes y hasta él, delante de aquel cadáver martirizado, se había sentido en el deber de no soltar ni un taco.

Los de la científica no habían tenido nada que hacer, más que llevarse la bolsa. Era una formalidad; encontrarían todas las huellas que quisieran y más.

Por su parte, Platania informó a Montalbano de que Bonfiglio había recibido el aviso, había contratado al abogado Laspina y habían acordado que el interrogatorio tendría lugar al día siguiente a las nueve y media de la mañana en casa del interesado, dado que todavía tenía algo de fiebre.

—¿Mi presencia es necesaria? —preguntó el comisario.

—Desde luego. De hecho, sería preferible que el interrogatorio lo llevara sobre todo usted, que ya ha hablado con él. Esta vez, sin embargo, instruiremos un atestado.

—¿Y qué hay de la orden de registro?

—La he descartado. Me han convencido sus argumentos. Sería una pérdida de tiempo.

—Convendría no difundir la noticia del hallazgo del cadáver —dijo Montalbano—, al menos hasta después del interrogatorio de Bonfiglio.

—Estoy de acuerdo.

Puso los pies en Marinella después de las once. No estaba en condiciones de

comer nada, tenía claro que en cuanto se metiera un bocado en la boca lo echaría.

En cambio, sentía una necesidad imperiosa de lavarse a fondo. Se dio una buena ducha y luego fue a sentarse en el porche, con el whisky y el tabaco a mano.

Quería reflexionar sobre cómo convenía interrogar a Bonfiglio. No cabía la más mínima duda de que el malestar que había mostrado en casa de Silvana era auténtico. Precisamente porque ya había liberado su odio, porque se había vaciado por completo, regresar al lugar donde había matado a dos personas le resultaba insoportable. Así pues, podía empezar por devolverlo a la tensión nerviosa de la mañana, cuando se había negado a entrar en el dormitorio. Y repetir, por tanto, el desarrollo del otro interrogatorio, cuando antes que nada le había dado la noticia del hallazgo del cadáver de Di Carlo. Con la diferencia de que esa vez se trataría de Silvana, su último gran amor, de modo que su reacción sería completamente distinta. Por Marcello había llorado lágrimas de cocodrilo, por Silvana las derramaría de verdad, sobre todo si sabía describirle las condiciones en las que había quedado el cuerpo de la muchacha.

Sonó el teléfono. Fue a contestar creyendo que sería Livia, pero se encontró con la voz del abogado Guttadauro, hombre muy próximo a la mafia que tenía con él modales ceremoniosos.

—¡Queridísimo *dottore*! Hace tantísimo tiempo que no tenía el placer de oír su voz que no me he resistido a llamarlo a pesar de la hora que es. ¿Cómo se encuentra, amigo mío?

—Pues bien, gracias. ¿Y usted?

—No puedo quejarme. Me imagino que llevará usted unos días muy ocupado con el homicidio de ese pobre comerciante, Di Carlo... Por la televisión han dicho que se ha encontrado el cadáver, ¿es cierto?

—Sí. Lo mataron de un tiro en la nuca.

—¿Eso quiere decir que se trata de una ejecución con sello mafioso?

—Es lo que quieren hacernos creer.

—Comprendo. Usted, con esa inteligencia tan aguda que lo caracteriza, no se ha fiado de las apariencias.

—No, no me he fiado.

—No lo dudábamos. Nunca hay que fiarse de las apariencias. ¡Es una regla que hay que seguir en todo momento!

Esa primera persona del plural indicaba que no hablaba sólo a título

personal. Montalbano consideró que la conversación ya había durado demasiado.

—Muy bien, abogado, ahora que ha tenido el placer de oírme...

—Perdóneme, queridísimo amigo, no lo entretengo más. Buenas noches.

—Lo mismo digo.

Por boca del abogado, la mafia había decidido advertirle de que no tenía nada que ver con la muerte de Di Carlo. Claro que eso él ya lo sabía desde el primer momento.

Pero ¿por qué había insistido en lo de las apariencias? ¿Qué había querido decir?

16

A la mañana siguiente, Platania llegó a la comisaría a las nueve en punto acompañado de un individuo vestido por completo de negro y con gafas gruesas que se llamaba Garofalo e iba a ser el encargado de instruir el atestado.

El comisario le pidió permiso al fiscal para que los acompañara Fazio, que no asistiría al interrogatorio, aunque se quedaría en las proximidades por si lo necesitaban.

—¿Teme alguna reacción violenta por parte de Bonfiglio?

—En absoluto. Pero puede resultarnos útil.

Platania no tuvo nada que objetar.

No quedaba nada que acordar, de modo que subieron a los coches y se marcharon.

El número 6 de la via Ragusa, que era una calle bastante céntrica, correspondía a un edificio antiguo de cuatro plantas reformado de manera integral hacía unos años.

No había portero y tampoco ascensor.

—Bonfiglio vive en el segundo —informó Fazio.

Subieron. En cada piso había dos puertas. Fazio llamó a la de Bonfiglio y casi de inmediato les abrió un hombre de unos cincuenta años, muy delgado, rubio y bastante elegante.

—Adelante.

Una vez en el recibidor, el hombre se presentó como el abogado Emilio Laspina. Montalbano había oído hablar bien de él.

—Aunque sigue con mucha fiebre, mi cliente no ha querido posponer este encuentro. Desearía que su disponibilidad se tuviera en la consideración que merece. Sígueme, por favor.

El piso tenía habitaciones muy grandes, ventanas amplias, el techo alto, el

pasillo ancho.

Una construcción de otra época, de cuando el espacio no se medía en centímetros y las paredes eran gruesas y sólidas. El salón estaba decorado con muebles de buen gusto.

Era evidente que la salud de Bonfiglio había empeorado, y lo mismo podía decirse de su sistema nervioso.

Saludó a los recién llegados con un movimiento de la cabeza, pero no abrió la boca; le temblaba la barbilla.

—¿Cómo nos colocamos? —preguntó Laspina.

—Usted y su cliente —contestó Platania— pueden sentarse en el sofá, el *dottor* Montalbano y yo nos pondremos en esas dos butacas contiguas, Garofalo puede ocupar esa silla y utilizar la mesita de al lado.

—Antes de empezar —intervino el comisario—, sería oportuno que el señor Bonfiglio nos entregara la pistola que posee, según lo declarado en un encuentro precedente.

—Teníamos prevista esa petición —contestó el abogado—. Y mi cliente me la ha entregado a mí. Se encuentra en esa funda de la mesita. Por lo que me consta, nunca ha disparado un solo tiro.

—Eso lo dictaminará la científica. Fazio, custódiala tú y espéranos en el recibidor —dijo Montalbano.

Fazio la recogió y se marchó.

Una vez acomodados todos, el comisario observó que en aquella habitación había un silencio absoluto; el ruido de la calle no llegaba a traspasar las paredes y el edificio mismo parecía deshabitado.

Platania, una vez indicados los preliminares de rigor a Garofalo, con una mirada pasó el balón a Montalbano.

—Señor Bonfiglio... —empezó éste.

—Un momento —lo interrumpió el abogado Laspina—. A mi cliente se le ha hecho llegar una notificación conforme está siendo investigado de resultados de un interrogatorio en el que no se instruyó ningún atestado. Y todo eso, por otro lado, sin la presencia de un abogado. Fue un procedimiento irregular. Así pues, hay dos posibilidades: o se repite el interrogatorio precedente, pero esta vez instruyendo atestado, o no se instruye tampoco en este segundo interrogatorio.

Desde el punto de vista legal, la observación del abogado era impecable, pero eso significaba que debían empezar de cero. Montalbano tuvo una inspiración.

—En el primer caso, será necesario repetir también una inspección ocular de la casa de la señorita Romano e instruir un atestado —dijo.

Fueron palabras mágicas. Bonfiglio, ante la idea de regresar a aquella vivienda que tanto lo perturbaba, se removió en el sofá, se puso colorado y dijo a Laspina:

—Yo a esa casa no vuelvo ni muerto.

El abogado lo miró algo extrañado, pero Bonfiglio había tomado una decisión.

—Quiero acabar con esta historia cuanto antes —aseguró con voz firme— y me importa un pepino si instruyen un atestado o no. Escritas o no, las cosas son como son. Si los señores desean interrogarme, estoy a su disposición.

El abogado se dirigió a Platania:

—¿Puedo retirarme a otra habitación con mi cliente? Tengo que deliberar con él.

Bonfiglio se adelantó a la respuesta del fiscal:

—Es inútil, no voy a cambiar de idea.

Resignado, el abogado se encogió de hombros:

—Si así lo desea mi cliente...

—Empecemos, pues —dijo Platania.

La noche anterior, Montalbano se había preparado un esquema mental de cómo proceder, pero la actitud de Bonfiglio lo animó a probar otro camino.

—Señor Bonfiglio, voy a pedirle una aclaración. Es la siguiente: me gustaría que nos relatará todo lo que sucedió entre usted, Marcello Di Carlo y Silvana Romano en el aeropuerto de Palermo la tarde del 31 de agosto.

—Pero ¡si ya se lo he contado!

—Nos lo ha contado someramente. Ahora me gustaría que nos lo repitiera, pero con todos los pormenores, con los detalles que pueda recordar, las palabras exactas que se dijeron...

Bonfiglio cerró los ojos como para concentrarse mejor y empezó a hablar sin abrirlos.

—Sabía que para ir de Palermo a Vigàta iban a tener que coger un taxi...

—¿Iba armado?

Bonfiglio abrió los ojos de golpe.

—No llevaba ningún arma encima. Me parece que ya le había dicho que sólo voy armado cuando tengo conmigo el muestrario.

—Prosiga.

—Los esperé en el aparcamiento. Los vi salir mirando a todas partes.

—¿Fue usted el que se les acercó?

—No, me mantuve donde estaba. Me vieron casi al momento y, después de decirse algo el uno al otro con nerviosismo, se dirigieron hacia mí. Silvana iba aferrada a él, literalmente; estaba blanca como el papel y andaba a trompicones, era evidente que tenía miedo.

—¿Usted y ella discutían mucho cuando eran pareja?

—De vez en cuando, como todo el mundo.

—¿Le pegó alguna vez?

Bonfiglio contestó en tono desdeñoso:

—En la vida he pegado a una mujer.

—Entonces, ¿por qué motivo tenía tanto miedo en ese momento?

—Porque esa vez había hecho algo muy gordo e intuía que yo estaba en un estado en el que hasta entonces jamás...

—¿Puede ser más concreto?

—Estaba completamente fuera de mis casillas.

Sudaba. Se secó la cara con un pañuelo, se perdió en algún pensamiento.

—Continúe.

—Perdone. Yo no me había movido, ellos se detuvieron delante de mí. Entonces Silvana dijo: «Giorgio, te lo pido por favor», o algo parecido. Y se echó a llorar. Y yo le contesté: «Quítate de en medio, puta, que de ti me encargo luego.» Acto seguido, Marcello...

—¿Está repitiendo las palabras exactas que le dijo?

—¡No lo sé! ¿Cómo quiere que me acuerde textualmente...? En lugar de «puta» puede que la llamara «zorra», pero en esencia...

—Prosiga.

—Acto seguido, Marcello la apartó y me dijo que me comportara civilizadamente, pero yo estaba...

—Deténgase ahí. ¿Tuvo oportunidad de hablar luego con Silvana, la insultó, discutió con ella?

—No, ni siquiera volví a mirarla. Como ya le dije, en un momento dado, para evitar llegar a mayores con Marcello, me subí al coche y me marché.

—En el interrogatorio precedente declaró que había vuelto a Vigàta al día siguiente y que durante dos días se había quedado encerrado en esta casa, sin

salir ni una sola vez. ¿Lo confirma?

—Sí.

—Sin embargo, nadie, ni siquiera sus vecinos, está en condiciones de corroborar sus declaraciones.

—No hay portero y tampoco se oyen las pisadas del piso de arriba...

—De acuerdo. Usted afirma haber recibido una única llamada telefónica durante esos tres días. ¿Quiere aclararlo?

—No hay nada que aclarar. Salí de Palermo a las nueve y media y dos horas después estaba aquí. No había acabado de deshacer la maleta cuando sonó el teléfono. Era mi asesor fiscal, que se disculpó porque se había equivocado de número.

—¿Por qué recuerda esa llamada sin importancia a pesar del tiempo transcurrido?

—La recuerdo porque justo después desconecté el teléfono fijo y apagué el móvil para no tener que hablar con nadie más. No creo que mi asesor fiscal se acuerde, pero pueden comprobarlo. De todos modos, no veo la importancia de esa llamada.

—Deje que eso lo decidamos nosotros —terció Platania—. ¿Cómo se llama ese asesor fiscal?

—Virduzzo. Alfredo Virduzzo.

Montalbano pegó un brinco.

¡Virduzzo!

¡Vaya, menuda coincidencia! ¿Y por qué no había vuelto a dar señales de vida? ¿Qué había sido de él? ¿No había dicho que iba a escribirle una carta?

Y entonces, de repente, Montalbano recordó que había oído decir a alguien que Bonfiglio había conocido a Silvana en el despacho de su asesor fiscal.

Sin ser consciente siquiera del motivo, le pareció importante corroborarlo:

—¿A Silvana la conoció en el despacho de Virduzzo?

—Veo que está bien informado. A principios de año murió mi antiguo asesor fiscal, el señor Deluca, y me recomendaron a Virduzzo. Fui a verlo y le...

—¿Qué puesto ocupaba Silvana?

Bonfiglio esperó unos segundos antes de contestar.

—Oficialmente, era una de las tres empleadas.

—¿Qué significa «oficialmente»?

—Que era mucho más.

—¿Era la amante de Virduzzo?

En los labios de Bonfiglio se dibujó una leve sonrisa. Dijo que no con la cabeza.

—¡Qué va!

—Bueno, explíquese mejor.

—Mire, Silvana, que era pariente lejana suya, se quedó huérfana a los quince años. Era hija única. Entonces Virduzzo, que siempre ha sido un hombre solitario y esquivo, es decir, huraño, la acogió en su casa de forma completamente inesperada, la ayudó a terminar los estudios, empezó a tratarla y a quererla como a una hija. La llamaba «la luz de mi vida». Y esa relación, con el paso del tiempo, se ha mantenido siempre...

Se interrumpió.

—¿Siempre...? —preguntó Platania.

—Iba a decir que se ha mantenido siempre inalterada, pero en realidad no es del todo cierto. De hecho, sufrió un cambio.

—Aclare eso —pidió Montalbano.

—Bueno, en un momento dado, el idilio se acabó. Fue cuando Silvana empezó a tener los primeros amoríos, las primeras historias... Virduzzo tenía miedo de que alguien se la arrebatará. La consideraba como algo suyo. La pobre Silvana tenía que recurrir a subterfugios increíbles para lograr un poco de libertad...

—Pero ya no vivía en casa de Virduzzo...

—Fue él mismo quien le alquiló una casita cuando terminó la carrera. Aunque iba siempre que le venía en gana. De hecho, tenía llaves.

—¿Virduzzo estaba al tanto de su historia?

Bonfiglio se quedó callado un momento antes de contestar.

—Silvana iba con mucho cuidado, pero no puedo descartar que algo llegara a sus oídos. Lo que explicaría por qué alguna que otra vez me vi obligado a salir de allí precipitadamente en plena noche, debido a la aparición inesperada de Virduzzo.

—¿Y usted, señor Bonfiglio, por qué no quería que Virduzzo se enterase de su relación?

—Comisario, tengo sesenta y dos años, dos menos que él. Silvana tenía treinta y seis. ¿No le parece un buen motivo? Virduzzo habría puesto el grito en el cielo si...

—¿Sabe que hemos encontrado el cadáver de Silvana?

Bonfiglio palideció de golpe. Un leve temblor empezó a sacudirle todo el cuerpo.

Apretó los dientes y no dijo nada.

—El asesino le propinó una paliza bestial a base de patadas y puñetazos y luego, después de haberla matado tan despiadadamente, se deshizo del cadáver arrojándolo a un vertedero. Para recuperarlo, hemos tenido que arrebatárselo a las ratas. Literalmente.

Había cargado las tintas adrede.

Bonfiglio echó todo el cuerpo hacia delante y se agarró la cabeza con las manos mientras salía de su boca un lamento grave y prolongado.

Luego murmuró algo indistinguible.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Platania.

—Ha dicho que se arrepiente —dijo Laspina.

—¿De qué? ¡Díganoslo! —insistió Platania.

Bonfiglio se serenó, lo miró y contestó con esfuerzo:

—Me arrepiento de haber hecho aquella...

Se detuvo de golpe. Movi6 la cabeza de un lado a otro varias veces para recuperar cierta lucidez.

—Me arrepiento de haberle deseado todo el mal posible.

Montalbano calculó que había llegado el momento adecuado de disparar el cañonazo:

—¿Sabría decirme qué días se celebrará en Milán la reunión de los representantes de la casa Ermès?

Bonfiglio lo miró at6nito.

—¿Qué ha dicho?

El comisario repitió la pregunta.

—Por lo general se celebra a finales de septiembre.

—¿Y este año?

—No se lo sabría decir, porque aún no he recibido la carta de la convocatoria. Pero ¿qué me está preguntando?

—¿No la ha recibido? —insistió Platania.

—No, aún no.

—¿Está seguro?

—Le digo que...

—Resulta que el comisario Montalbano ha encontrado esa carta —continuó

Platania.

—Ah, ¿dónde?

—Mire usted por dónde, debajo de la cama en la que asesinaron a Di Carlo y a la chica.

De repente, Bonfiglio se levantó de un salto. Se había puesto tan rojo que parecía que le estuviese dando una apoplejía.

—¡Enséñemela! —gritó.

—No puedo, la tiene la científica.

—¡Miente! ¿Por qué quieren destrozarme la vida? ¡Yo esa carta no la he visto nunca! ¡Dios mío! No comprendo por qué... Ustedes...

Lo abandonaron las palabras, se le doblaron las piernas, se balanceó violentamente hacia delante y hacia atrás y se habría caído al suelo desmayado si Montalbano no lo hubiera sostenido a tiempo.

—Se ha acabado el interrogatorio —dijo Laspina, alterado.

Bajaron la escalera en silencio.

Montalbano estaba confundido e incómodo.

Había llegado a aquella casa con la esperanza de que el interrogatorio resultara decisivo y salía con un montón de dudas. Y es que con frecuencia había oído en las palabras de Bonfiglio el sonido claro de la verdad y no el falso de la mentira.

—Un momento —dijo cuando, ya en el portal, pasaron por delante de la hilera de buzones.

Encima del cuarto decía «Bonfiglio». Metió la mano por la rendija, tiró y se abrió la puertecita. No había cerradura. Cualquiera podría haberse llevado las cartas que hubiese dentro.

Una vez en la comisaría, Platania, antes de volver a Montelusa, quiso hablar con Montalbano a solas.

—De camino hacia aquí —dijo—, he recibido una llamada de la científica. Tanto en el sobre como en la carta misma hay una buena cantidad de huellas superpuestas que impiden distinguir ninguna con claridad. Es un punto en nuestra contra.

—Eso es lo de menos —contestó el comisario—. Lo que más me ha impresionado ha sido la actitud de Bonfiglio.

—¿En qué sentido?

—Mire, podría haber pillado al vuelo el pretexto que le ha ofrecido su abogado y no lo ha hecho, no se ha negado en ningún momento a contestar a nuestras preguntas. ¿Ha querido arriesgarse? No creo, hasta el jugador más temerario sabe que el riesgo tiene sus límites.

—Entonces, ¿cómo procedemos?

—Vamos a ganar tiempo. Podemos decirle al abogado, si usted está de acuerdo, que esperaremos a que su cliente se recupere por completo para retomar el interrogatorio.

—Me parece una buena idea.

Como la noche anterior no se había visto capaz de comer nada, llegó a la *trattoria* con un hambre de lobo, para enorme satisfacción de Enzo, que se esforzó al máximo.

Cuando se levantó de la mesa, se sentía pesado. Salió de la *trattoria* y vio que había algo de viento. Permaneció indeciso un momento y luego llegó a la conclusión de que aquel día el paseíto era absolutamente necesario. Lo dio más despacio de lo habitual, deteniéndose a cada tanto para observar las grandes olas que rompían contra la escollera.

Se sentó en la roca plana y trató de encender un pitillo sin conseguirlo, ya que el viento apagaba el encendedor. Renunció y empezó a pensar en la situación.

Era inútil negarlo: había salido esa mañana con la firme convicción de que Bonfiglio era el asesino y ahora, en vez de haberlo confirmado, lo asaltaban las dudas.

El motivo era que le había asignado una conducta imaginaria. Por ejemplo: estaba convencido de que en el aeropuerto no le había dicho nada a Silvana y en realidad sí había hablado con ella.

Otro ejemplo: estaba más que seguro de que, con respecto a la carta, Bonfiglio iba a argumentar que la había perdido la noche en que había ido a casa de Silvana con la lata de gasolina y que luego había sido el asesino, sin darse cuenta, el que la había empujado debajo de la cama. Era una táctica defensiva posible, pero en lugar de eso Bonfiglio había negado incluso haberla recibido.

No decía un embuste difícil de rebatir, sino que tal vez decía una verdad casi imposible de comprobar.

Claro que, a juzgar por las apariencias...

¿Qué había dicho el abogado Guttadauro?

Nunca hay que fiarse de las apariencias.

¿Y si resultaba que la mafia sabía lo que había pasado en realidad, sabía quién era el asesino y había querido advertirle de que estaba equivocándose de camino?

Se levantó de la roca más confuso que convencido.

Y luego, para ser absolutamente sincero, había habido una frase de Bonfiglio que lo había golpeado como un mazazo. Cuando le había dicho que habían encontrado el cuerpo de Silvana y en qué estado, habría esperado cualquier cosa de él menos las palabras que había dicho: «Me arrepiento de haberle deseado todo el mal posible.»

No eran palabras propias de alguien que ha matado a una chica con sus propias manos.

Encendió el motor, pero en lugar de arrancar se quedó quieto.

Estaba desorientado, no sabía qué hacer.

Quizá, reconoció a regañadientes, tenía razón Pasquano cuando le decía que estaba demasiado viejo y había llegado el momento de jubilarse. Pero no podía dejar el caso a medias. Tenía que seguir. Y, como se había acordado de Pasquano, decidió ir a hablar con él.

17

Media hora después entraba en el Instituto Anatómico Forense.

—¿Está el *dottore*?

El ordenanza a cargo de la centralita debía de estar durmiendo con los ojos abiertos, porque al oír la voz de Montalbano pegó un respingo en la silla y tardó unos instantes en situarse.

—Aún no ha vuelto.

El señor *dottore* vivía bien. Quizá, como perdía el sueño en el Círculo, después de comer echaba una cabezadita.

Decidió esperarlo fuera fumándose un pitillo y en la misma puerta estuvo a punto de darse de bruces con él, que le cedió el paso con una reverencia.

—¡Salga, salga, no sabe la ilusión que me hace verlo marcharse!

—Lamento tener que decepcionarlo, no me marchaba, sino que salía a esperarlo fuera.

—Le advierto de que tengo muchísimo trabajo y no podré recibirlo de inmediato.

—Por mí no se preocupe, espero.

Pasquano tiró la toalla.

—Muy bien, acompáñeme.

Recorrió el pasillo que llevaba a su despacho soltando maldiciones, seguido de Montalbano. Entraron.

El *dottori* se sentó a su mesa y se puso a leer un expediente. El comisario estaba a punto de sentarse en una silla cuando Pasquano lo detuvo.

—No, quédese de pie, así se da más prisa y deja de tocarme los cojones antes. ¿Qué quiere?

—Lo sabe perfectamente.

—En ese caso, voy a ser telegráfico. La muerte se remonta a hace bastantes

días; no puedo decírselo con exactitud, pero creo que la mataron a la vez que al del celofán. La dejaron como si le hubiera pasado un camión por encima. No tenía ni un órgano interno intacto. Sin duda alguna, el asesino perdió el control y siguió ensañándose durante un buen rato con el cadáver.

Todo eso el comisario ya lo sabía, así que preguntó por lo que más le interesaba:

—¿Ha encontrado algo que pueda ayudarme?

—Pero ¿no fue precisamente usted el que la identificó?

—Sí, pero todos los...

—¿No vio en qué condiciones se encontraba el cadáver? Completamente descompuesto. Un poco como usted, queridísimo amigo, con la única diferencia de que usted, no se sabe cómo, logra hacerse pasar por vivo.

Montalbano decidió no sólo hacer caso omiso de la provocación, sino incluso dorarle la píldora:

—Pero usted, con su mirada afilada, con su experiencia, estoy seguro de que habrá detectado algo que...

Pasquano mordió el anzuelo.

—Bueno, voy a revelarles algo que no voy a poner por escrito, porque no estoy seguro al cien por cien. No, mejor, vamos a dejarnos de tonterías: no se lo cuento y me quedo más tranquilo.

El comisario no se dejó amilanar. Sabía perfectamente cuál era el punto débil de Pasquano. Con aire distraído, comentó:

—Esta mañana he pasado por delante del Caffè Castiglione y he visto que había una novedad.

Al oír nombrar el café, tan apreciado por su paladar, Pasquano no pudo contenerse y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Resulta que han preparado con antelación los dulces típicos del Día de los Difuntos: *mostazzoli*, ramas de miel, huesos de muerto, fruta *marturana*...

Relamiéndose como un chiquillo, el *dottori* lo miró a los ojos y dijo:

—Creo, fíjese bien, creo que he encontrado sinequias que se remontan a hace varios años.

Montalbano no entendió nada.

—¿Qué es eso de las sinequias?

—Son adherencias que se forman en el útero tras un raspado mal hecho y

provocan que la mujer ya no pueda tener hijos.

—A ver si lo entiendo: ¿eso quiere decir que la chica habría abortado clandestinamente?

—Eso parece.

—Pero ¿si la ley 194 existe desde hace treinta y cinco años! ¿Por qué no iría a una clínica?

—La respuesta a su pregunta es sencilla. No podía permitir que nadie se enterase de que estaba embarazada. Y con esto concluye nuestro feliz encuentro. Espero que sea un hombre de palabra.

—Sus esperanzas se verán recompensadas. Mañana por la mañana recibirá una bandeja surtida.

Durante el camino de vuelta a Vigàta, Montalbano llegó a la amarga conclusión de que se había abierto una gran brecha en la investigación y esa brecha la representaba Silvana.

¿Qué sabían de ella?

Casi nada.

De sus treinta y seis años de vida, estaban más o menos al tanto de lo que había hecho en los últimos seis meses. Sabían que en ese período había tenido dos relaciones con dos hombres.

Pero ¿y antes?

De los dieciocho en adelante, ¿a cuántos había conocido? Y, entre éstos, ¿de quién se había enamorado?

¿Y quién era el que la había dejado embarazada?

¿Y por qué se había visto obligada a abortar? Si lo había hecho de manera clandestina era por un motivo: Virduzzo no podía enterarse bajo ningún concepto.

¿Cómo podían descubrir más cosas sobre ella?

Era inútil preguntarle a Virduzzo, la chica debía de haberle ocultado los encuentros más importantes, los hechos más significativos.

¿Y entonces?

El plan se le ocurrió nada más llegar a la comisaría. Llamó de inmediato a Retelibera y pidió que le pasaran a Zito.

—Nicolò, voy a darte una noticia importante. Hemos encontrado el cadáver de Silvana Romano, la novia de Di Carlo.

—¿También estaba empaquetada?

—No, pero la metieron en una bolsa de basura y la echaron al vertedero de Piano Leone.

—¿Doy la noticia y punto?

—No, tienes que decir que nos hace falta saber todo lo posible sobre ella, de forma que quien la conociera bien debería ponerse en contacto conmigo. Después tienes que soltar un buen embuste: que hay un testigo que al parecer vio la cara del asesino mientras tiraba la bolsa con la muerta en el vertedero. Lo vio tan bien que ha sido posible hacer un retrato robot que se hará público en el momento oportuno.

Montalbano quiso ver las noticias de las ocho de Retelibera en la comisaría, junto con Augello y Fazio.

Nicolò Zito hizo diligentemente todo lo que el comisario le había pedido.

—Reconocerás —dijo Augello— que buscar a personas que conocieran a Silvana es bastante absurdo.

—¿Por qué?

—La tratas como si fuera una desconocida, cuando bastaría con convocar a Virduzzo para saberlo todo de ella. Además, le correspondería hacer el reconocimiento oficial.

—A Virduzzo no lo he convocado por dos razones. La primera es que no creo que sepa tantas cosas de Silvana. La segunda es que se está comportando de una forma, como mínimo, ilógica. Primero intenta hablar conmigo y después desaparece. No quiero seguirle el juego, estoy seguro de que ahora que se ha difundido el hallazgo del cadáver de Silvana dará señales de vida.

A continuación, Montalbano les contó a los dos el descubrimiento del aborto hecho por Pasquano y justo acababa de terminar cuando sonó el teléfono de Augello, que respondió y luego le pasó el aparato al comisario.

—Es Catarella. Para ti.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría en la línea un *signor* que se llamaría Banania...

Se trataba de Platania.

—Perdone, Montalbano, pero ¿qué es eso del retrato robot? ¿Y cómo puede ser que no se me haya...?

Montalbano le explicó que no era en absoluto cierto, que era una trampa que podía resultar útil. Y colgó.

—Estaba diciendo... —empezó.

Volvió a sonar el teléfono. Augello contestó y enseguida dijo:

—Catarella. Otra llamada para ti.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori!* ¡Está furiosísimo como una *sirpiente* de cascabel!

Era la letanía catarelliana típica de cuando al otro lado del hilo estaba el «*signor jefe superior*».

—Pásamelo.

—¡Montalbano! ¿Se ha vuelto loco o qué? ¿Qué es esa historia de un retrato robot del que nadie sabe nada?

El comisario repitió la explicación, colgó, abrió la boca para hablar y sonó de nuevo el teléfono.

—¡Uf, qué murga! —exclamó Augello mientras descolgaba el auricular.

Escuchó y se lo pasó a Montalbano.

—Otra vez Catarella, otra vez para ti.

—¡Ah, *dottori!*, parece que estaría en la línea una *signora* que...

—Pásamela.

—¿Oiga? ¿Es el *dottor* Montalbano? Soy Rita Cutaja.

Era la voz temblorosa de una mujer de cierta edad que hacía esfuerzos para no echarse a llorar.

—Dígame, señora.

—Acabo de oír ahora mismo por la tele que a Silvana la han...

Montalbano puso el altavoz.

La señora no pudo seguir conteniéndose. Lloraba y le costaba hablar.

—Era su... compañera de trabajo y su amiga... Hacía días que intentaba hablar con ella... Nadie sabía nada... Si me necesitan, estoy a su disposición...

—Señora, si quiere, si no se ve con fuerzas para venir a comisaría, puedo ir yo ahora mismo a su casa. Siempre que no la moleste demasiado. Si me da su dirección...

—Sí, muy bien... Es el corso Regione Siciliana, 149.

El comisario colgó.

—¿Queréis acompañarme?

—Yo sí —contestó Fazio.

—Yo me quedo aquí por si llama alguien más, en especial Virduzzo —dijo Augello.

—Lástima que no hayas podido oír el interrogatorio de Bonfiglio —se lamentó Montalbano mientras Fazio y él subían al coche—. Me habría gustado saber tu opinión.

Fazio sonrió.

—Lo he oído todo, jefe. En cuanto ha empezado el interrogatorio, me he ido del recibidor al pasillo y, como la puerta del salón estaba abierta, me he enterado de todo.

—¿Qué te ha parecido?

—Pues ¿qué quiere que le diga? No me atrevo a poner la mano en el fuego y decir que es el asesino. Se ha defendido bastante bien, eso seguro, pero...

—¿Pero...?

—En un momento dado, y sólo entonces, he tenido la clara impresión de que escondía algo.

—Explícate.

—Ha sido cuando ha cambiado de tema.

«¿Cómo funciona el cerebro humano?», se preguntaría Montalbano un tiempo después al recordar aquello. «Ha sido cuando ha cambiado de tema.»

De repente se acordó de que Bonfiglio, en el punto probablemente más delicado del interrogatorio, había empezado a decir una cosa y había seguido y concluido diciendo otra.

Y él entonces no lo había notado porque estaba muy concentrado en la pregunta siguiente.

«¿Qué ha dicho?», pregunta Platania, que no ha entendido lo que acaba de murmurar Bonfiglio.

Le contesta el abogado Laspina:

«Ha dicho que se arrepiente.»

Platania no suelta el hueso:

«¿De qué? ¡Díganoslo!»

Por fin Bonfiglio empieza a hablar:

«Me arrepiento de haber hecho aquella...»

Y ahí se interrumpe y continúa al cabo de unos momentos, cambiando lo que había empezado a decir:

«Me arrepiento de haberle deseado todo el mal posible.»

¡Pues claro! Tenía razón Fazio.

Había una buena diferencia entre decir «he hecho» y decir «he deseado». ¿Había estado Bonfiglio a punto de decir que se arrepentía de haber hecho algo que había tenido como consecuencia el homicidio de la muchacha? En ese caso, ¿a qué podía referirse?

¿Y por qué se había interrumpido? ¿Por miedo a que lo acusaran de complicidad?

¿Y cuál podía ser la continuación de la frase? «¿Me arrepiento de haber hecho aquella gilipollez?» «¿Aquella estupidez?»

—Hemos llegado —anuncio Fazio.

—¿Eh? —se sorprendió Montalbano, todavía ensimismado.

—Hemos llegado a casa de la señora de la llamada.

«¿Me arrepiento de haber hecho aquella llamada?»

Si la palabra no dicha era en efecto «llamada», ¿a quién había telefonado Bonfiglio?

¿Y qué había podido contarle en aquella conversación, cuya extrema gravedad lo llevara a arrepentirse?

—Jefe, ¿por qué no baja y así aparco mejor?

Rita Cutaja era una señora de sesenta y cinco años que podría tomarse como ejemplo perfecto de la administrativa que se había pasado toda una vida entre carpetas y cartapacios polvorientos en una oficina poco iluminada y muy poco espaciosa.

Ordenada en el vestir, ordenada en el aspecto, ordenada en los gestos, vivía sola en un piso pequeño y ordenado.

A cada poco, mientras hablaba, se le llenaban los ojos de lágrimas, que enjugaba con un pañuelito de encaje. Antes de que Montalbano entrara en materia, fue ella quien hizo una pregunta:

—¿Ya han hablado con el *dottor* Virduzzo?

—Todavía no.

—Quizá sería mejor que antes...

—Déjenos juzgar a nosotros, señora.

—Muy bien.

—¿Cuándo conoció a Silvana?

—Cuando el *dottor* Virduzzo la trajo a la oficina y anunció que la había contratado.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintitrés. Acababa de terminar la carrera.

—En el momento en que la llevó a la oficina hacía ya ocho años que Silvana vivía con él. Durante todo ese tiempo, ¿no aludió nunca a su existencia?

—Nunca.

—¿No les dijo que era una pariente lejana que se había quedado huérfana y que en la práctica la había adoptado?

—No.

—¿Cómo se enteraron?

—Nos lo dijo Silvana.

—Pero ¿cómo es posible?

—Se nota que no conoce al *dottore*... Nunca se muestra descortés, eso no, pero es un hombre cerrado, solitario, parco en palabras. En tantos años de trabajo codo con codo, tan sólo una vez lo he visto furioso. Por lo general, no parece que tenga sentimientos. Un hombre frío, eso es. No se ha casado; desde la muerte de sus padres cuida de él una asistenta que ya pasa de los ochenta.

—Pero a Silvana le cogió cariño.

—Eso es innegable. Aunque a su manera. Y ella, pobrecilla, se asfixiaba.

—¿A qué se refiere?

—Al poco tiempo de llegar a la oficina, Silvana empezó a tenerme confianza, a considerarme una especie de segunda madre... Me contaba cosas que no le habría contado a nadie más... Por eso estoy en condiciones de contestarle. El *dottore* la consideraba una hija, sí, pero más que como un padre, o un padrastro, se portaba con ella como un patrón, un propietario. Silvana era una cosa suya y se mostraba muy celoso de ella: piense que cuando tenía que ir a Palermo para hacer un examen en la universidad o la acompañaba él o hacía que la acompañara la asistenta. Era tan posesivo, de una forma tan exagerada, que en un momento dado ella se rebeló.

—¿Cómo?

—Bueno... Para empezar conquistó cierta autonomía al convencer al *dottore* para que le comprara la casa donde...

—¿No era de alquiler?

—No, Silvana lo decía no sé por qué, pero no era cierto... Y entonces empezó, casi como un juego, como un reto, a engañarlo delante de sus narices. Era muy arriesgado, porque el *dottore* tenía llaves... pero ella siempre acababa saliendo limpia de polvo y paja y se reía de todo eso conmigo.

—¿Tenía muchos novios?

—Sí, la verdad.

—Tengo que preguntarle algo delicado. La autopsia ha desvelado que a la chica le habían practicado un aborto que...

—... que por desgracia la había dejado estéril. Lo sé todo.

—¿Cuándo fue?

—Hace siete años. Aquella vez me lo contó todo a posteriori... Fue el hombre que la había dejado embarazada, cuyo nombre no quiso revelarme, el que organizó el aborto clandestino...

—Me parece imposible que Virduzzo no...

—Por suerte, el *dottore* había tenido que irse unos días a Roma, así que no hubo forma de que sospechara... De todos modos, la relación entre Silvana y él cambió igualmente.

—¿En qué sentido?

—Ella empezó a odiarlo.

—Me parece excesivo. ¿Quiere decir que le cogió manía?

—No, sé lo que me digo. Lo odiaba. Se obsesionó con que la culpa de todo lo que le había pasado, incluida la esterilidad, era del *dottore*, que la había obligado a mentir, a esconderse... Él se percató del cambio de Silvana y se avinagró.

—¿Cómo que se avinagró?

—Empezó a no hacerle caso, la humilló traspasando a otros los clientes de los que hasta entonces se había ocupado ella...

—¿Cómo reaccionó Silvana?

—Nunca llegó a decírmelo, pero estoy segura de que tuvo un lío con un cliente de la oficina bastante mayor, un tal Bonfiglio, sólo porque esperaba que la historia llegara a oídos del *dottore* y que lo hiciera sufrir.

—¿Le habló de Di Carlo?

—Por supuesto. Fue Bonfiglio el que los presentó. Se enamoraron y fueron muy listos, puesto que nadie sospechó nada. Pero la pobre Silvana... estaba entre dos fuegos, ¿sabe? Por un lado el *dottor* Virduzzo y por el otro Bonfiglio... Y entonces se le ocurrió cómo podía pasar al menos un mes en paz con su enamorado.

—¿Fue Silvana la que organizó las vacaciones en Tenerife?

—Sí, le pidió el dinero al *dottore* dándole a entender que quería alejarse de

un hombre mayor que... Vamos, que él le pagó encantado las vacaciones, sin saber que Di Carlo iría a reunirse con ella.

—Es decir, que Virduzzo sabía de la relación de Silvana con Bonfiglio.

—Sí, estoy bastante convencida.

—Dígame por qué.

—Una mañana, estando yo en su despacho, el *dottore* recibió una llamada de un cliente que debió de decirle que había visto a Silvana en compañía de Bonfiglio, porque se alteró mucho y empezó a preguntarle en qué restaurante había sido y qué día. Repitió el nombre de Bonfiglio en voz alta, furioso. Se había puesto pálido como un muerto y me ordenó que me marchara. Fue la única vez que lo he visto perder los papeles. Yo naturalmente...

—Ha sido usted de gran utilidad, gracias —dijo Montalbano, levantándose de repente.

Tanto Fazio como la señora Cutaja lo miraron sorprendidos, pero él ya estaba dirigiéndose hacia la puerta.

En la comisaría los esperaba Augello, pese a que ya habían dado las diez de la noche.

—Ha llamado Virduzzo —dijo.

—¿Qué ha dicho?

—Quería hablar contigo. Dice que está a tu disposición. Puedes llamarlo a su casa a cualquier hora.

—¿Cómo estaba? ¿Inquieto? ¿Lloroso?

—Ni inquieto ni lloroso, pero le temblaba la voz.

—Muy bien. Nos vemos aquí mañana a las nueve.

18

Montalbano se quedó solo en su despacho. Tenía necesidad de razonar un poco consigo mismo, sin nadie alrededor.

El quid de la cuestión era el siguiente: ¿debía actuar según lo que le dictaba el instinto o ceñirse a las normas y avisar a Platania y al abogado Laspina?

¿Y si su suposición resultaba errónea, como tantas otras que había tenido a lo largo de la investigación?

¿Platania haría como si nada o pediría su sustitución?

Era inútil esconderlo: se había confundido de culpable, se había empecinado como un imbécil en la culpabilidad de Bonfiglio y había arrancado en cuarta arrastrando consigo al fiscal. Y, ahora que le tocaba dar marcha atrás y señalar a otra persona, a saber cuántas pruebas y contrapruebas exigiría Platania antes de mover un dedo.

Sin embargo, su suposición era la única que, si se confirmaba, los llevaría directamente al asesino.

Así llegó a la pregunta de siempre: ¿el juego, que de juego no tenía nada, valía la pena?

La respuesta le salió sola: sin duda.

Se levantó, en la centralita estaba un agente al que le dio las buenas noches, salió, subió al coche y se marchó.

Un cuarto de hora más tarde se detuvo delante del edificio donde vivía Bonfiglio.

Bajó del coche. El portal estaba cerrado. Miró la hora. Eran las diez y cuarenta.

Quizá demasiado tarde para ir a ver a alguien sin avisar antes.

Pero ya que estaba allí...

Llamó al interfono. No obtuvo respuesta. Era difícil que Bonfiglio hubiera

salido, lo más probable es que siguiera con fiebre y se hubiera acostado. Volvió a llamar con insistencia.

Por fin se oyó su voz, entre sorprendida y enfadada:

—Pero ¿quién llama?

—Soy Montalbano.

Intuyó asombro, estupor e incluso miedo. Era bastante probable que creyera que había ido a detenerlo.

—¿Qué...? ¿Qué quiere?

—¿Puede recibirme, por favor?

—Dígame qué quiere.

—Me gustaría hablar con usted cara a cara, de hombre a hombre y sobre todo sin testigos.

Bonfiglio aún hizo un último intento de ofrecer resistencia:

—Estaba a punto de acostarme, sigo encontrándome mal y no...

—Señor Bonfiglio, se lo ruego. Sé que lo importuno, pero sólo voy a robarle cinco minutos.

Se oyó el clic de la puerta al abrirse. Montalbano la empujó y entró.

Se detuvo delante de la hilera de buzones, abrió el de Bonfiglio, dentro había una factura de la luz, la dejó en su sitio, empezó a subir.

Bonfiglio lo esperaba delante de la puerta abierta, le dio la mano, lo hizo pasar al salón. Montalbano notó que estaba aún más pálido y que tenía bolsas debajo de los ojos.

Aparentaba más años de los que tenía. ¿Era posible que también tuviera más canas que aquella misma mañana? Se sentó delante del comisario y lo miró interrogativo, sin abrir la boca.

—Le agradezco que me haya recibido. Como ya le he dicho más o menos, quiero que quede claro que he venido como comisario, sí, pero no...

—... de forma oficial. Entendido.

—También tengo que decirle que me equivocaba.

—¿Con qué?

—Con usted.

—¿Perdone?

—Lo creía culpable.

—¿Y ya no?

—No.

—¿Hay alguna novedad acaso que lo haya convencido de que...?

—Ninguna.

—¿Y entonces?

—He dado vueltas a una frase suya.

—Le he dicho la verdad.

—Es cierto. También la decía cuando ha declarado arrepentirse de haberle deseado a Silvana todo el mal posible.

—Si cree que he...

Montalbano lo interrumpió:

—El problema es que hay verdades y verdades. La verdad de su arrepentimiento por el mal deseado era funcional, escondía la auténtica verdad de su arrepentimiento por el mal realmente hecho.

—¡Si acaba de decir que me considera inocente!

—Eso no es exacto. No he dicho que sea inocente, sino que no es culpable del doble homicidio.

—¿Qué diferencia hay?

—Una enorme. Y lo sabe perfectamente.

—No entiendo de qué me habla.

—Quizá no se da cuenta de las graves consecuencias legales de la situación en la que se encuentra.

—¿Consecuencias legales?!

—Sí. Ahórrese los faroles, aquí no estamos jugando al póquer. No tiene escapatoria: o se lo acusa de instigación al homicidio o se lo acusa de encubrimiento. Delito menos grave que el primero. Estoy seguro de que ni siquiera se lo ha contado a su abogado.

—Pero ¡¿el qué?! ¿Que tendría que haberle dicho?

—¡¿Insiste?! Me está decepcionando. Me lo imaginaba, perdone que lo diga, más rápido a la hora de entender que intento mantenerlo al margen. Pero, ya que no pretende colaborar, me veré obligado a pedirle al *dottor* Platania una autorización para solicitar la lista de llamadas de sus teléfonos.

Esa vez el farol se lo había marcado Montalbano. A saber si conseguir esa lista era factible. Fuera como fuese, Bonfiglio mordió el anzuelo.

—Sí —dijo.

—¿Telefonó a Virduzzo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El mismo día en que descubrí que Silvana estaba en Lanzarote con Marcello.

—¿En qué fecha?

—El 20 o el 21 de agosto, no lo recuerdo bien.

—¿Llamó desde aquí?

—Sí.

—¿Le dijo que era usted?

—Por supuesto.

—¿Por qué lo hizo?

Bonfiglio negó con la cabeza.

—Uf, ha pasado el tiempo, ni sabría explicarle por qué.

—Inténtelo.

—Quizá porque estaba furioso por el engaño, quizá para desfogarme, gritar, quizá porque quería que Virduzzo supiera la verdad, que castigara de alguna forma a Silvana, no sé, despidiéndola o poniéndola en apuros...

—¿Cómo reaccionó Virduzzo?

—No reaccionó. No decía nada, escuchaba, hasta el punto de que en un momento dado creí que se había cortado la comunicación y me puse a gritar «¿Oiga? ¿Oiga?», y me contestó «Estoy aquí» y ya está.

—¿Quién colgó?

—Él. De repente me interrumpió diciendo con voz gélida: «Gracias por la información», y colgó.

Se pasó la mano por la cara, respiró hondo y miró al comisario a los ojos:

—Créame cuando le digo que jamás, en ningún momento, pensé que mi llamada pudiera... Hay noches en que no consigo pegar ojo...

—Lo creo.

—Y quiero decirle otra cosa. Si durante el interrogatorio me he callado esa llamada no ha sido porque temiera que me acusaran de instigación, como ha supuesto usted, sino porque pensaba que no me creerían, sobre todo usted, que parecía tan convencido de mi culpabilidad. Entre los dos, yo asegurando haberlo telefoneado y Virduzzo negando haber recibido una llamada, usted lo habría creído a él. Y, si me hubiera puesto a gritar que esa carta la había dejado debajo de la cama Virduzzo para inculparme, tampoco me habría creído. Usted ya me había condenado, de policía había pasado a juez. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto —reconoció con voz cansada el comisario.

Ya que había cantado línea, decidió, una vez en Marinella, ir a por el bingo. La táctica consistió en sentarse en el porche, debidamente provisto de whisky y de tabaco, y rumiar, sin haber cenado, las próximas jugadas. Pruebas contra Virduzzo no tenía y habría sido casi imposible encontrarlas.

La única solución era hacerle dar un paso en falso, ponerlo al descubierto.

Pero ¿cómo?

Se esforzó en pensar durante media hora sin que se le ocurriera nada.

Lo dominó el mal humor. No le quedaba más remedio que irse a la cama con la esperanza de que al día siguiente, con la cabeza despejada, fuese capaz de encontrar una solución.

En lugar de eso, mientras se lavaba los dientes delante de su reflejo, vio aparecer en el espejo, con tanta nitidez como si estuviera escrito en una pizarra, lo que tenía que hacer.

Por la mañana, a las ocho, después de vestirse elegantemente y beberse dos buenas tazas de café, marcó el número de la casa de Virduzzo.

Le contestó una anciana.

—El comisario Montalbano al aparato. Querría hablar con el señor Virduzzo.

—Ahora lo llamo.

—Buenos días, comisario. Se me ha adelantado usted. Estaba esperando a que dieran las nueve para llamarlo a la comisaría. A decir verdad, me habría parecido lógico que se me informase de que habían encontrado a mi Silvana.

Montalbano se quedó pasmado. Habría esperado cualquier cosa, menos oír a Virduzzo hablar con voz firme y segura, sin el más mínimo rastro de dolor, verdadero o fingido, daba igual. Accedió de inmediato a seguirlo por ese camino.

—Si quiere venir a hablar conmigo, lo espero a las diez y media.

—Me va bien. Ya me dirá cómo tengo que proceder.

—¿Para qué?

—Para poner una denuncia por doble homicidio contra Giorgio Bonfiglio. Claro que, por lo que se cuenta en el pueblo, ya le han entregado una notificación conforme lo están investigando.

¡Así que el muy hijo de puta estaba decidido a jugar esa mano!

—¿Tiene usted pruebas?

—Pruebas no. Pero se ha delatado.

—¿Cómo?

—Sin duda, usted sabrá que mi Silvana dejó a ese Bonfiglio porque se había enamorado de un tal Di Carlo.

—Sí, lo sé.

—¿Sabe también que Silvana y Di Carlo pasaron el mes de agosto en Lanzarote?

—También lo sé.

—Pero no sabe que Bonfiglio me telefoneó furioso para informarme de que se habían ido juntos de vacaciones. Echaba espuma por la boca, estaba loco de celos, me dijo que los mataría con sus propias manos.

—Perdone, pero ¿usted por qué no había dicho nada hasta ahora?

—Pero ¡bueno, comisario! ¿Se ha olvidado de las veces que habíamos quedado y no hemos podido vernos? ¡De eso precisamente quería hablarle, y, si lo hubiera conseguido, quizá mi Silvana aún estaría viva!

—Muy bien, lo espero —cortó Montalbano.

Nada más llegar a la comisaría, convocó a Augello y a Fazio y los puso al tanto de la situación.

—Virduzzo —concluyó—, con esta jugada, pretende endosarle los homicidios a Bonfiglio. Es un plan inteligente, concebido justo después de recibir su llamada, estudiado hasta el último detalle y ejecutado con extrema frialdad. Pensad que rapta a dos jovencitas para despistarnos, antes incluso de matar a Silvana y a Di Carlo. Sin embargo, como la gente no tiene noticia de esos secuestros, después del doble homicidio rapta a una tercera y esa vez hay jaleo. Y, para que no os quepa duda de la lúcida frialdad de este asesino, tened en cuenta que me llama para cancelar una reunión precisamente cuando tiene a Luigia Jacono secuestrada e inconsciente. En paralelo, espera a que Bonfiglio vuelva de Palermo, lo comprueba con una llamada telefónica, va a su casa y se hace con una carta dirigida a él. Entonces mata a los dos enamorados, luego pega fuego a la tienda y monta el teatro de la desaparición de Di Carlo. Y durante todo ese tiempo mantiene el contacto conmigo con la excusa de querer decirme algo. De haber tenido que hacerlo, me habría contado que estaba muy preocupado porque no veía a Silvana desde hacía días y le daba miedo que Bonfiglio pudiera haberle hecho daño. Y ahora nos sale con eso de denunciarlo.

—Quizá sería cuestión de avisar al *dottor* Platania —sugirió Fazio.

—Yo tengo otra idea —dijo Montalbano—. Nos queda una hora antes de que llegue. Fazio, necesito un uniforme de vigilante nocturno para ponérselo a un agente nuestro. Y ahora os explico cómo tiene que salir el asunto.

Montalbano no recordaba a Virduzzo tal como se presentó ante él.

Y no porque hubiera cambiado en cuanto al aspecto físico, aunque quizá las arrugas de la cara se le habían hecho más profundas. No, había algo muy distinto en su actitud. Si antes la forma de hablar y de comportarse parecía propia de una persona vacilante e insegura, aquel día todo en él desprendía aplomo y decisión. Iba vestido completamente de negro, como en los lutos de antes.

Estaba también presente Fazio. Virduzzo les dio la mano a ambos y se sentó delante del comisario.

—Mi más sentido pésame —dijo éste.

—Gracias. Me habría gustado recibir una llamada telefónica antes de que hablase con la televisión.

—Tiene usted razón, pero no nos dio tiempo. Después de la conversación de hace un par de horas, no sé si sigue pensando en denunciar a Giorgio Bonfiglio por el homicidio de su... su... ¿Cómo debo llamarla?

La boca de Virduzzo se contrajo en una mueca de dolor.

—Mi hija. La había adoptado a todos los efectos.

—... el homicidio de su hija Silvana y de su novio.

—No he cambiado de idea. Al contrario.

—¿Cómo se enteró del hallazgo del cadáver?

—Me lo dijo mi asistente, que lo había visto por televisión. Yo ya me había acostado, últimamente no me encuentro bien.

—Lo entiendo.

—No puede entenderlo. Lo que me vuelve loco es que si hubiera logrado comunicarle a usted, comisario, mis temores sobre una posible reacción homicida de Bonfiglio, sin duda habríamos evitado este horror.

—Es una lástima... ¿Su asistente le ha dicho dónde la hemos encontrado?

—Sí. Ese canalla la tiró a un basurero como si fuera...

—¿Silvana lo había puesto al corriente de su noviazgo con Di Carlo?

—Desde luego. Aunque no fue exactamente así.

—¿Cómo fue?

—Mire, en abril, me parece, me enteré por casualidad de la relación de mi hija con Bonfiglio, que según sabía era un mujeriego y, por otro lado, tenía casi mi edad. Manifesté a Silvana mi total desaprobación. Tuvimos una discusión bastante acalorada. Luego, a finales de mayo o principios de junio, me dijo inesperadamente que había interrumpido la relación con Bonfiglio y que sentía la necesidad de un largo descanso. Contento con el cariz que habían tomado los acontecimientos, le propuse dos meses de vacaciones de mi cuenta. Se fue el 1 de julio a Tenerife. El 2 de agosto me llamó para decirme que estaba en Lanzarote, que había conocido por casualidad a un joven que era precisamente de Vigàta y que iba a caerme bien sin ninguna duda, me dijo cómo se llamaba y añadió que tenía una tienda de electrónica... Por primera vez me pareció realmente feliz.

—¿Tuvo oportunidad de verla a su regreso?

—No, porque me llamó la noche misma en que llegó, el 31 de agosto, creo, para decirme que no iba a ir a trabajar; quería pasar unos días más fuera de Vigàta con su novio.

—¿Su asistenta le ha dicho que un vigilante nocturno que tiene el cometido de impedir que se echen residuos tóxicos en el vertedero vio la cara del asesino mientras se deshacía del cadáver de Silvana?

Virduzzo se quedó sin respirar y sin contestar a la pregunta durante unos segundos.

—No... No me lo ha dicho.

—Lo vio tan de cerca que hemos podido hacer un retrato robot.

—Pero... Pero ¿cómo puede ser...? —A Virduzzo le costaba hablar—. ¿Cómo puede ser que el asesino... no se diera cuenta?

—El vigilante estaba agachado detrás de un matojo... Un aprieto imprevisto.

—¿Y no era de noche?

—Cierto. Aunque había luna llena y además al asesino lo iluminó el...

—¿Reconoció a Bonfiglio? —lo interrumpió nervioso Virduzzo.

—Ése es el problema. Según él no se trataba de Bonfiglio. Así que no tenemos nada. Lo hemos hecho ver a unas cuantas personas que conocían a su hija. Por cierto, ya que estamos... Fazio, haz el favor.

Fazio se levantó y salió del despacho. Era evidente que Virduzzo estaba incómodo. Se había puesto a sudar y, con la cabeza gacha, se miraba fijamente los zapatos. Montalbano notó un olor ácido desagradable. Pocos minutos después de haberse ido, Fazio regresó seguido de Augello y del agente

Lovecchio, que llevaba un uniforme de vigilante nocturno. Virduzzo no se movió.

—*Dottor Virduzzo*, ¿le importaría levantarse? —pidió el comisario.

El aludido obedeció, todavía con la cabeza agachada. El agente Lovecchio miró de reojo a Montalbano y entendió al vuelo lo que le decía sin palabras.

—Señor Virduzzo, haga el favor de mirar al señor Cammarata.

La peste a sudor era ya insoportable. Poco a poco, como si le costara un esfuerzo enorme, Virduzzo levantó la cabeza. El agente lo miró.

—No, no es él —dijo.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Gracias, puede marcharse. Mimì, tú quédate.

Virduzzo se desplomó en la silla como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas que lo mantenían derecho.

—Perdone, *dottor Virduzzo* —se disculpó Montalbano—. Ha sido una formalidad que no podíamos eludir y de cuyo resultado estaba convencido de antemano.

Virduzzo se recuperó casi al instante. Enderezó los hombros y habló de nuevo con voz firme y segura:

—Lo entiendo perfectamente y está más que disculpado.

«¡Ahora! —se dijo el comisario—. Ahora que está relajado, ahora que se siente a salvo, ahora que ha bajado la guardia...»

—Permítame una curiosidad —empezó.

—¿Cómo no?! —contestó Virduzzo.

—Su asistenta le habrá contado sin duda que en televisión han detallado cómo mataron a Silvana...

—Sí, me lo ha contado. A base de patadas y puñetazos.

—Se equivoca —replicó el comisario casi con dulzura.

—¿En qué?

—El periodista no dijo cómo mataron a Silvana porque no lo sabía.

En una fracción de segundo todo se precipitó.

Virduzzo se levantó de un salto y retrocedió hasta pegar la espalda a la pared mientras en su mano derecha aparecía una pistola.

—¡Quietos todos! —los conminó.

A pesar de la amenaza, Montalbano se puso en pie de golpe.

—¡Deme esa arma!

Por toda respuesta, Virduzzo le disparó, pero la pistola se encasquilló y no tuvo tiempo de volver a apretar el gatillo, puesto que Mimì Augello, que era el que estaba más cerca de él, le propinó una fuerte patada en las partes, y con otra, aún más potente, le dio en toda la cara cuando Virduzzo se dobló de dolor por la mitad.

Fazio lo esposó y tiró de él para levantarlo. A pesar de que se le había quedado la cara convertida en una máscara de sangre, Virduzzo se puso a dar gritos:

—¡Silvana era mía! ¡Mía! ¿Lo entienden o no? ¡Me pertenecía!

—Mételo en el calabozo —ordenó el comisario.

—¡Y se merecía que la mataran como el pedazo de puta que era! —siguió Virduzzo mientras Fazio y Augello lo sacaban a rastras.

Montalbano cerró la puerta para no seguir oyéndolo.

NOTA

Éste es uno de los poquísimos casos de Montalbano que no han surgido de una crónica de sucesos. Por tratarse en su totalidad de un producto de mi imaginación, sería difícil que alguien se reconociera en un personaje o una situación concretos, pero si, desgraciadamente, eso llegara a suceder, la responsabilidad debería achacarse a la casualidad.

A. C.